

L A F A M I L I A B E R N A R D I

la  
**novia**

VICIOSA  
DEL JEFE  
PARTE IV

ROMANCE MAFIOSO

de la autora de bestsellers

AMELIA GATES

The background of the cover is white, adorned with several detailed, grayscale line drawings of roses. These roses are scattered across the page, with some appearing as small buds and others as fully bloomed flowers. The roses are positioned around the central text, creating a delicate and elegant frame.

the  
**vicious**  
BRIDE

# THE VICIOUS BRIDE

---

AMELIA GATES

## ÍNDICE

|     |                                           |
|-----|-------------------------------------------|
| 1.  | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 2</u></a>         |
| 3.  | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 4</u></a>         |
| 5.  | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 6</u></a>         |
| 7.  | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 8</u></a>         |
| 9.  | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 10</u></a>        |
| 11. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 12</u></a>        |
| 13. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 14</u></a>        |
| 15. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 16</u></a>        |
| 17. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 18</u></a>        |
| 19. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 20</u></a>        |
| 21. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 22</u></a>        |
| 23. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 24</u></a>        |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 25</u></a>        |
| 26. | <a href="#"><u>Jason</u></a>              |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 27</u></a>        |
|     | <a href="#"><u>Capítulo 28</u></a>        |
|     | <a href="#"><u>Manten el contacto</u></a> |

UNO

## JASON

*14 años*

LA LLUVIA me golpeaba peligrosamente en la espalda mientras me subía al contenedor. Ya no me importaba lo que la gente pensara de mí, pero seguía estrujándoseme el corazón cuando repetían aquella coletilla de Óscar de *Barrio Sésamo*: «¡Me encanta la basura!».

En una escuela llena imbéciles sin un céntimo a su nombre con madres incompetentes y padres ausentes, uno pensaría que yo encajaría perfectamente. Pero incluso con una madre que fumaba tanto crack como los tuyas y un padre que se había largado mucho antes de que se imprimiera mi partida de nacimiento, yo no era más que un marginado.

Demasiado escuálido para defenderme.

Demasiado cobarde para tomar represalias.

Había visto cómo Celine y el ogro de su hermano, Cory, sacaban a escondidas mi mochila de la clase y salían corriendo bajo la lluvia, riéndose como las hienas que eran cuando vaciaron su contenido en el vertedero.

No intenté detenerlos. Dios sabe que aprendí la lección respecto a intentar enfrentarme a peña que no tenía nada que perder.

Yo era un mosquito desnutrido, sin apenas carne en los huesos.

Mi vista no era terrible, pero sí era mejor antes de que mis gafas se dieran un paseo bajo la bota de Errol. La próxima vez que le contesté, prometió aplastarme la nariz como había hecho con mis gafas.

Todos los demás niños se apresuran a ir al patio del colegio, sonriendo y riendo y divirtiéndose a mi costa. Como siempre habían hecho y como siempre harían.

Los profesores bien podrían haber sido cómplices. El acoso había comenzado ya en preescolar y se había extendido hasta la actualidad, donde todos los adultos me decía que hiciera la vista gorda, que me aguantara o el clásico de que *son cosas de niños*. Como si yo no fuera también un niño. Como si hacer la vista gorda impidiera que se metieran conmigo. Como si aguantarse no acabara siempre conmigo teniendo la nariz ensangrentada.

El olor a espaguetis de hace días y a leche podrida asalta mis fosas nasales cuando echo la pierna por encima del contenedor y, con toda la fuerza que puedo reunir, me empujo. Aterrizo con un ruido sordo cuando mi cuerpo se estrella contra el interior.

Con una mano me tapo la nariz y con la otra busco la mochila. Tiene pegotes de tosa clase de mugre y por un momento contemplo la posibilidad de dejarla ahí. O, mejor aún, tumbarme ahí en la basura. Al final vendrá el camión a recogerla y, si tengo suerte, que me trituren será una muerte rápida.

Tal vez entonces se arrepentirían. La muerte hacía que la gente se diera cuenta de sus errores, era como un toque de atención. Yo podría ser un ejemplo o un mártir o algo digno de mención. Podría salvar a todos los demás niños escuálidos de pasar por lo que yo pasé.

*Un chico de 14 años es arrollado por un camión de la basura al intentar rescatar la mochila que los gilipollas de sus compañeros de clase tan amablemente depositaron en el contenedor.*

Ahora que lo pienso, ni uno solo de ellos sentiría un ápice de remordimiento. En todo caso, pegarían los periódicos en las paredes de sus habitaciones y se la cascarían con el crujido de mis huesos.

Ya puedo imaginarme las bromas que harían. *Se han llevado toda la basura. ¿Qué crees que huele peor? ¿El cuerpo en descomposición de Jason o el vertedero del condado?*

Excavo más profundamente entre bolsas de productos sanitarios y panes de hamburguesa más verdes que marrones, y consigo pescar mi cuaderno de entre la mugre.

Localizo mi estuche junto a una bolsa de plástico negra e inmediatamente sé lo que hay dentro. El Sr. Trinton tiene un perro de asistencia emocional, un bicho enorme que echa unas cagadas del tamaño de un camello. Lo sé porque una vez limpié su jardín cuando necesitaba un dinero extra.

Con todo el cuidado que puedo, empujo la bolsa de mierda y cojo el estuche. Me siento como si me hubiera tocado la lotería cuando solo veo un puntito de residuo en su superficie. Hay una servilleta usada a mis pies y la uso para limpiar lo que no me cabe duda de que es mierda de mi estuche.

Poco a poco, consigo encontrar todas mis pertenencias, cada una más asquerosa que la primera.

Me cuelgo la mochila al hombro y bajo de un salto del contenedor, con lo que me gano otra ronda de carcajadas cuando los pies me resbalan y acabo boca abajo en un charco lleno de barro. Mi boca aterriza de pleno en algo duro. Siento un crujido cuando los dientes me cortan el labio.

Al pasarle la lengua por encima, saboreo la sangre. Fantástico. De puta madre. Estaba claro que no *bastaba* con estar cubierto de cochambre.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no caen. Hace mucho tiempo que no lloro. ¿Qué sentido tiene? Ninguna lágrima arreglará mi situación. En todo caso, les dará a estos cabrones algo más de lo que reírse.

Cuando me recupero del impacto de la caída, me pongo en pie. La multitud que me rodea es

ahora más numerosa y me mira como si oliera a mierda, cosa que, de hecho, es cierta.

Me paso los dedos por el pelo, topándome con espaguetis, barro y gusanos mientras me abro paso entre la multitud, separando a estos cabrones como Moisés separó el Mar Rojo. Una bocanada de aire y se dispersan a un lado, tapándose la nariz.

La lluvia continúa cayendo a cántaros durante todo el trayecto de vuelta a casa, de modo que puedo saborear cada gramo de basura de ese cubo.

Aprieto los labios y corro con la cabeza echada hacia atrás, pero el agua con esencia a basura sigue apañándose para caerme por la cara.

En cuanto atravieso la puerta de casa, me apresuro hacia el baño, me quito la ropa y me meto en la ducha.

Hago girar el grifo. Nada.

Lo giro en la otra dirección. Nada.

Lo giro otra vez. Nada.

Ni una sola gota de agua.

Cómo no, mi madre se ha olvidado de pagar la factura del agua.

Salgo en estampida del cuarto de baño, dando un portazo tan fuerte que las bisagras traquetean. La abro y la vuelvo a cerrar de golpe.

¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora? No puedo salir de casa oliendo así.

¿Y qué hay de mi labio? Me lo he cortado y puede infectárseme si no puedo al menos limpiarme los restos de basura.

Qué asco de vida. Qué asco de puta vida.

Irrumpo en la cocina con pasos cargados de ira. Abro los armarios de un tirón para toparme con la nada absoluta. Mi madre no sólo se ha olvidado del agua, sino que tampoco se ha molestado en ir a la compra.

En el último de los armarios, encuentro una única botella de agua. La cojo lo más rápido que puedo, como si temiera que fuera a esfumarse si no lo hago, me doy la vuelta y sumerjo la cabeza en el fregadero.

Me echo un buen chorro de jabón en el pelo. Mis dedos se mueven con frenesí mientras me froto el cuero cabelludo; la imagen de todos los gusanos y Dios sabe qué más que intentando ya construir ahí su hogar me vuelve loco.

Repito la acción en la cara, frotando como si quisiera arrancarme piel. Me arde el labio por el jabón que me ha entrado en el corte.

Abro la botella de agua, con cuidado de no usar demasiada para lavarme la cara. Pero esa botella de agua no basta para eliminar todo el jabón que he usado. Cojo la botella de vodka medio vacía que hay en la encimera de la cocina y empiezo a lavarme la cabeza y la cara con el alcohol.

El labio me arde como el infierno, pero me digo que eso es bueno. Ahora es imposible que se me infecte. Ahora es imposible que el labio se me pudra.

Para cuando acabo, huelo como un puto alcohólico. El pensamiento me avasalla justo cuando veo a la mujer durmiendo la mona en el sofá, con una mano colgando de un lado.

Huelo como mi puta madre.

La ira arde en mi pecho cuando me acerco ella. Compruebo si tiene pulso porque, por mucho que la odie por no ser y ponerse mejor... por no ser una *madre*, es todo lo que tengo.

Satisfecho de que esté viva, me tumbo en el sofá a su lado y me la quedo mirando durante lo que me parece una eternidad. Parece tan en paz. Como si no hubiera nada en este mundo que pudiera molestarla. Y no lo hay. No mientras tenga suficiente dinero para drogas y alcohol. No mientras esté tan colocada que esté en un universo completamente nuevo.

Le doy un empujoncito en la pierna.

—¿Mamá?

El estómago me protesta. Me había saltado el desayuno porque aquí no había nada que comer. Ella se había disculpado y prometió que iría a por algo en cuanto saliera de casa. Lo había dicho con tanta convicción que la creí. Lo cierto es que ni siquiera puedo acusarla de ser una mentirosa porque apostaría mi vida a que no ha puesto un pie fuera de esta casa en todo el día.

He pasado hambre muchas veces, pero hoy no quiero. Ya he sufrido bastante y necesito que una sólo puta cosa salga bien.

Mi mente vuelve a los espaguetis del contenedor. Seguramente fueran mis espaguetis. Si hubiera sabido que en esta casa no habría nada para comer, me habría comido el almuerzo que me lleve al colegio incluso después de que Richard escupiera en él.

—Maldita sea, mamá. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer ahora?

Empiezo a levantarme del sofá, justo cuando mis ojos se topan con la bolsita de polvos blancos como la leche sobre la mesa.

Me había dicho un millar de veces que de mayor no me parecería en nada a mi madre. Que me esforzaría en clase, sacaría buenas notas y tendría un buen trabajo donde ganaría un buen sueldo; la enviaría a rehabilitación, le compraría un apartamento y lo llenaría de comida. Haría por ella las cosas que ella debería haber hecho por mí.

No soy un niño vago. Y, joder, soy ingenioso cuando lo necesito. Durante todo el verano en que mi madre fue incapaz de conseguir un corro, yo me paseaba por el pueblo preguntando a mis vecinos si querían que les cortara el césped o que les recogiera la colada de la lavandería. Hacía todo tipo de trabajillos. Para cuando terminaron las vacaciones, había conseguido ahorrar lo suficiente para comprarme los libros de texto y un par de zapatos nuevos. Traje comida a casa y un poco de dinero extra por si las cosas se ponían feas. Pero cuando sentí que la cosa estaba a punta de pasar de castaño a oscuro y quise echar mano de ese dinero, me di cuenta de que mamá se había hecho con él primero. Salvo diez céntimos, no quedaba nada más en la caja de zapatos que antes había estado llena hasta los topes de billetes de uno y de cinco.

Aunque no le había dicho nada del dinero, no me enfadé. Ni siquiera lo consideré un robo, si he de ser sincero. Simplemente pensé que mamá había tenido una emergencia de la que yo no

estaba enterado y estaba contento de poder ayudar. Me sentí como el hombre de la casa. Como el que tría el pan a la mesa.

Intenté conseguir otro trabajo cuando empezaron las clases, pero los chicos del barrio empezaron a difundir rumores sobre mí. Las habladurías empezaron a circular y no pararon. Cuando se corrió la voz de que era una especie de mirón al que le gustaba ver a las abuelas en la ducha, ni una sola persona del pueblo me quiso cerca de su patio.

Me había planteado en probar suerte yendo un pueblo más allá, pero no tenía coche, ni carné, ni dinero para el autobús.

Cuanto mayor me hago, menos creo que una vida decente sea una posibilidad real. Es sólo cuestión de tiempo que esos gilipollas hagan que no vuelva a pisar esa escuela.

El gruñido de mi madre interrumpe en mis pensamientos y vuelvo a mirarla. Sigue dormida, con las babas goteándole de una comisura y el cuerpo más despegado del sofá que sobre él.

Me acerco, uso el borde de su camiseta para limpiarle la saliva de la mejilla y le doy un buen empujón para que no se caiga del sofá.

Ella tiene una vida mucho más fácil que la mía, pasándose aquí todo el día, esnifando, inyectándose y fumando sus drogas mientras se olvida de cosas mundanas como el agua y la comida y sacar la basura. Aquí no tiene que preocuparse de que la encierren en taquillas ni de los rumores que corren por el pueblo.

Puede que yo no sea un adicto, pero ahora mismo, huelo peor que uno.

Me inclino hacia delante y cojo la bolsita de cocaína de la mesa. Al principio, me limito a inspeccionarla y luego la vierto entera e inhalo la bocanada más profunda de mi vida.

## DOS

### Kailyn

TOMMY deja un rastro de Legos marrones desde el retrete que ha hecho para Superman. Lo miro con desconfianza.

—La caca tiene que ir a alguna parte, mami —dice y procede a construir una casa justo al borde del último ladrillo de mierda—. Aquí es donde vive Barbie —proclama y da gracias a Dios de que Rosie no esté aquí ahora mismo.

Donde quiera que Rosie y Tommy dejen su guerra de superhéroes contra Barbie, Tommy acaba de retomarla. Es una guerra total entre la princesa del rosa y el héroe con capa.

—Vale, colega —digo, levantándome de un salto del sofá color flamenco—. Tienes cara de hambriento. ¿Tienes hambre? Papá ha metido una lasaña en el horno y me muero de hambre.

Cuando desvía la atención de los Lego, separo las piezas, poniendo espacio entre el habitáculo de Barbie y el zurullo de Superman, y le agarro la mano.

Tommy es quien nos guía por este laberinto de casa. No para de parlotear sobre lo contenta que estará Rosie de que le haya construido una casa a su muñeca, entre explicaciones de que *ese es el cuarto de juegos de Rosie y que aquí es donde la tía Ise tiene su despacho. Y bang.*

La mano de Tommy se aprieta contra la mía y siento el peso del mundo entero sobre mí.

*Es sólo la lasaña*, me digo.

Ace no se tiene mucha mano en la cocina y, como apenas ha dormido, es probable que se haya adelantado y haya sacado la lasaña del horno sin ponerse guantes.

Soy demasiado paranoica. Demasiado. Roza la locura.

—¿Qué ha sido eso, mami?

Sí, está claro que no soy lo suficiente paranoica.

Aprieto un poco la mano de Tommy y esbozo una expresión que espero que parezca de confianza.

—A papá se le habrá caído la lasaña —le digo—. Seguro que hay trozos de cristal por todas partes.

Retrocedo y abro la puerta que Tommy ha dicho que era el cuarto de juegos de Rosie y le hago pasar. Hay una llave al otro lado y la saco.

—Quédate aquí un rato, tengo que ayudar a papá a limpiar el desastre.

Como una loca, encierro a mi hijo en la habitación y, de puntillas, corro hacia el origen de la conmoción, con el corazón en la garganta. Por el camino, me hago con una estatua rosa brillante.

Seguro que no es nada. La lasaña se ha caído al suelo y Ace está maldiciéndose a sí mismo en dos voces diferentes. Después de todo lo que hemos pasado estas dos últimas semanas, es normal que al final se haya subido al tren de estar cucú conmigo.

No importa cuántos escenarios extraños intente imaginar, el otro *bang* que se escucha me dice que debo preocuparme. Cuando doblo la esquina y mis ojos se topan con la escena de la cocina, me doy cuenta de que tengo toda la razón.

Hay sangre en el suelo y un Jason totalmente desquiciado, con las piernas echadas a ambos lados de Ace, lanzando puñetazos con una mano mientras intenta sujetar su pistola con la otra.

Ace bloquea los golpes con pericia, pero no puede hacer mucho con la mitad de su cuerpo empapada en sangre.

Por un momento, el pasado destella detrás de mis ojos. George. La pistola. La sangre. El olor a muerte que impregnaba el aire.

Como si una luz se hubiera encendido dentro de esta cabeza caótica mía, me doy cuenta de que debería haberme mostrado confiada en mi decisión de matar a George.

Todas esas preocupaciones por arreabtar una vida, todas las pesadillas que he tenido, no habrían sido nada comparadas con el infierno que habría tenido que vivir Tommy al tener que enterrar a su madre. Nada comparado con la agonía que supondría para Ace saber que no pudo salvarme.

Ace me hace todas las señales posibles para que me largue de aquí, sin alertar a Jason de mi presencia. Me quedo en el sitio. He salvado mi propia vida y he permitido que el pánico y el arrepentimiento me coman viva. Viendo las tornas cambiadas, no me cabe duda de que salvar la vida de Ace es lo único que importa ahora mismo, aunque eso signifique despojar a Jason de la suya.

El muy cabrón aprieta la pistola contra la cabeza de Ace. Rebelde como es, Ace sonrío. *No te burles de él*, quiero gritar, pero las palabras se me atascan en la garganta y, en lugar de eso, mi cuerpo avanza.

—Nunca deberías haber venido aquí —escupe Jason.

La forma perfecta de asegurarte de que un hombre es tuyo y sólo tuyo es procurar que no haya otra mujer en su vida más importante que tú. Ni un alma que quiera recurrir a él en momentos de necesidad, hacer algo tan terrible que toda su familia se vuelva contra él. Algo imperdonable a los ojos de ellos, pero heroico a los de él.

No importa si es por accidente, intencionado o porque no tenías otra opción.

Maria le ha estado haciendo el vacío a Ace desde que Leonard murió.

Sólo Dios sabe qué represalias tomará Isolde cuando encuentre a su propio marido bien muerto en su propia casa.

*Mierda.*

Alzo la estatua y la estrello hacia abajo. El crujido del cráneo resuena en la habitación mientras el cuerpo de Jason desciende.

Ace consigue apartar a Jason de él, pero cuando intenta ponerse en pie, su propio cuerpo le devuelve a la tierra. Acudo a su lado en un santiamén y le rasgo la camisa empapada en sangre para llegar a la herida.

—Esto no tiene buena pinta.

—¿Cuándo ha tenido buena pinta una bala alojada en el brazo de alguien, Kay?

Ya.

Pero hubiera esperado que, si iba a mencionar algo sobre la bala, al menos sería para mencionar algo sobre por qué Jason la ha puesto ahí. Esto no es sólo una pelea entre cuñados. Jason estaba lo suficientemente cabreado como para dispararle. Hay más tras este altercado de lo que sé, pero no hay tiempo para averiguar qué demonios está pasando en realidad.

Un gruñido que no proviene de Ace me alerta de que Jason no está muerto.

¿Cómo se me ocurría pensar que sería lo bastante fuerte como para aporrear a alguien en la cabeza y que ese sería su final? Suspiro con lo que espero que sea alivio.

Los muertos no pueden darle a la lengua, pero los vivos sí. Sea lo que sea que haya pasado aquí, Jason tendrá que explicarse.

Al echar un vistazo detrás de mí, veo a Jason intentando abrir los ojos y moverse. Aunque carece de la fuerza suficiente para hacer daño de verdad, terminará por volver en sí.

Le doy una patada al arma para lanzar hasta el otro extremo de la habitación y busco entre mis pensamientos el mejor paso a tomar. Podría darle de nuevo en la cabeza, asegurarme de que no pueda intentar ninguna tontería más.

Ace ha conseguido erguirse hasta quedar sentado, pero cuando me doy la vuelta, ya no está sentado, sino que se arrastra hacia Jason. ¿Qué diablos le pasa?

—¡Ace, para!

—Átalo. Llama a John y que vigile a Tommy. —Hace una pausa y le cruza la cara un gesto de dolor—. ¿Dónde está Tommy?

—Está a salvo —le aseguro, palmeándome el bolsillo para asegurarme de que la llave de la habitación en la que está Tommy sigue ahí—. Pero Ace, tienes que parar. Tenemos que llamar a tu padre y a tus hermanos y a la policía y... Dios mío, ¿y si aparecen Isolde y Rosie?

Ace se agarra la camisa y empieza a rasgarla hasta que queda una abertura justo por la mitad, se encoge para quitársela de encima y vuelve a rasgarla hasta que le quedan en las manos dos trozos de tela. Me pasa la camisa ensangrentada.

—Átalo —dice de nuevo.

Hago lo que me pide, mientras me pregunto por qué demonios estoy escuchando a un hombre

que evidentemente ha perdido demasiada sangre como para pensar con raciocinio.

Jason no ofrece mucha resistencia cuando lo empujo de espaldas y le ato las manos y luego los pies.

Ahora que Jason está atado, vuelvo a centrarme en Ace.

—John se ocupará de Tommy —dice—. Nosotros vamos a limpiar las cosas por aquí. Ronald tiene que traer el coche para que podamos trasladar Jason. A partir de ahí, veremos qué hacemos.

Le miro fijamente, negando con la cabeza.

—No estás pensando con claridad. Para empezar, ¿por qué demonios os estabais peleando Jason y tú?

Con el brazo ileso, Ace consigue levantarse utilizando la encimera de la cocina como apoyo.

—Te lo explicaré todo —me dice—. Pero por ahora, sígueme el rollo.

—Si seguirte el rollo incluye que vayas a un hospital, igual estoy más por la labor.

Coge un rollo de papel de cocina de la encimera y empieza arrancar trozos y tirarlos al suelo. Es solo porque no quiero que se haga más daño jugando a la criada que me pongo con los charcos de sangre

Trabajo tan rápido como puedo, dejo que el papel absorba, limpio, recojo los trozos de cristal y los tiro a la papelerera. Cuando todo está lo bastante limpio, llamo a John. No le digo nada, salvo que se reúna conmigo en la cocina y que no le diga nada a nadie más que a Ronald. Ronald tiene que acercar el coche.

—¿Va todo bien, Sra. Bernardi? —pregunta.

Mis labios se separan. Si John es la persona a la que Ace me pidió que buscara, no hay razón por la que no deba confiarle la verdad. Echo un vistazo a Ace, que asiente como un maldito muñeco cabezón.

Pongo los ojos en blanco, no sé qué sentido tiene mentir. En cuanto vea a Jason atado, con la cara manchada de sangre y a Ace con la camisa arrancada y un costado del cuerpo que parece que se haya estado revolcando con Carrie, sabrá que hay algo más que un problemilla.

—Sí, todo va bien. Pero... ven rápido. —Apago el teléfono y me lo meto en el bolsillo.

—¿Todo va bien, pero ven rápido? Vas a tener que aprender a mentir mejor. —Ace se ríe. No sé qué parte de todo encuentra divertida, así que no me río con él.

Le atravieso con la mirada.

—Entonces, ¿vamos al hospital?

—Eres implacable.

—Apenas puedes tenerte en pie ni apoyado contra esa puñetera encimera, pero ahí sigues, intentando interpretar el papel del Bernardi malo, malísimo. Si alguien es implacable, eres tú.

—Kailyn ha recuperado su chispa. ¿Quién hubiera dicho que hacía falta que me disparan para que te pusieras fogosa?

Aprieto las manos contra las caderas y le fulmino con la mirada y los ojos entrecerrados fruto de la confusión, porque, en serio... ¿qué coño le pasa? Actúa como si nada de esto fuera para

tanto cuando, de todas las mierdas que hemos tenido que aguantar las últimas semanas, esta se lleva la palma.

—¿Crees que esto es gracioso? Tommy está encerrado en un cuarto de juegos. Tu cuñado te ha disparado. Acabo de limpiar una escena incriminatoria por ti, con mis propias manos, debo añadir. He atado a un hombre por ti; un hombre que comparte tu mismo apellido porque está casado con tu hermana y la quería lo suficiente como para adoptar su apellido. Lo menos que puedes hacer es dejar de sonreír como un bufón y aceptar ir al hospital. Y, mientras te atienden, ya me pondrás al corriente de qué coño está pasando.

Ace empieza a cerrar el espacio entre nosotros. Cojea un poco, lo que evidencia aún más lo mucho que necesita una visita a ese hospital.

Jason no sólo le disparó una vez, si no que recibió otro balazo en la pierna, puede que en el muslo. Cojea al acercarse a mí, cada paso más tambaleante que el anterior, con una sonrisa malvada dibujada en la cara como si no tuviera cabida en otro sitio.

Cruzo los brazos sobre el pecho. El corazón se me acelera. Y juro por Dios que quiero arrearle un sopapo cuando abre la boca.

—Bonnie y Clyde —reflexiona—. Estás tan sexy cuando... —*Pum*, cae al suelo como una tonelada de ladrillos justo cuando John dobla la esquina e irrumpe en la habitación.

TRES

## JASON

15 años

ES MI CUMPLEAÑOS.

Como un idiota, me desperté emocionado, como si *mi* cumpleaños fuera algo por lo que estar ilusionado. Pero, por primera vez desde hace años, mamá se acordó de mi cumpleaños y prometió preparar una tarta.

Al principio, sonreí y dejé aparcada su promesa. Dios sabe que estaba harto de hacerme ilusiones y que me defraudara una y otra vez.

Y esta no era una más de esas cosas que mamá decía y no cumplía. Había ido tan lejos como para comprar todo los ingredientes porque, aunque me había dicho que no mirara dentro de la bolsa de la compra, no pude evitar echar una ojeadita.

Cuando fue un momento al baño, eché un vistazo y vi las velas. Un número 1 y un número 5. Quince años. Me sentía mayor de quince años, como si hubiera pasado por más cosas a lo largo de mi vida que la mayoría de la gente en ochenta años.

Así que esta mañana, cuando salgo de la cama, lo hago con un ánimo que no había tenido en años. Intento ir de pasota, aparentar que no me acuerdo de la importancia de este día. Con el corazón latiéndome con ganas, me lavo los dientes lo más rápido que puedo.

En cuanto entro en el salón, mi estado de ánimo se deteriora. Mi madre no está y tampoco la tarta. Los paquetes de harina, azúcar y huevos siguen en la encimera y las velas en su envoltorio.

Por primera vez, siento que tengo que devolvérsela. Como si se mereciera sentir al menos la mitad de la decepción que me ha hecho pasar día tras día. Aún he pensado en cómo lo haré, pero lo haré.

Cojo la manzana que robé de la cafetería del instituto el día anterior y me echo la mochila al hombro. No me molesto en cambiarme de ropa, no estoy de humor para rebuscar entre lo que huele demasiado a sudor o no como para no volver a ponérmela.

Hoy voy a clase en pijama. El acoso no ha cesado, pero entre las hormonas adolescentes y las horas que paso levantando pesas en mi habitación, estoy empezando a ganar algo de músculo.

El que me haya salido bigote y un poco de barba en la barbilla tampoco hace daño. La gente se mete conmigo usando las palabras, pero ya no me tocan. Y aunque no sé una mierda de pelar, al menos tengo pinta de poder partirles el culo.

Soy el primero en llegar al recinto y el primero en el aula. Y puede que sea el único que ha estudiado para el examen de Biología.

Al igual que mis músculos, mis notas han empezado a mejorar. Me gustaría decir que soy totalmente responsable de este cambio, que me puse las pilas, hiqué los codos y empecé a esforzarme para conseguir la vida que quería. En parte, sí. Pero, sobre todo, es la cocaína la que me da la motivación que necesito. No puedo quedarme quieto cuando la tomo. Una energía ilimitada corre por mis venas y siento mis sueños tan cerca que casi puedo saborearlos.

Aquella primera noche, cuando me había esnifado todo el alijo de mi madre, me desperté para encontrarme con la casa más limpia que nunca, incluso desde antes de que nos mudáramos, y la fregona todavía en mi mano.

No fue algo intencionado lo de empezar a consumir drogas para estudiar. Una parte de mí robaba la coca como una especie de venganza contra mi madre. Ella me había robado la felicidad, yo le robaba las drogas. Ojo por ojo. Ella no tenía hambre porque calmaba su apetito con cocaína, así que la coca también sería mi cena. Para cuando me di cuenta, ya no podía parar. Buscaba las drogas antes de ir al colegio y en cuanto llegaba a casa.

Me di cuenta de que todo lo que aprendía en clase se me quedaba mejor y mis notas empezaron a despegar. Mi madre se quedaba dormida cuando le pegaba el subidón y yo prosperaba cuando me pegaba a mí.

El reloj sobre la pizarra indica que faltan quince minutos para las ocho. Echo un vistazo a mi alrededor y reparo en que sigo siendo el único en el aula, abro la bolsita y me preparo una raya sobre el pupitre. Inhalo profundamente, dejo que la coca me calme los nervios y me despierte del todo.

Abro el libro que tengo delante y repaso los apuntes por última vez. Cuando por fin entra la señorita Renaults, con una bandada de alumnos que se agolpan detrás de ella, son poco más de las ocho. Deja los exámenes en nuestros pupitres y se acerca a la ventana, observándonos desde la esquina de la habitación con los brazos cruzados sobre el pecho. Lleva puesto ese vestido blanco con flores de color rojo intenso. La última vez que se lo puso, los chicos se carcajaban de que pudiera manchar de regla todo el vestido sin que nadie se enterara.

Hundo la nariz en el papel y escribo como si me ardieran las manos. Las respuestas me llegan como por arte de magia, la sensación de estar al loro de lo que está pasando es poderosa.

Termino en veinte minutos y me dirijo al frente del aula para entregarle la hoja. Me mira arqueando una ceja, como suele hacer, pero también sonrío.

—¿Seguro que no quieres repasarlo una vez más? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—He estudiado toda la noche.

—Y toda la mañana, por lo que parece. Me alegro de que estés dándole una vuelta de tuerca a tu situación, Jason. Tienes algo de tiempo antes de tu próxima clase, igual deberías aprovechar para hablar con la orientadora. Todos los profesores están hablando de subirte de curso. Si pasa, tendrás que empezar a mirar universidades en un periquete.

¿Universidad? Nadie en este puto pueblo va a la universidad. Son demasiado poco ambiciosos para soñar con ello, y demasiado pobres para poder permitírselo.

Me encojo de hombros.

—Igual la próxima vez. —Empiezo a alejarme, pero me detiene agarrándome del brazo. Lo hace con tanta delicadeza que me pregunto cómo será recibir un abrazo suyo.

Echa un vistazo a la clase antes de señar hacia la puerta con la cabeza. La atravieso y sus tacones repiquetean contra el suelo de linóleo cuando me sigue.

—Hablo en serio —dice—. Tus notas de este año han sido espectaculares. Has llegado muy lejos y si sigues así...

—La universidad cuesta dinero, Srta. Renaults, y no tengo mucho de eso.

—Hay becas para ayudar a gente como tú... —Se detiene, dándose cuenta de que me ha ofendido.

Odio que me metan en el mismo saco que al resto. Aunque nuestras circunstancias sean las mismas, la sangre que corre por nuestras venas, lo que hace latir nuestros corazones, no podría ser más diferente.

La señorita Renaults sonríe y me apoya una mano en el hombro. Quiero decirle que no me toque. Que deje de hacerme sentir cosas que nunca antes había sentido. Como calidez, amor y confianza. Cosas que sólo una madre debería hacer sentir a su hijo de quince años.

—Me refiero a la gente que no tiene apoyo monetario —continúa—. Yo misma fui una becada y no podría haber conseguido el título sin ayuda. No es nada de lo que avergonzarse. Mis padres eran tan pobres que mi hermana y yo nos turnábamos para ir al colegio porque sólo teníamos un par de zapatos que compartíamos. Nadie pensó jamás que unas niñas como nosotras pudiéramos llegar a ser más de lo que éramos y míranos ahora. Mi hermana es médico y yo profesora. Salimos adelante porque no tuvimos miedo de buscar la ayuda que necesitábamos.

Me doy cuenta de que estoy demasiado concentrado en su discurso. Demasiado interesado en una vida que no tiene nada que ver conmigo y que no se parece en nada a la mía. No tengo hermanos y puede que los zapatos que llevo sean dos tallas más pequeños, pero me apuesto a que Renaults al menos tuvo una madre o un padre a los que le importaban un bledo.

Le repito que me lo pensaré, pero en cuanto pongo un pie en el patio, olvido la conversación. Quizá si me hubiera dicho feliz cumpleaños, le habría hecho caso. O si se hubiera fijado en mí antes de la adicción a las drogas o hubiera sido lo bastante buena como para protegerme cuando todos esos cabrones me trataban como a una mierda.

Me acomodo en la misma mesa del rincón de siempre, me meto la mochila entre las rodillas, me conecto los auriculares y me recuesto en el banco de hormigón mientras contemplo el cielo y

escucho mi música.

Al rato suena la campana y el patio se llena. Incluso con los ojos fijos en el cielo, noto que no me quitan ojo. Celine y Cory encabezan el grupo, susurrando a medida que se acercan al banco en el que estoy tumbado. Llevan un papel en las manos.

Al principio, creo que me han robado el examen. No es que me importe una mierda. Se lo entregué personalmente a la Srta. Renaulds. Puede que no me caiga bien, pero parece que le me ha cogido cariño a mí y a mis notas. Dudo que se haga la remolona y se olvide de que he hecho el examen si se da el caso. Pero, ¿acaso me importa? La verdad es que no. ¿De qué demonios le ha servido a nadie sacar buenas notas en el instituto?

Ladeo la cabeza y puedo ver mejor el papel. La ira se apodera de mí cuando veo la cara de mi madre. Una cosa es meterse conmigo, pero por mucho que la odie, meter a mi madre en esto es otra muy distinta.

Salgo disparado y agarro la muñeca de Celine, sujetándola con la fuerza suficiente para hacerla soltar un grito de dolor.

—Me haces daño —sisea, las lágrimas ya burbujan en sus ojos mientras ahora lucha por impedirme ver lo que hay en el papel. Qué lástima. Debería haber pensado en las consecuencias antes de venir aquí.

—¿Qué coño es eso?

Me gusta cómo me mira, con tanto miedo en los ojos. Ahora está deseando no haberse acercado a mí, tratando de ocultar ese papel de mierda. A estas alturas.

Le retuerzo el brazo hasta que no tiene más remedio que soltar el papel.

Soy muy consciente de las reglas respecto a no ponerles la mano encima a las mujeres. A mi modo de ver, sin embargo, Celine no es más que un monstruo de las cavernas.

Le aprieto aún más la muñeca, es tan frágil que está a punto de romperse en mis manos. Una lágrima le cae por la mejilla y la respiración empieza a entrecortarse. Aun así, no suelta el papel, lo que me hace saber que, sea lo que sea lo que tiene entre esos dedos mugrientos, es algo que hará que me den ganas de darle un puñetazo.

—Tu madre está en la cárcel —grita uno de los chicos de atrás, confiado, ya que está lo bastante lejos de mí—. La pillaron tirándose al viejo Shaw en la parte de atrás de su coche.

—Quince pavos por una mamada —proclama otro de los chicos.

Estoy rojo de ira. Al parecer, mi falta de moral a la hora de pegar a chicas como Celine no es tan grave como podría ser. Antes de darme cuenta, la he soltado y he descargado mi ira contra su hermano.

Tengo a Cory agarrado por el cuello y lo levantando en el aire a pulso. Por primera vez se ve que mis músculos son algo a lo que temer.

Cae con un crujido sobre la mesa, los ojos desorbitados de terror y luchando por decir unas palabras que no salen de sus labios. Los chicos al fondo me suplican que pare, me advierten de que no puede respirar. Pero la cocaína te hace perder el foco. Hace que no puedas ver más allá

del final de tu misión y mi misión ahora mismo es eliminar a este hijo de puta. Hacer que todos aprendan, por fin, de una vez por todas, que no se puede jugar conmigo.

Unas manos empiezan a tirar de mí y puedo oír el tono cantarín de la voz de la señorita Renaults.

—Jason, por favor... suéltalo. Jason... eres mejor que esto.

Mierda.

Aflojo y Cory aspira un suspiro audible antes de ahogarse con él. El mundo entero parece volverse negro. Todo menos ese papel en el suelo. El papel con la cara de mi madre. El papel con las palabras puta, quince dólares, mamada y zorra escritas por todas partes. No tengo que volver a mirar el papel para saber que la foto que estoy mirando es de su ficha policial.

PASO el resto de mi cumpleaños sacando a mi madre de la cárcel. La señorita Renaults tiene la amabilidad de llevarme en coche y de no dejarme para que me carcoma el silencio durante todo el trayecto. No habla de mi madre ni de mi situación actual, si no que sigue con sus tonterías de la universidad.

—Tienes talento —me dice—. Todos estos conocimientos en profundidad que tienes sobre el tema... no se ven a menudo. La mayoría de los estudiantes no van más allá de lo que encuentran en los libros de texto.

No contesto, pero no se inmuta por mi silencio. Sigue hablando de las otras asignaturas y de los otros profesores y de cómo todos esperan grandes cosas de mí. Oigo sus palabras, pero no las reconozco. Una vez más, ellos no son la razón de mis notas. Tengo que agradecerse a la cocaína.

Cuando el coche se detiene, me parece un alivio y un castigo a la vez.

—¿Quieres que entre contigo? —me pregunta.

No sé la respuesta a esa pregunta. A decir verdad, preferiría estar en cualquier sitio menos aquí. Hay una bolsita de cocaína esperándome en casa debajo de mi almohada. Me ha cuidado mejor que la mujer que me dio a luz. Me siento un traidor al elegirla a ella antes que a las drogas en este momento.

Cuando, por millonésima vez en el día de hoy, la señorita Renaults es bendecida con mi silencio, toma la decisión por sí misma, sin detenerse al seguirme al interior del edificio.

La señorita Renaults está a mi lado durante todo el proceso. Es la que paga la fianza de mi madre, la que habla con la policía y la que nos lleva de vuelta a casa.

Mi madre ni siquiera le da las gracias al salir del vehículo, pero al menos tiene el sentido común de parecer avergonzada.

Observo cómo se tambalea el escalón del porche y lo que le cuesta a mi madre meter la llave en la cerradura. Observo mi casa como si fuera la primera vez que veo el terrible estado en que se encuentra. La pintura se desprende de las paredes, el tejado parece a que vaya a salir volando

con la próxima racha de viento. El porche está inclinado hacia la derecha y uno de los escalones de madera completamente deshecho.

Vivo en una trampa mortal.

—¿No estás listo para volver dentro? —dice la Srta. Renaulds. Lo formula como una pregunta, pero yo sé que es una afirmación.

Arranca el motor y la casa desaparece de mi vista a medida que nos alejamos de ella. No sé adónde vamos y me da igual. Conducimos y conducimos hasta que las casas en ruinas y los patios delanteros llenos de chatarra dejan de estar a la vista.

Por un momento, pienso que tal vez esté aquí sentado, dejándome secuestrar, pero entonces acabamos en una parte de Chicago que sólo había visto en la televisión.

Unos edificios tan altos como montañas rascan el cielo. Aquí la gente se mueve más deprisa, como si tuvieran que un sitio al que ir y no tuvieran tiempo que perder. Llevan trajes, vestidos y zapatos recién lustrados.

La señorita Renaulds aparca el coche y busca unas monedas en el portavasos. Sale un momento del coche y vuelve con un pequeño papel blanco que coloca en el salpicadero.

Con un movimiento de cabeza, me indica que me baje también. Y eso hago. La sigo paso a paso hasta que atravesamos una puerta y entramos en un edificio que parece que haya vomitado el hada del arco iris.

Me siento frente a ella en una de las mesas. Nunca me he sentido tan fuera de lugar como ahora. Todo está muy limpio y reluciente. El aire desprende unos olores dulces que me hacen sentir como si me estuviera ahogando en azúcar.

La señorita Renaulds desliza un menú por la mesa y, aunque me siento demasiado sucio para tocarlo, lo hago. El estómago me gruñe como lo ha hecho casi toda mi vida.

—Pídete lo que quieras.

Abro los ojos de par en par.

—¿Cualquier cosa?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios y asiente.

—Cualquier cosa.

Probablemente debería pedirme una hamburguesa y patatas fritas. Algo sustancioso. Pero el niño que hay en mí se vuelve loco ante las capas de helado con trozos de tarta pegados a los lados y una nata montada en la cima tan esponjosa que se derrama.

Señalo el postre del menú que se hace llamar «bomba de chocolate».

—Buena elección —dice ella.

Cuando viene la camarera, pide dos.

Nunca he probado nada igual. Una parte de mí quiere mencionarle que es mi cumpleaños. Y que es la primera vez en cualquier cumpleaños que he comido tarta y helado. Que mi madre prometió hacerme una tarta, pero decidió que prefería pasar el día entre rejas que conmigo. Pero no lo hago. En lugar de eso, dejo que me convenza de que realmente valgo algo. De que algún

día podré venir a sitios como éste. Tal vez incluso pueda comprarme una casa en la ciudad. Que debería hablar con la orientadora sobre universidades y becas.

Dejo que me convenza de que tengo una oportunidad en una vida que no se parece en nada a la que vivo actualmente. Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que quizá yo también me haya convencido un poco.

Volvemos a mi casa pasada la medianoche. Tengo un pie fuera del coche cuando la voz de la señorita Renaulds me detiene.

—Jason.

—¿Sí?

—Feliz Cumpleaños.

LLEVO una hora encerrado en mi habitación cuando oigo un golpecito en la puerta. Me quedo mirando la puerta, esperando que mi madre entre a la fuerza. No es que lo haya hecho antes.

Mientras que a la mayoría de los niños sus padres les echan la bronca para que limpien porque saben qué aspecto tiene el interior de sus habitaciones, mi madre lleva años sin pisar mi cuarto. Salvo aquella vez que me robó el dinero que había ahorrado trabajando aquí y allá durante el verano.

Pero a mamá no le gustan los enfrentamientos. Ni tampoco le gustan las disculpas. La puerta no se mueve y no tardo en oír el ruido de sus pasos al alejarse.

No le dirijo la palabra a mi madre durante semanas. No me preparó una tarta porque estaba demasiado ocupada prostituyéndose y no sabía ni qué decir al respecto.

Puede que sea una adicta, pero tiene dos piernas y dos manos que le funcionan a la perfección, igual que, evidentemente, la boca. Podría haberse encontrado un trabajo de verdad en el que utilizar cualquiera de esas cosas para algo bueno, pero optó por no hacerlo. Ella toma sus decisiones y yo las mías.

Había conseguido hacer oídos sordos de todos los rumores que esos gilipollas del colegio propagaban porque no eran ciertos. Pero esto... esto era verdad. Está en el informe policial. Está en el periódico. Está en boca *de todos*. Es una verdad que me sigue a cada esquina y a cada pasillo. Una que no puedo eludir.

## CUATRO

### Aclan

PODRÍA HABERME FOLLADO a Kailyn en la cocina, inmovilizándola contra la nevera, con la sangre de mi cuerpo marcando el suyo mientras las gotas de sudor me punzaban la piel. Sus manos cruzadas sobre el pecho, apretándole las tetas, y esa mirada de determinación, rabia y fuerza tatuada en su cara era mejor que el éxtasis. Mejor que el miedo que ha estado presente desde que encontramos el camino de vuelta el uno al otro.

Kailyn entrecerró la mirada y yo no pude evitar sonreír. El mundo se estaba yendo a la mierda a pasos agigantados, pero no pude contener el palpitar de mi pecho al verla recobrar fuerzas; no se estaba encogiendo en un rincón ni rompiéndose en pedazos, sino que estaba aquí de pie, dispuesta a *hacer* algo.

Todo empezó cuando golpeó a Jason en la cabeza con esa estúpida estatua y no llegó a su fin con la forma en que lo ató, cuando los pequeños músculos de sus brazos se tensaron y, por Dios bendito, fue la cosa más sexy que había visto jamás. Tan inapropiado como era, dado el hecho de que la guerra que pensábamos que estaba llegando a su fin había encontrado un nuevo comienzo y el topo que habíamos estado buscando todo este tiempo se escondía bajo la piel de mi cuñado, mi único pensamiento fue: *mi chica ha vuelto*.

No pensé en cuánto se desmoronaría la vida de mi hermana. Ni en su hijita, Rosie, que echaría muchísimo de menos a su padre, a pesar de que él no había sido la mejor figura paterna. Ya me llegaría el momento de sentir eso, supongo; la culpa que no debería sentir por destrozar la vida de Isolde.

Suelto la encimera de la cocina, la agonía que me provoca el dolor en la pierna se hace cada vez más evidente con la presión que le impongo. Seguramente necesitaré un médico. Más tarde. Me examino el pecho y el carmesí que ha bañado mi piel en un tono completamente nuevo.

Puede que Jason y yo hayamos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años y, mientras todo el mundo se alegraba de ver feliz a Isolde, lo único que yo sentía era que mis sentidos arácnidos se disparaban. Luego vinieron las drogas y pensé que lo tenía calado, que se había

estado poniendo hasta el culo de todo tipo de mierda en todo momento, ocultándolo hasta que se afianzó tanto en la familia que ya no había forma de deshacerse de él. Pero nunca lo hubiera creído capaz de esto.

Volví a centrarme en la mujer que tenía delante, con fuego en su mirada y determinación en el ceño. Mi Kailyn. Apreté los dientes por el dolor que me recorrió al poner un pie delante del otro. Jason se agitaba en el suelo, apenas consciente pero tampoco muerto. Al menos, todavía no.

No tenía claro cómo iba a ser capaz de atraer a Kailyn entre mis brazos, pero estaba decidido a demostrarle lo sexy que la encontraba ahora mismo.

Pero el mundo empezó a ennegrecerse por los bordes, su cara se volvió borrosa y mi cuerpo descendió y entonces... Me rodeó la oscuridad... Una completa y absoluta oscuridad.

LO SIGUIENTE QUE sé es que Kailyn me está tocando por todas partes.

—Aclan. Aclan. Eh, quédate conmigo. No se debe dejar que alguien se duerma después de haber recibido un disparo, ¿verdad?

Después siento a John. Noto la diferencia de textura cuando su mano sustituye a la de ella. Tiene experiencia médica, ya que fue médico en otra vida. Aunque hace tiempo que le retiraron la licencia, no ha olvidado cómo ejercer de médico.

Su mano me agarra la nuca y me mueve ligeramente.

—Parece que se ha dado un golpe en la cabeza... o que le han dado un golpe en la cabeza.

—También ha perdido mucha sangre —añade Kailyn.

Y entonces John dice algo que no acabo de captar, pero el pánico que se ha apoderado de la voz de Kailyn se apaga y vuelve a ponerse a ladrar órdenes a John para que Roland acerque el coche. Para que saque a Tommy de la habitación en la que lo ha encerrado, asegurarle a nuestro hijo que todo va bien, llevarlo al coche, darle su tableta y mantenerlo distraído. Hay que asegurarse de que ninguno de los guardias de Isolde vea nada.

Intento abrir los ojos, pero lo veo todo borroso y la cabeza me da tantas vueltas que me lloran los ojos.

Entrecierro los ojos y no deseo nada más que quedarme dormido. Podría. Quizá hasta debería. Nada cura mejor un dolor de cabeza que un descanso de lo más necesario. Y, seamos sinceros, con la pierna jodida y una bala alojada en el brazo, no le soy de mucha utilidad a nadie. Además, Kailyn tiene esto controlado. Ella tomará las decisiones correctas. Yo puedo descansar por un tiempo y permítele tomar el mando. No hay problema. Todo irá bien.

CINCO

## JASON

17 años

SOPHIE BEBE un sorbo de café. Le queda un poco de crema pegada al labio superior y me cuesta mucho no limpiársela. Igual que me cuesta volver a llamarla señorita Renaults cuando estamos en clase.

Desde mi cumpleaños, cada vez la veo más y más fuera de clase. Algún día, cuando tenga hijos, serán los seres más afortunados del mundo.

A Sophie le gusta hablar y apuesto a que también se le da bien escuchar. Pero yo no soy muy hablador, así que es ella al que llena los silencios con maestría, consiguiendo sonsacarme más información de la que soy consciente de estar dándole.

Nos encontramos en una cafetería a las afueras del pueblo, lo suficientemente lejos como para no cruzarnos por accidente con nadie que no deba vernos juntos, que sería... bueno, todo el mundo. La gente empezaría a hablar, verían cosas donde no las hay e inventarían historias sobre nosotros dos. Sophie no puede permitirse perder su trabajo y yo tampoco puedo permitirme que lo pierda. Es por eso que ambos somos tan cuidadosos. Por eso a ella no le importa conducir y a mí no me importa que me traiga hasta aquí y, aunque nunca hemos hablado de ello, los dos sabemos por qué.

—La Srta. Doreen ha dicho que fuiste a verla hoy. —Asiento con la cabeza—. Sigues intentando conseguir una beca más para cubrir el coste de la residencia.

—Sí. No es tan fácil como parece.

—Habrás sobrepasado el 10 de media para cuando te gradúes y vas a arrasar en selectividad. Lo único que te falta es un hacer un poco de trabajo a la caridad.

La miro con una ceja alzada, pero está tan absorta en su donut que no nota cómo la miro.

—El que necesita caridad soy yo, Sophie.

Deja caer su donut sobre el plato, como si mis palabras la sorprendieran. El corazón me traquetea un poco ante la idea de que igual ella me veía como algo más que eso. Como más que un chico sin padre y con una madre sin blanca que olvidó su cumpleaños y les hace mamadas a

los vagabundos. Igual veía más allá de mi casa en ruinas. Igual me veía como... más.

Sus manos se deslizan por la mesa y, antes de que me dé cuenta, mis palmas están apretadas contra las suyas y sus ojos azules brillan cuando se clavan en los míos.

—Nunca pienses en ti de ese modo —me dice, y la voz se le quiebra como si estuviera a punto de ponerse a llorar y tuviera que contener las lágrimas.

—Es difícil no hacerlo —le confieso con sinceridad—. No tengo nada que ofrecer. Nada que demostrar. —Miro los zapatos que me ha comprado. Es el primer par de zapatos nuevos que me he puesto en la vida.

—Tienes diecisiete años, no necesitas demostrarle nada al mundo porque eres un niño, Jason. Uno decente, listo, fuerte, inteligente...

Sus cumplidos me dan una bofetada en la oreja y, aunque no oigo ni una palabra de lo que dice más allá de inteligente, estoy bastante seguro de que continúa durante al menos media hora.

Para cuando termina, estoy seguro de que ahora son mis ojos los que se empañan de lágrimas. Sigue agarrándome la mano y se la aprieto, incapaz de encontrar las palabras para darle las gracias por simplemente ser ella. Por verme. Por salvarme.

Me inclino sobre la mesa y mis labios encuentran los suyos. Suaves y tersos, saben a fresas recién arrancadas. Pero tan rápido como había acortado la distancia entre nosotros, ella la vuelve a alargar.

La alarma se ha apoderado de sus ojos. Me mira con la clase de pánico que parte corazones. Lo sé porque puedo sentir cómo el órgano se tensa hasta resquebrajarse.

—Lo siento.

—Aquí no ha pasado nada —dice.

Pero sí ha pasado algo. Puede que sólo durara un segundo, pero es un segundo que recordaré el resto de mi vida.

SOPHIE INTENTA HACERNOS RETROCEDER en el tiempo. Intenta fingir que ese beso no ocurrió y que las cosas están normales entre nosotros, pero no es así. Fui yo quien dio el paso, quien cruzó un límite que nunca debería haber cruzado, pero ella sintió todo lo que yo sentí cuando nuestros labios se tocaron.

Cuando más tarde volvemos al coche, abordo el tema. Sé que se alejará completamente de mí si la situación se mantiene así de incómoda, así que tengo que hacer todo lo posible para que volvamos a la normalidad. Y lo normal no es que un chico de diecisiete años se enrolle con su profesora de veintisiete. Soy consciente de que, a pesar de lo mucho que me gustó sus labios contra los míos, ese encuentro estuvo mal. Debería disculparme, pero es difícil decir que siento algo que desearía poder volver a hacer.

—No estoy acostumbrada a que la gente se preocupe por mí —le digo en su lugar.

Ella juguetea con sus llaves. Por primera vez desde que la conozco, parece tener miedo de

mirarme a los ojos.

—No hace falta hablar de esto, Jason.

—Sí hace falta. Si te pierdo...

Se queda quieta en ese momento, como si las palabras la hubieran golpeado donde no esperaba. Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, lo hacen con una pasión que lleva la palabra peligro escrita por todas partes. Estoy seguro de que ella ve lo mismo cuando me mira.

Esta vez, no me cabe duda de que ella me desea tanto como yo a ella. Esta atracción es algo para lo que ambos somos demasiado débiles como para luchar en contra.

Los labios de Sophie encuentran los míos y los devora.

Sus manos van a parar a mi ropa y la destroza.

Sus dedos me hacen sentir el éxtasis cuando tocan mi pecho, subiendo más y más hasta que me despoja de la camiseta. Lo hace sin romper el beso. Chupa y muerde, y yo la imito paso por paso. No puedo estar demasiado cerca de ella ni tener suficiente de ella.

Mi mano se mueve hacia su nuca y la aprieto contra mí. Respirar es para la gente que tiene tiempo y hay un cronómetro en mi corazón que me indica que yo dispongo de todo lo contrario porque, cuando Sophie se dé cuenta de lo que está haciendo, parará.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, empujo mi asiento hacia atrás para dejarle sitio a Sophie, que se pasa al asiento del copiloto y me rodea con las piernas. Esas preciosas piernas bronceadas, que son suaves como el terciopelo y la seda y todo lo que no sabía que necesitaba con ansia.

Tocarla es el pecado más dulce. Al igual que sus labios, su piel es tersa y suave. Me atrevo a desabrocharle la blusa y siento que voy a estallar al verle las tetas.

Mis manos no saben dónde tocar, así que la tocan por todas partes, liberando sus pechos del sujetador y pellizcándole los pezones con dedos nerviosos.

Mis manos la agarran del culo justo cuando se levanta de mí para liberar mi polla de los pantalones y pierdo la cabeza al completo cuando se sienta sobre mí. Su coño es apretado y húmedo y, aunque nunca me había imaginado como sería tener sexo, si lo hubiera hecho, esto habría hecho volar mi imaginación por los aires. Qué mojada está y qué expresión tiene en la cara cuando deja que la llene hasta el límite.

Me aferro a ella mientras se balancea arriba y abajo. Aprieto tanto los dientes que podría rompérmelos. Qué gustazo. Qué gustazo da sentirla a *ella*.

—Sophie —susurro contra ella.

Una parte de mí quiere que se calme. Me está follando tan fuerte que no podré aguantar más de un minuto.

Dejo caer las manos en sus caderas y la sujeto con firmeza, guiando sus movimientos, rogándole que se lo tome con calma, que disfrute de mí. Que no se precipite. Que no nos precipite.

Sacude la cabeza, vuelve a acelerar el ritmo y ya no hay manera de que ninguno de los dos se

contenga. Quiere que esto termine, eso está claro, pero tampoco quiere parar.

Cuando Sophie echa la cabeza hacia atrás y sus pechos se alzan aún más, la recibo con una embestida. Un gemido brota de su garganta, tan gutural que se me eriza el vello.

Yo no me quedo atrás, mis gruñidos se hacen eco por todo el coche cuando la semilla sale disparada de mi miembro, llenándola hasta el borde antes de derramarse sobre mis pantalones.

Sophie se aparta, se abrocha la ropa y arranca el coche mientras yo sigo forcejeando con el botón de mis vaqueros.

No me mira cuando para delante de mi casa. No me habla ni cuando me quedo sentado a su lado en silencio. Sophie es la que siempre sabe qué decir y yo soy el que nunca encuentra las palabras adecuadas. Ahora mismo, sin embargo, las dos estamos sumidos en el silencio, demasiado asustados para decir lo correcto o lo incorrecto o nada en absoluto.

Me giro en mi asiento, tomando nota del rubor de sus mejillas y el brillo del sudor en su frente. Separo los labios, pero sigo sin pronunciar palabra.

Sophie está sentada con la cabeza erguida y las manos aún en el volante. Tal vez quiere que me vaya. Tal vez sea justo lo que debería hacer. Tal vez, no.

Lo que sí sé, sin embargo, es que, aunque ese beso pudo no haber sido nada, lo que acaba de pasar entre nosotros lo ha sido *todo*.

Me tiemblan las manos al levantarlas.

—¿Qué pasará con nosotros ahora?

Una lágrima le recorre la mejilla. Es una respuesta a mi pregunta, pero no puedo aceptarlo. Si este es nuestro final, necesito que lo diga en voz alta.

—¿Qué pasa con nosotros, Sophie?

No se vuelve para mirarme. Sigue mirando hacia delante, con las lágrimas cayéndole como cascadas por las mejillas.

Golpeo el salpicadero con el puño.

—¡Contéstame, Sophie! ¡Contéstame, maldita sea!

Sophie está tan sumida en el arrepentimiento que por mucho que me rebele, por mucho que patalee y grite y le suplique que me diga algo, que me diga qué hacer a partir de ahora, cómo actuar, cómo *ser*, ella no dice nada.

## SEIS

### Kailyn

ESTOY sola en la cocina de Isolde. Tengo la sensación de que han soltado el mundo en un tornado y tengo la cabeza hecha un lío confuso mientras intento confiar en mis próximos pasos o en los anteriores, ya que estamos.

Levanto los dedos y los voy bajando uno a uno mientras enumero en voz alta las cosas de las que me he ocupado.

*Tommy. Está en el coche con Roland.*

*Aclan. Está en el coche con John.*

*Jason. Está en el maletero del coche en el que está Aclan.*

*La basura. Está en el maletero del coche, al lado de Jason.*

¿Estoy pasando algo por alto? Siento que se me olvida algo. También siento que fue una idea estúpida lo de limpiar nada. La familia acabará sabiendo que han herido a Aclan. Isolde sabe que estuvimos aquí. Deberíamos haber dejado la sangre. O igual es irrelevante. Todos estaban al tanto de mis episodios maníacos, o de mi depresión. Si es necesario, usaré mi estado mental como excusa. O diré que lo hice porque temía que Isolde y Rosie estuvieran de camino y llegar para encontrarse con una cocina cubierta de sangre las hubiera traumatizado.

Llamo a Isolde, que me contesta al tercer timbrado, con ese tono alegre de siempre.

—Kailyn, ¿cómo estás? ¿Qué tal Francia? Dios, os he echado tanto de menos a ti, a Tommy y a Aclan. Estaré ahí pronto, tengo que...

—Isolde —digo, cortándola.

—¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, aunque ella no puede verme a través del teléfono.

—Ha habido un accidente —le digo—. Ace está herido.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien? Tiene que estar bien. Voy a por mis llaves, estaré ahí en...

—Isolde —le digo—, no puedes venir aquí.

—¿Qué quieres decir con que no puedo ir hasta ahí? Estás en mi casa, Kailyn. Es *mi casa*. Puedo ir a mi casa si quiero. ¿Qué demonios está pasando?

—Le han disparado a Ace. —Las palabras me tiemblan en los labios.

—¿Cómo que le han disparado? ¿Con una pistola? ¿En mi casa? ¿Por qué?

Ojalá lo supiera. Antes de que se me ocurra cómo convencerla de que se quede quieta, vuelve a hablar.

—Jason... ¿Jason está bien? —Su voz es un susurro de pánico

Oigo cómo se las lágrimas le oprimen la garganta mientras piensa en lo peor. Ojalá lo peor para ella y lo peor para mí fuera lo mismo.

—Pues, eh... Jason no estaba aquí cuando llegamos, pero estoy segura de que está a salvo. — La mentira me escuece cuando abandona mi lengua. Hacer daño a Isolde es lo último que quiero. Nunca ha sido nada más que amable conmigo y con Tommy... Ha sido una bendición en tantos sentidos que me duele y me enfada saber el dolor que le espera si descubre la verdad sobre Jason.

—Te... te llamo ahora —tartamudea y sé al instante que es porque va a intentar localizar a Jason. Su teléfono está apagado, su tarjeta SIM está hecha pedazos y su última ubicación conocida será la de «casa», pero eso no significará nada. Al igual que Ace y yo jamás, ni en un millón de años, hubiéramos pensado que Jason era capaz de los estragos que ha causado, Isolde nunca pensará que somos responsables de la desaparición de su marido.

Aspiro una bocanada de aire que me quema, pero que no llega a llenarme los pulmones. Levanto la cabeza, echo los hombros hacia atrás y dejo atrás la casa de Isolde.

Acompaño a Tommy de vuelta a casa de Ace, todavía tratando de descifrar qué demonios hacer con Jason, a quién llamar y qué hacer con este lío en el que estamos metidos. Que Leonard vaya a ser enterrado mañana no nos facilita las cosas. Si todo se va a la mierda, podríamos ofrecer el cuerpo de Jason para que lo entierren junto con el de Leonard.

Tommy dice algo y yo me giro para mirarle, intentando con todas mis fuerzas poner una cara normal.

—¿Qué has dicho, cariño?

Señala hacia delante, hacia el coche en el que va Aclan.

—No se puede conducir tan rápido, mami.

John ha pisado tan fuerte el acelerador que la distancia entre nosotros ha aumentado exponencialmente. El corazón se me acelera. ¿Ha pasado algo? ¿Está bien Ace?

Cojo el móvil, pero cambio de idea porque no puedo hacer las preguntas que quiero delante de Tommy.

—Roland, acelera. —Opto por decir.

Roland sacude la cabeza. Es evidente que sabe más que yo, pero a pesar de la mirada que le echo por el retrovisor, no consigo entender qué me quiere decir.

Me suena el teléfono y compruebo quien llama. Isolde. No contesto, aunque eso me hace sentir como un ser humano absolutamente monstruoso. Pongo el móvil en silencio e intento no

pensar en la constante vibración en mi bolsillo.

Sólo cuando estamos aparcados en el garaje de la casa de Aclan, junto a la furgoneta que conducía John, vuelvo a echar un vistazo al teléfono y me doy cuenta de que no sólo Isolde me ha estado llamando, si no que también Fred, Marco, Silvio y Concetta. Tengo llamadas perdidas de todos ellos. También hay una de Maria.

Tenemos que idear un plan lo antes posible. Me dirijo hacia la puerta del garaje cuando Roland me agarra de la muñeca.

—Sra. Bernardi —dice—. Yo me ocuparé de llevar al niño a su habitación. Usted reúnase con el Sr. Bernardi en el sótano.

Al menos uno de nosotros está enterado de lo que está pasando.

Me precipito dentro de la casa y no respiro hasta que estoy en el sótano. Lo primero que veo es la espalda de John y luego a Ace, con los ojos abiertos y una fina sonrisa partiéndole los labios.

—Oh, gracias a Dios que estás bien.

—Se golpeó la cabeza con la encimera de la cocina —me informa John—. Es muy probable que tenga una conmoción cerebral, así que un poco de descanso no le hará daño. Las balas ya están fuera y las heridas limpias. El Sr. Bernardi se pondrá bien—. Termina de vendarle el brazo a Ace y le ayuda a sentarse.

—¿Y Jason?

John no me contesta, sino que deja que sea Ace quien responda.

—Está en el cuarto del fondo —dice.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—Sacarle la verdad.

—¿Y después?

Se encoge de hombros.

—Esto no es lo que esperaba encontrarme al volver a casa. —Joder, que no.

—¿Has hablado con tu padre?

—Todavía no. Está intentando resolver el lío de que los Caruso por fin puedan salir de casa, ya que la policía retiró a quien teníamos allí apostados.

Asiento con la cabeza, contemplativa. Desde luego, habrá que informar de algo así a Silvio.

—Llamé a tu hermana y le hice saber que te han disparado —le digo—. Ella me preguntó por Jason y yo le dije que estábamos solos cuando llegamos a su casa. Que no lo habíamos visto.

Ace exhala un suspiro por las fosas nasales.

—Bien pensado. Si sabe lo que está pasando, se dejará guiar por sus emociones. Al final tendremos que contárselo, pero no ahora. Primero tenemos que ver cuánta información podemos sacarle a Jason. —Ace estira el brazo que no tiene herido en mi dirección—. Venga, ayúdame a levantarme. Es sólo cuestión de tiempo que venga toda mi familia a llamar a la puerta.

Le ayudo a levantarse, con cuidado de no hacerle más daño. Cuando se pone de pie, se

estremece.

—Los analgésicos no tardarán en hacer efecto —le asegura John.

Me giro hacia éste.

—¿Por qué tienes todas estas cosas? Analgésicos y... —Hago un gesto hacia el maletín de cuero marrón que hay en el suelo junto a sus pies— todo eso.

—John era médico —me hace saber Ace.

—Hace toda una vida —añade John—, pero esa es una historia para otro día.

Como no dispongo de mucho tiempo, no le interrogo más.

—Vale —digo—. Entonces te creo con lo de que Ace va a estar bien. —Me vuelvo hacia Ace—. ¿Y Jason? ¿Qué hacemos con él si aparece tu familia?

—Está bien atado y amordazado. No podrá armar escándalo.

—Yo me encargaré de tenerlo vigilado —interrumpe John—. De asegurarme que no haya sorpresas.

Se lo agradezco más de lo que cree. He estado funcionando a base de pura adrenalina durante las últimas horas y todo apunta a que tendré que seguir funcionando así durante las próximas. Lo último que necesito son más sorpresas. Apenas he podido procesar toda esta situación con Jason y qué demonios podría hacerle elegir este camino por encima de la vida perfecta que Isolde intentaba ofrecerle.

SIETE

## JASON

La cocaína me hacía concentrarme.

La heroína me hacía olvidar.

Así que, combiné amabas porque necesitaba *concentrarme* en *olvidarme* de *ella*.

SI NO HUBIERA estado seguro de que Sophie existía, habría pensado que me había enamorado de un fantasma. Las clases continuaron después de que estuviéramos juntos en el coche, pero continuó sin ella. Cada día que pasaba, era otro en el que ella no estaba.

No se comentaba nada en los pasillos sobre su marcha. Ningún estudiante se inventaba razones para justificar su ausencia. Ningún profesor hablaba de lo rápido que nos había dejado. Ningún periódico tenía nada que informar sobre ella.

Se había esfumado de la faz de la tierra.

Con su ausencia se fue también a paseo el resto de mi cordura. Durante semanas no pude pensar, ni comer, ni dormir. Sentía que me estaba volviendo loco y que era algo que la cocaína no estaba arreglando, así que cuando mi madre trajo a casa un polvo que era más marrón que blanco, no dudé en echarle mano.

Mamá estaba desmayada en el sofá y me parecía mucho más atractivo que quedarme sentado y rumiando en mi tristeza.

Había montones de jeringuillas esparcidas por la casa. Mamá las había robado de su último viaje a Urgencias. Lo sabía porque lo hacía desde que yo era pequeño. Entraba en el hospital y ventilaba sus suministros cuando nadie miraba. Por aquel entonces, no sabía para qué necesitaba las jeringuillas. A los diecisiete años, estoy más enterado de lo que me gustaría, la verdad.

Cojo una jeringuilla de su escondite. Una idea terrible.

Cojo una cuchara. Una idea terrible.

Cojo un mechero. Una idea terrible.

La heroína burbujea en la cuchara. No sé por qué hago lo que hago, sólo sigo los pasos de mi madre para colocarse.

Todas esas ideas terribles ya no me parecen tan terribles cuando las drogas corren por mis

venas, cuando siento que mi cabeza ya no forma parte de mí. Que se aleja flotando, arrojando todos mis problemas en algún lugar muy, muy lejano. Me siento libre. Más libre que nunca. Y más ligero también.

Dejo que mi cuerpo se abandone hasta quedar en el suelo y le doy la bienvenida a la bruma onírica que me envuelve en su abrazo y me masajea con su relajación. La cara se me estira en lo que creo que es una sonrisa y entonces ocurren otras cosas. Cosas que no puedo describir. Sentimientos que no puedo describir.

En algún momento, me quedo frito. Lo sé porque la próxima vez que soy consciente de mí mismo, hay luz fuera. Veo la cara de mi madre. Está enfadada, cosa que me sorprende. Creía que había perdido la capacidad de sentir ninguna emoción hacía décadas.

—¿Qué has hecho, Jason? —sisea.

Entrecierro los ojos, intentando adaptarme a... Bueno, intentando adaptarme al mundo de nuevo. Mi estómago protesta, diciéndome que no es fan de lo que sea que haya ingerido y me duele la cabeza como si tuviera una tormenta alojada entre los oídos. Intento respirar a pesar del malestar. Intento cerrar los ojos para prevenirlo. Pero mi madre sigue ahí, agitando la jeringuilla delante de mi cara, haciéndome unas preguntas que no me apetece responder.

—Te lo pagaré —le digo, haciéndole señas para que se vaya. Pero es como una mosca que se niega a irse.

Al darme cuenta de que no encontraré la paz en el suelo de esta cocina, me arrastro hasta quedar erguido y me agarro a la encimera durante unos segundos hasta que encuentro el equilibrio.

—¿Crees que lo digo por el dinero? —La voz se le quiebra como si estuviera a punto de echarse a llorar. ¿Es que me he fundido todo su alijo? Creo que no. Busco en el bolsillo para ver si he metido el resto, pero no encuentro nada.

—Te conseguiré más, tú dame un...

Mi cabeza sale disparada hacia un lado y me escuece la cara cuando su mano la abandona. Mi madre acaba de pegarme, joder. Me la quedo con los ojos muy abiertos. Espero una disculpa o, al menos, una explicación.

—¿Qué coño?

—Tú no eres así —sisea. Tiene la cara tan cerca de la mía que puedo oler todo lo que ha comido en las últimas dos semanas—. ¡No puedes ser así!

Frunzo el ceño mirándola.

—¿Así cómo?

Mamá junta las manos, rezando a un Dios que ambos sabemos que nunca responderá a sus plegarias... no después de toda la mierda que ha hecho. Incluso el hombre de ahí arriba tiene unos límites a la hora de perdonar.

—No puedes ser como yo. —Ahora está llorando a lágrima viva.

Las lágrimas le bañas las mejillas y le cuelgan los mocos. Me sentiría mal por ella si no fuera

la causa de su propia desgracia.

—No nos parecemos en *nada* —le digo y va en serio—. En nada, ¿me oyes?

Me alejo de ella en dirección al salón y cojo la coca que aún tiene sobre la mesita. Hago ademán de metérmela en el bolsillo. Por supuesto, no tiene intención de renunciar a la droga. Intenta quitarme la bolsita, pero ahora yo soy más grande. Un adolescente hecho y derecho, con músculos y vello facial y una polla que podría follarse a su profesora hasta dejarla sin trabajo. Follármela tan fuerte para hacerla desaparecer de la faz de la puta tierra.

—¡Quítame las manos de encima antes de que te las quite yo! —le advierto a mi madre.

Retrocede como si la hubiera golpeado. Cuando me mira es como si mirara a un extraño y no al niño al que abandonó durante media vida. Qué bien. Por fin se está dando cuenta de cuántos años ha sido una puta inútil.

—Jason, por favor, no te hagas esto —me suplica, pero ya es demasiado tarde. Ya no puedo más y la única persona a la que permitiría que me sacara de este pozo no está en ningún lado.

---

MI MADRE HA DEJADO de traer drogas a casa, lo que significa que he tenido que empezar a comprármelas yo, pero comprarte tus propias mierdas cuando eres un mierdecilla de diecisiete años con una madre incompetente, sin padre y sin dinero es como intentar convertir a un burro en un unicornio que caga oro.

Con el tiempo, el acosado se convierte en acosador y puede que nunca pensase que llegaría tan bajo, pero los efectos de la heroína no desaparecieron como me esperaba. Esa sensación de ligereza, de estar separado de mis putos pensamientos era lo único que ansiaba. Y cuando ansías algo tanto como yo ansiaba la heroína, haces lo que sea para conseguirlo.

Mis notas ya estaban listas. Las becas, también. Aún no tenía suficiente para cubrir la residencia, pero no me importaba. El dinero fuera a aparecer de la nada. Sophie y la señorita Doreen habían hecho todo lo posible para ayudarme a conseguir ese último dinero. Solicité todas las becas que pude y escribí ensayos hasta que se me durmieron las manos. Pero nadie quería pagar el alojamiento y la comida del chico que vivía al otro lado de las vías. Si Sophie estuviera aquí, me diría unas chorradas como «querer es poder» y «quien algo quiere, algo le cuesta». Me haría creer que al final todo se arreglaría. Pero Sophie no estaba aquí porque se rindió a sus sentimientos igual que yo me rendí a los míos y, mientras que yo la necesitaba más que a mi próximo aliento, ella ya no necesitaba nada más que no volver a verme. Así que a la mierda.

A la mierda la beca.

Y el futuro.

A la mierda la universidad.

Y un trabajo bien pagado.

IBA al insti con la ropa de ayer, me dormía en clase y, en lugar de ir a gimnasia, me iba a los vestuarios y rebuscaba entre todas las chuminadas que esos chicos se habían dejado por ahí. Veinte dólares por aquí, un dólar por allá, cinco dólares enrollados en calcetines y metidos en zapatillas de tenis.

Sabía dónde conseguir las drogas, pero no cuánto costaban. Sin embargo, tenía una idea. Si mamá hacía mamadas por quince pavos, entonces debía de haber algo que me pudiera comprar por un billete de diez y otro de cinco.

Me pasé el resto de la jornada escolar dando vueltas a la manzana, buscando al tío del parche en el ojo que no podía estarse quieto. Como no podía ser otra mi suerte, precisamente hoy no estaba en la esquina paseándose de un lado a otro, con la gorra calada hasta los topes y con cara de ser el hijo de puta más sospechoso del mundo. Era acudir a él o la casa a la vuelta de la esquina de la que habían sacado al menos tres cadáveres en las últimas dos semanas.

Cuando sentí que no iba a llegar a ninguna parte, no tuve más remedio que dirigirme a aquella casa. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando llamé a la puerta, temiendo que un golpecito la hiciera saltar de sus goznes. Nunca había estado tan cerca de este fumadero de crack. Nunca pensé que tendría una razón para acercarme tanto. Pero aquí estaba, impaciente. Necesitaba que abrieran la puerta porque sabía que tenían heroína y nada en este mundo me había hecho sentir tan bien como la heroína. Salvo Sophie. Pero ella era el fantasma que no podía invocar.

La puerta crujió al abrirse no más de unos centímetros de ancho. Un hombre que era todo esqueleto y piel asomó la cabeza. Me miró de arriba abajo, con los ojos tan abiertos que parecían querer salirse de las órbitas.

—Tengo dinero en efectivo —le dije, para nada al tanto de si había algún código a la hora de comprar drogas. Aunque me suponía que lo último que querían era a alguien en su porche anunciando con pelos y señales qué era lo que vendían en esta casa.

—¿Eres el niño de Tina?

No me sorprendió que conociera a mi madre, pero que me reconociera a mí... No me gustó la sensación ni la asociación.

—No soy ningún niño —le dije.

—¿Qué necesitas?

—Polvo —dije y luego hice una pausa... ¿cómo demonios llamaban a la heroína por estos lares?—. Farlopa —probé, y enseguida me corregí—: Caballo.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué quince dólares, empujándolos hacia él. No dudó en arrebatármelos de las manos. La puerta volvió a chirriar, abriéndose lo suficiente para que mi cuerpo pudiera pasar de lado. Lo tomé como la invitación que seguramente era. Aunque en realidad no quería entrar en la casa, los adictos al crack no eran de las personas más fiables del mundo. Si la puerta se cerraba delante de mis narices, no estaba seguro de que el tío no desapareciera con mi dinero.

Al entrar en este tugurio, recordé el día en que saqué la mochila del contenedor. Había pequeñas montañas de basura por todas partes y el olor me hacía dudar de que debajo de todo aquello no hubiera un cadáver pudriéndose ahí abajo.

Había dos sofás enfrentados, justo en medio de la habitación. El tío que ocupaba el sofá más cercano a mí estaba tumbado boca abajo, con el culo en el aire y una mancha marrón en la parte trasera de sus pantalones beige. ¿Nadie iba a decirle que se había cagado encima? ¿Sabía siquiera que se había cagado encima?

Aguanté la respiración todo lo que pude y sólo respiré entrecortadamente cuando era absolutamente necesario. Examiné a las personas que estaban en el otro sofá. Un hombre y una mujer. El tanga de la mujer estaba tirado sobre el respaldo del sofá, pero si tuviera que apostar diría que no habían llegado a echar un polvo.

Contemplé toda mi vida durante el tiempo que pasé en esta habitación. Conocía los efectos de la cocaína y me parecían inofensivos. Conocía los efectos de la heroína y me parecían de otro mundo. ¿Qué demonios se habían metido estos?

Pensé en mi madre. En todas las formas en que la me la había encontrado. Por lo que yo sabía, no era muy exigente con las drogas que tomaba, le bastaba con lo que cayese en sus manos en ese momento. Decidí que me limitaría a la heroína y la cocaína. Me dije que si sólo consumía esas dos drogas y sólo lo hacía cuando *realmente* las necesitaba, como ahora, nunca acabaría como la gente de esta casa. Quitando la cocaína. Estaba tan acostumbrado a ella que me parecía más algo que necesitaba que algo que deseaba. Era más como una medicación que como una adicción.

El hombre esquelético que me quitó el dinero volvió con una pequeña bolsa de plástico en las manos.

—Es lo mejor que vas a encontrar por aquí —me dijo. Yo nunca había probado nada fuera de lo que le robaba a mi madre, pero me sentía inclinado a creer en su palabra.

---

HABÍA TARDADO unas dos semanas en liquidarme las drogas. Iba a clase, supongo que por rutina, porque mis pies me llevaban hasta allí mientras que mi cuerpo estaba en un lugar completamente distinto. Cuando las drogas empezaron a escasear y se hizo más difícil conseguir dinero en efectivo -ya que se había corrido la voz sobre el dinero robado y ninguno de los estudiantes era lo bastante valiente como para dejar la calderilla que tenían en los vestuarios-, tuve que pensar en otros medios para conseguir mi dosis. Qué mejor lugar para empezar que con las personas que habían hecho de toda mi vida escolar un infierno.

Fue justo después de la hora de la comida cuando acorralé a Cory. Estaba en el cuarto de baño, era evidente que a su estómago de gordo seboso no le había sentado bien el chili que nos habían servido en el almuerzo. Yo había tolerado el olor. Entre el basurero y el fumadero de

crack, estaba más que acostumbrado a los olores horribles.

Cory estaba limpiándose el culo cuando abrí la puerta del baño de un empujón. Sus ojos se desorbitaron y sus manos se dispararon para cubrir la polla flácida que colgaba entre sus piernas.

Agarré el extremo de sus vaqueros y tiré, retirando la prenda de su cuerpo. Intentó luchar contra mí, pero entre la mano que le cubría la polla y la que tenía un trozo de papel cubierto de mierda, no tenía forma de defenderse.

Con los vaqueros en la mano, le revolví los bolsillos y, en lugar de limitarme a cogerle el dinero de la cartera y dar por zanjado el asunto, decidí llevarme la cartera entera. Y sus pantalones. Y el resto del papel higiénico.

Cory faltó a la siguiente clase. Y a la siguiente. Todos se preguntaban dónde estaba. La escuela era su patio de recreo. Su padre era el matón en su casa y hasta hoy, él era el matón aquí.

Fue uno de los profesores quien lo encontró en el baño, con los ojos desorbitados. Todos los alumnos estaban reunidos alrededor del cuarto de baño, esperando a que el pobrecito Cory apareciera y, cuando lo hizo, fue un espectáculo digno de contemplar. Salió sin nada más que sus calzoncillos blancos. Demasiado orgulloso para pedirle al profesor que lo encontró que le pasara un nuevo rollo de papel higiénico, decidió no seguir limpiándose el culo. Le quedó una larga mancha de mierda por la parte de atrás que se convirtió en la comidilla del pueblo durante las siguientes semanas.

Todos sabían que yo era el responsable y nadie quería ser mi próximo objetivo, así que todos mantuvieron la boca cerrada.

Cuando volví a quedarme sin dinero, recurrí a Celine. Y cuando tenía hambre, descubrí que acercarme a cualquiera de los cabrones de la escuela y servirme su almuerzo era demasiado fácil.

Con el tiempo, mis costumbres terminarían por perjudicarme. Dejé de visitar a Doreen, la orientadora escolar, dejé de hacer los deberes y no prestaba atención en clase. En resumen, iba camino de perfeccionar el arte de ser el hijo inservible de un drogata que siempre estuve destinado a ser.

Por lo tanto, no me sorprendió mucho que desde el instituto llamaran a mi madre. Lo que sí fue sorprendente, fue que se presentara.

Yo estaba sentado frente a la directora, la señora Longthorn, repantigado en la silla de enfrente como si estuviera tomando el sol de vacaciones. A decir verdad, era solo que no podía mantenerme erguido. Esta vez ni siquiera era por la heroína. La cocaína, mi mejor amiga, me echaba de menos. Mostraba lo abandonada que se sentía con los escalofríos que me invadieron y la fatiga que me hacía difícil mantener los ojos abiertos.

Mamá entró con el pelo lavado y la ropa planchada. Seguía moviéndose como una adicta, con una inquietud de la que no era fácil librarse. Estaba nerviosa cuando se sentó a mi lado y la tristeza brilló en sus ojos cuando me barrió con ellos.

Extendió la mano, queriendo tocarme, pero no confiando en sí misma o quizás no confiando en que no fuese a avergonzarla con mi reacción. Buena decisión.

—¿Está bien mi hijo? —le preguntó a la Sra. Longthorn—. Me dijo que era urgente que viniera.

La señora Longhorn me miró, pero no hizo ningún comentario sobre mi estado en ese momento.

—Hablaemos de ello en cuanto la señora Smith esté con nosotros —le dijo a mi madre.

Sra. Smith. La Sra. Smith... ¿Quién demonios era...?

Doreen entró por la puerta. Era confuso oír que la llamaban por su apellido. Todos los alumnos la llamaban Doreen. Todos los profesores también se referían a ella como Doreen.

—Siento llegar tarde —empezó a decir Doreen, tomando asiento en la única silla libre, que casualmente estaba justo a mi lado.

Odiaba esta disposición. Me hacía sentir abarrotado, encerrado. Como si estuviera en una especie de prisión custodiada por tres mujeres con las que no tenía ningún interés en estar.

—Como ya sabrá —empezó diciendo la señora Longthorn—. Jason ha hecho unos progresos espectaculares en el último año y medio y estoy segura de que se alegró mucho cuando se enteró de que le habían dado el visto bueno para saltarse un curso.

La cara de mi madre se quedó en blanco y casi me eché a reír. No tenía ni idea de lo bien que me había estado yendo en el instituto hasta hacía poco. A juzgar por la forma en que la señora Longhorn empezó esta conversación, estoy seguro de que mi madre está pensando que está aquí por algo bueno. Que esto es una celebración y no una intervención.

*Prepárate para llevarte un palo, madre.*

—Después de haberse saltado un curso, sería una pena que Jason acabara repitiendo. Incluso innecesario, viendo que lo han aceptado en algunas de las mejores universidades de este país. Pero tal y como han ido las cosas, empiezo a cuestionarme si está tan preparado para la universidad como pensábamos.

—¿Universidad? —preguntó mi madre—. Pero no podemos permitirnos...

Doreen mira a mi madre como si le hubiera crecido una segunda cabeza, dándose cuenta por fin de que la señora que se supone que más me conoce en este mundo no sabe nada de mí.

—Le han ofrecido becas —continúa Doreen.

—Para cubrirlo todo menos el alojamiento y la comida —interrumpo—. Si voy, seré el estudiante que duerme bajo un puente antes de ir a clase por la mañana.

Mi madre suspira y se sienta más recta. Esta información es más de lo que ella vino a buscar aquí. No sería descabellado pensar que la trajeron para hablar de mi adicción a las drogas, lo que explicaría por qué hoy se ha aseado tan bien. No quería que la tacharan de lo mismo. Tenía que fingir al menos ser mejor que su prole.

—Ya hemos hablado de esto —dice Doreen con severidad, fijando su mirada en mí—. Sólo tenemos que esforzarnos un poco más. Pero se nos acaba el tiempo, Jason. Si quieres conseguir una beca, tienes que...

—Dejar las drogas —dice la Sra. Longthorn sin rodeos, yendo al grano—. No sabemos qué

ha pasado, qué ha desencadenado esto para que te hayas decidido por esa vida en lugar de esperar con ansias la vida pulcra que tenías tan al alcance de la mano, pero no es demasiado tarde. Sólo tienes que quererlo.

—Ibas a ir a la universidad —dice mi madre, que va del todo atrasada en esta conversación.

Si supiera cómo la miraban ahora Doreen y la señora Longthorn, se encogería sobre sí misma y se marcharía sin perder tiempo dando un portazo tras de sí.

—Exacto. Iba, tiempo pasado. Pero entonces me puse a pensar en todas las cosas que podría ser y pensé, ¿por qué trabajar cuando podría ser igual que mi madre?

—Lo último que deberías querer es parecerte *en nada* a mí.

Pongo los ojos en blanco, aburrido ya de esta conversación.

—Demasiado tarde, mamá —siseo y me arrastro fuera de la silla.

Trata de agarrarme la mano, pero se lo piensa mejor cuando las imágenes de aquella mañana en la cocina pasan ante sus ojos.

La Sra. Longthorn me pide que me quede. Doreen me ruega que la escuche.

Salgo de la habitación sin echar ni una mirada detrás de mí. Me he quedado sin dinero y gente a la que robar, pero, aún así, media hora más tarde estoy llamando a la puerta del fumadero de crack.

Don esqueleto, con sus ojos saltones, es quien abre la puerta, como es habitual. Ha visto mi cara las suficientes veces como para dejarme entrar sin demasiadas preguntas.

—¿Lo de siempre? —pregunta, dirigiéndose ya hacia la parte de atrás para coger la mercancía.

Me planteo dejarle seguir, coger lo que me traiga y largarme de aquí sin pagar. Pero la heroína que me ofrece ahora no va a ser suficiente para el resto de mi vida, así que me lo pienso mejor.

Le hago saber a Esqueleto que no tengo el dinero a mano. Él me hace saber que no trabaja dejando a deber. Tenemos un tira y afloja. *A la mierda con lo de no robarle*, pienso. Si tengo que darle una paliza para conseguir la droga, eso es justo lo que acabaré haciendo. Tiene que haber más camellos por la zona. A estos niveles he llegado. Por suerte, no es necesario.

Esqueleto y yo llegamos a una especie de acuerdo. Si hubiera tenido que adivinar cómo iría el día de hoy, nunca habría pensado que terminaría conmigo encontrando un trabajo.

Resulta que al tío que solía vender para él en las esquinas, el del ojo perdido y la gorra siempre bajada, tuvieron que enterrarlo hace unas semanas. Su esquina está ahora vacía y era mía si la quería.

Conseguí mi ración de heroína y un poco más y me pasé el resto del día bajo el sofocante sol, cambiando droga por dinero.

Esa noche no fui a casa. No quería que mi madre me diera la brasa con todo el potencial que había estado escondiendo y si había escuchado lo que dijo la directora de que no es demasiado tarde. Que puedo darle la vuelta a mi vida, volver al buen camino, hacer algo de mí mismo. No

podía lidiar con el sentimiento de culpa que estaba seguro de que me asaltaría y por eso le pregunté a Esqueleto si tenía sitio para uno más en el sofá.

Durante los tres días siguientes, pasé de vender drogas en la esquina a dormir en un sofá en el que la gente literalmente había follado, cagado y muerto. A pesar de todo, estaba lo bastante colocado como para que me importara un bledo.

La heroína me hacía olvidar. Y no había ni una maldita cosa en mi vida que quisiera recordar.

## OCHO

### Kailyn

ESTAMOS a punto de subir las escaleras e ir al salón cuando suena el timbre. Dejo a Ace en el sofá y me dirijo hacia allí, pasándome los dedos por el pelo y alisándome el vestido. No estoy segura de qué aspecto debería tener, si agotada, preocupada o arreglada.

Cuando pongo la mano en el picaporte, vuelve a sonar el timbre. La cámara me muestra quién está afuera. Concetta y Silvio. Detrás de ellos, está Marco. Cuando abro la puerta y me veo arrastrada a los brazos de Concetta, Fred entra con el coche en el aparcamiento.

—Cariño, ¿estás bien? —chilla Concetta, mirándome de arriba abajo.

—Estoy bien —le aseguro—. Ace también está bien.

—Isolde nos dijo que le dispararon —interrumpe Silvio.

Asiento y una tristeza que no puedo apartar pasa por mis ojos. Para cuando me doy cuenta, unas lágrimas calientes como la lava me están cayendo por las mejillas. He estado tan a tope de adrenalina que las emociones humanas normales se estaban manteniendo a raya.

Concetta me abraza de nuevo y me guía hacia el interior de la casa.

—Cariño, no pasa nada. Todo va bien, todo va bien.

Los hombres entran en la sala de estar y todo el mundo empieza a hablar en cuanto ven a Ace. Concetta espera conmigo junto a la puerta mientras intento recomponerme. Acorta del todo la distancia que nos separa, me envuelve en sus brazos y, si hace unos segundos tenía alguna posibilidad de recomponerme, ahora la he perdido por completo. Lloro contra su hombro con un llanto que me estremece el pecho.

—A veces esto es justo lo que necesitamos, desahogarnos.

Al volver a mirarla, me doy cuenta de que lo que necesitaba más que una buena llorera era que alguien me abrazara como mi madre nunca pudo hacerlo. Poder sentir su amor en ese abrazo significa mucho más para mí de lo que jamás podría hacerle saber.

—Nos alegramos de que hayas vuelto —dice Concetta una vez que me he secado las últimas lágrimas—. Es una mierda que tu primer día haya ido tan mal.

Entrelaza mis dedos con los suyos y juntas entramos en la habitación donde están sentados Ace y sus hermanos. Fred y Marco están amenazando con un destino peor que la muerte al cabrón que disparó a Ace.

Controlo mis expresiones, pero no puedo evitar preguntarme cuál será su reacción cuando descubran quién es el culpable. Después de todo, es Ace el que recibió el disparo y sé que cuando llegue el momento de tomar la decisión final, no será tan fácil acabar con la vida de Jason como todos creen. Llevan considerándolo parte de la familia mucho tiempo, lo han aceptado como uno de los suyos. Y aunque ha demostrado ser todo lo contrario a eso, sigue siendo el padre de su sobrina.

—¿Y no lo viste ni de reojo? —pregunta Silvio—. ¿Ni siquiera pudiste ver el color de su camiseta?

—Estaba metiendo la lasaña en el horno —cuenta Ace—. Me tambaleé después del primer disparo y estrellé la cabeza contra la encimera. Debí de desmayarme cuando me disparó otra vez.

—¿Y los guardias? —pregunta—. ¿Vieron entrar a alguien?

Marco sacude la cabeza.

—No tenemos ninguna pista. Pero Jason tenía que estar en casa y en la cámara no hay rastro de él saliendo ni de nadie más entrando, aparte de vosotros. Se parece mucho a lo que pasó cuando dejaron el dedo en el escalón de Ace. Sea como sea, supongo que el hijoputa se encargó primero de él antes de ir a por Aclan.

—Estuvimos en la casa al menos media hora —digo cuando el silencio parece lo bastante espeso como para cortarlo con un cuchillo de mantequilla—. Si no oímos un disparo, es muy probable que Jason siga vivo. Quién sabe, a lo mejor solo salió un momento para hacer un recado y, antes de que nos demos cuenta, estará de vuelta en casa, preguntándose por qué todo el mundo está tan preocupado. —La voz no me falla y me odio un poco por la facilidad con la que suelto las mentiras, recubiertas de tanta preocupación que cualquiera pensaría que no fui yo quien tumbó a Jason de un golpe en la cabeza.

—Sólo podemos rezar por que así sea. —Silvio presiona las palmas juntas en forma de plegaria—. Solamente el Señor sabe cómo se lo tomaría Isolde si le pasara algo a Jason. Ya se está volviendo loca ahora mismo intentando encontrarlo.

Marco mira a su padre.

—Ya has reunido a un equipo de búsqueda para ayudar a encontrarlo, lo más probable es que esté de vuelta en casa antes de que se termine esta noche.

Siento que se me hace tal nudo en la garganta que no puedo ofrecerle ninguna palabra de consuelo a Silvio.

—¿Cómo va la búsqueda de los Carusos? —pregunta Ace.

Su padre suspira y se inclina hacia delante para servirse un vaso de agua de la jarra. Da un sorbo lento y aprieta los labios.

—Esos cabrones son tan escurridizos como las lagartijas que son.

—Se rumorea que o han abandonado el país o en esas están —resopla Fred—. David puede ser estúpido, pero no es ningún kamikaze. Sabe que le encontraremos si se queda en Chicago.

Ace había mencionado que su padre había entregado anónimamente pruebas suficientes para poner a Caruso y a toda su familia entre rejas durante sus próximas diez vidas. Algo me dice que Chicago podría ser justo donde está.

—O igual por eso David Caruso no ha querido dejar Chicago —sugiero—. Pensadlo, policías de todas partes están buscando a los Caruso en este momento. No podrá cruzar la frontera sin acabar esposado. Es posible que él lo sepa. Lo que sea que hayáis oído sobre su marcha puede que sólo sea un plan suyo para mandaros en la dirección equivocada, haciéndoos *creer* que se dirige a otro lugar para poder esconderse delante de vuestras narices

—Ambas cosas son posibles —dice Fred—. Tenemos que asegurarnos de no bajar la guardia en ninguno de los dos casos.

NUEVE

## JASON

Cuando despierto, no estoy en un lugar que reconozca. Unas máquinas pitán y hombres y mujeres vestidos con trajes blancos se dispersan. Intento mover la cabeza, pero siento como si un mazo estuvieran haciendo estragos con mi cráneo.

—Está despierto —se apresura a decir una voz. Percibo el tono e inmediatamente lo asocio con mi madre. Parece emocionada por ese hecho, mientras que yo, ahora mismo, preferiría estar de todo menos despierto.

Mi madre me agarra la mano con tanta fuerza que casi temo que me fracture los dedos.

—Estás vivo. Estás vivo. —¿Ha estado gritando? No, llorando. Tiene la voz ronca y le salen unos gallos como un adolescente atravesando la pubertad.

Algo me impide sentir lo que típicamente siento por ella. No noto ira, ni rabia, ni decepción.

Le aprieto la mano, con un millón de preguntas martilleándome la mente.

¿Por qué está tan emocionada de que esté vivo?

Intento moverme otra vez, pero el dolor que me recorre es irreal. No tengo más suerte al intentar hablar. Tengo la boca seca, como si me la hubieran rellenado de algodón, y siento la lengua demasiado pesada para moverla.

¿He estado al borde de la muerte?

Cuando un médico se acerca para comprobar mis constantes vitales, apretando su estetoscopio por aquí y encendiendo su linterna por allá, me confirma que, efectivamente, casi no la cuento. Se me ha dado una segunda oportunidad. Dice que se ha enterado de que soy un estudiante brillante que se ha descarrilado un poco. Me asegura que aún hay esperanza y que puedo cambiar las cosas, como si ignorara que nadie sale de este pueblo. Que aquí no hay trabajo para los que nos criamos aquí. Que no hay esperanza para los que no tenemos dinero para salir de aquí.

Me retienen en el hospital durante tres angustiosos días antes de decidir que estoy en condiciones de volver a casa. Me voy con unos folletos sobre la drogadicción, una tarjeta con los números de teléfono de terapeutas de la zona y la ubicación de tres centros de rehabilitación cercanos.

No soy tan gilipollas como para tirar los papeluchos a la basura delante de sus caras, así que

me espero hasta llegar a casa. Mamá está como una abeja zumbona todo el rato, pendiendo sobre mí aunque temerosa de acercarse demasiado.

Resulta que tuve una sobredosis de heroína. Esqueleto no estaba seguro de si sobreviviría, pero no quería ser la causa de que no lo consiguiera. Me metió en el asiento trasero de su coche y, en lugar de llevarme al hospital, arrojó mi cuerpo al porche y llamó al timbre.

Por suerte o por desgracia, según se mire, mi madre estaba en casa y a tiempo para ver cómo los faros traseros del Jalopy de Esqueleto se alejaban de mi barrio.

Dependiendo de cómo acabe mi vida, quizá le agradezca que haya tenido la sensatez de salvarme la vida. O quizá, como todos los demás yonquis, acabe de nuevo en su casa. Al ritmo que iba, es un milagro que mi cuerpo no necesitara una morgue.

Llevo casi una semana en casa. Sobrio desde casi una semana. Deseando heroína desde hace casi una semana. Es patético que lo que casi me mata sea lo que más quiero en el mundo ahora mismo.

Mi madre entra en mi habitación, con una bandeja cargada con un plato de sopa bien caliente y una rebanada de pan que traquetea mientras se acerca con pasos cuidadosos hacia mí. No he comido mucho, pero eso no le ha impedido intentar que lo haga.

Se cree que está sentando un buen precedente demostrándome lo mucho que le importo, diciéndome una y otra vez lo feliz que está de que haya sobrevivido, prometiéndome que la vida será mejor ahora. Pero he tenido mucho tiempo para rumiar silencio y la única lección que puedo sacar de esto es que la gente sólo se preocupa por ti cuando estás en tu peor momento. Que, si alguna vez quiero volver a ganarme la atención de mi madre, lo único que tengo que hacer es ponerme hasta el culo de drogas y ella vendrá corriendo.

Entonces, dirá cosas como: *tenemos que hablar y tengo un plan y déjame ayudarte*.

Deja la bandeja en mi mesilla de noche y ojea un hueco en la esquina de mi cama. Me pide permiso para sentarse y no tengo fuerzas ni corazón para decirle que me deje en paz, así que asiento con la cabeza.

Con cuidado, como si pensara que me voy a caer si la cama se menea demasiado, se sienta. Se mira los dedos y, mientras sus ojos no se fijan en mí, me tomo el tiempo de observarla. De mirarla de verdad por primera vez en años. No es hasta ahora que me doy cuenta de cuánto ha envejecido. Su pelo rubio tiene unos reflejos grises, la piel tersa alrededor de sus ojos ha dado paso a unas patas de gallo, la prominencia de sus arrugas es alarmante.

—¿Crees que ahora sería un buen momento para hablar? —pregunta con el mismo cuidado con el que se ha sentado en la cama.

No lo es, pero nunca habrá un buen momento para la conversación que ella quiere tener.

Le hago un gesto con la cabeza y espero a que se aclare la garganta, preparándose para soltar el discurso que probablemente lleva días preparándose.

—Esto es culpa mía —empieza—. Yo traje las drogas a casa y por eso no puedo culparte. Se supone que una madre debe dar ejemplo a sus hijos y yo en ningún momento he sido una madre

para ti.

Se me cierra tanto la garganta que me parece que me voy a asfixiar. No creía que lo que quisiera decir fuera fácil de escuchar, pero tampoco esperaba la sinceridad de su tono.

Giro la cabeza hacia un lado, sin el valor suficiente para mirarla mientras desnuda su alma.

—Volví a tu instituto hace unos días. Hablé con tus profesores, con la directora y con la orientadora. Están muy impresionados contigo, Jason. No te imaginas cuánto me rompió el corazón oír lo bien que te iba y no tener ni idea de nada. Saber que mientras yo estaba... —Traga saliva y supongo que también se le está oprimiendo la garganta—. Yo no he sido nada para ti y, de alguna manera, tú te las has arreglado para serlo *todo* para ti mismo. No sólo has sobrevivido, si no que has florecido. Quizá sea un mal momento para decirte lo orgullosa que estoy de ti, pero voy a hacerlo de todos modos. Estoy, muy... muy... orgullosa de ti, Jason. No por las notas ni nada de eso, sino por ser tan fuerte como eres. Por seguir adelante incluso cuando no sabías si había una luz al final del túnel.

—No hay luz al final del túnel —le digo.

Inclina la cabeza, pensativa.

—Pero tú mismo puedes crear esa luz. —Mete la mano en el bolsillo de su bata y saca un sobre—. Quiero darte esto —dice, subiéndose más a la cama para darme el sobre.

La miro con desconfianza.

—Ábrelo.

Rezo para que sean drogas y, cuando me doy cuenta es dinero, mucho dinero, me sorprende a mí mismo calculando cuánta droga podré comprar con tanta pasta. Pero cuando mis ojos vuelven a encontrar los de mi madre, todo pensamiento sobre heroína se desvanece por un momento.

—Es justo la cantidad que no cubría la beca —dice, emocionada pero conteniéndose porque no puede interpretar la expresión de mi cara—. Es tu manera de salir de aquí, Jason. Tu camino hacia una vida mejor.

—¿De dónde has sacado el dinero, mamá?

Aquí es donde duda. Le tiro el sobre porque, sea lo que sea lo que ha hecho para conseguir tanto dinero, no puedo aceptarlo.

—¿De dónde has sacado el dinero, mamá? —repito.

Se rodea la cara con las manos. Sacude la cabeza.

—No importa —empieza a decir, pero la interrumpo.

—Y una mierda que no. ¿O estamos olvidando la vez que mi profesora tuvo que sacarte de la cárcel porque...?

Eso la hace soltar la lengua muy rápido.

—Es de tu padre —dice en voz tan baja que casi no me entero.

—¿Mi qué? —Está claro que no puede haber dicho lo que creo que ha dicho.

—Tu padre, Jason. El dinero me lo ha dado tu padre.

Se me desencaja la mandíbula y la ira me recorre las venas.

—No sabes quién es mi padre —le recuerdo.

—Jason...

—No sabes quién es mi padre —repito, esta vez más alto, por si no me ha oído la primera vez—. A menos que me hayas estado mintiendo toda mi vida.

—Tenía mis razones —dice—. Cuando me quedé embarazada de ti, era joven y estaba asustada, y tu padre no era el tipo de hombre que podía criarte.

—¿Pero sí es el tipo de hombre que puede desembolsar veinte de los grandes a la primera de cambio por un hijo al que nunca ha conocido? —No me lo creo.

—Es complicado.

—O una mentira descarada. —La miro a los ojos—. Lárgate de mi habitación, madre, y no vuelvas hasta que estés lista para decir la puta verdad.

## DIEZ

### Kailyn

CUANDO TU HIJO te dice que quiere palomitas para desayunar, desayunas palomitas. Sobre todo, cuando tienes a un hombre en el sótano, es el día del funeral de su tío, tú te estás comportando de forma sospechosa y ya no sabes muy bien cómo es una vida normal ni cómo vas a poder proporcionársela en las próximas semanas. O meses. Desde luego, no estamos hablando de años. No podemos tener a Jason en el sótano para siempre.

Meto la mano en el bol de palomitas, intentando que el crujido mantenga mi mente ocupada. Tommy está tan alegre como siempre, aunque le falta autenticidad. Todo este lío le está pasando factura. Ace también lo ve y sabe que es hora de que vuelva la psicóloga.

Odio un montón que sienta que no puede hablar con nosotros o que no sepamos cómo conseguir que exponga sus emociones.

Cojo una servilleta del montón que hay en el centro de la mesa y me limpio las manos. Lo subo a mi regazo, lo abrazo fuerte y le reparto besos por la sien.

La hora de irse llega demasiado pronto. Yo llevo un sencillo vestido negro y el pelo recogido en una coleta. Ace lleva el traje Armani obligatorio de la familia, con el escudo de los Bernardi en el bolsillo. El mismo traje que se supone que debe ponerse Tommy, pero cuando intento quitarle el pijama, se niega en redondo.

El tiempo vuela y me estoy impacientando.

—¿A qué se debe el retraso? —pregunta Ace, apoyándose en la puerta.

—Me gusta este pijama —dice Tommy, haciéndole un mohín a su padre y con las manos cruzadas sobre el pecho en señal de desafío.

Ace mira de Tommy a mí.

—Entonces, vete con el pijama —dice—. Nos llevaremos el traje por si cambias de opinión.

Tommy baja las manos del pecho, pero no sonríe al aceptar su victoria. Ace se aleja de la puerta, entra en la habitación y se arrodilla para quedar cara a cara con Tommy.

—¿Estás bien, colega?

—No. —Vale, ahí ha estado muy directo—. No quiero ir a un funeral.

—Lo entiendo, colega —dice Ace—. Y créeme, ninguno de nosotros quiere ir nunca a ningún funeral porque nunca queremos que la gente a la que queremos muera. Pero el tío Lenny ahora está en el cielo y tenemos la oportunidad de ir a su funeral para despedirnos. Tal vez no puedas verlo, pero estará allí. Todo el mundo va a su propio funeral. Y puede que se ponga un poco triste si no vamos, ¿no crees?

Tommy asiente y salimos de la casa con Ronald, Frank y otros dos conductores cuyos nombres no capto. John se queda atrás para vigilar a Jason.

---

HAY una enorme presencia de guardias de seguridad apostados alrededor de la iglesia, una magnífica estructura de piedra caliza. Pero aún más numerosos que los guardias son los familiares y amigos que han acudido a honrar la muerte de Leonard.

Fuera de la iglesia, una fila se extiende hasta las puertas principales. Milímetro a milímetro, nos abrimos paso hacia el interior.

La familia se sienta en el frente, con la cabeza hacia delante, mientras escuchamos al sacerdote contar la historia de la vida de Leonard y cómo un familiar tras otro y varios amigos comparten recuerdos entrañables de su ser querido. El tema común de todas sus historias muestra lo bondadoso que era Leonard. Cómo lo dejaba todo para ayudar a quien lo necesitaba. Cómo había memorizado el horario para ir a hacer la compra de la anciana Shaw y se aseguraba de estar en casa para ayudarla a llevar la compra adentro.

Maria no sube al estrado, demasiado consumida por la pena como para hacerlo. Sus sollozos desgarran la sala, inconsolables. Está sentada entre su madre y su padre, que le frotan la espalda, le susurran al oído y le pasan pañuelos de papel.

Tras mis gafas de sol de montura gruesa, las lágrimas fluyen sin freno. Lloro por la mujer que Leonard dejó atrás. Lloro por la vida que no llegó a vivir del todo. Por el amor que nunca llegó a ver su final.

Cuando nos reunimos junto a la tumba, Isolde se acerca a mí. Al principio no me dice nada, simplemente... se queda ahí. Tiene los ojos hundidos pero hinchados al mismo tiempo por el llanto y la falta de sueño, sin duda. Siento cómo me pongo tensa porque soy al menos parte de la razón por la que está en el estado en que se encuentra. Aunque no es que fuese a estar mejor si supiera la verdad.

Parece darse cuenta de que la estoy mirando y se quita las gafas de sol para dejarlas posadas sobre la cabeza.

—Quería hablar contigo —dice.

Trago saliva. Mierda. Ahora no. En el funeral de Leonard, no.

—¿Pasa algo? —pregunto, como un idiota total.

Le tiemblan los labios.

—Pasa que *todo* va mal, Kailyn. —Alza tanto la voz que la gente se gira para mirarnos, pero Isolde no parece darse cuenta.

—Todo va ir bien. Al final las cosas siempre se solucionan de alguna manera.

—Estamos aquí para enterrar a Leonard —constata—. ¿Cómo va a estar eso bien?

La cojo de la mano y la guío con cuidado un poco más hacia atrás, donde hay menos oídos al pendiente de nuestra conversación.

—Yo volví a casa —digo—. Tommy volvió a casa. Y Jason también volverá a casa.

—Lo dices como si lo creyeras de verdad. Tú pudiste volver a casa porque David Caruso se vio acorralado. Volviste a casa cuando nadie de su familia había sido asesinado. Sabes lo que le pasó a Raoul, ¿de verdad crees que no se va a desquitar con Jason?

Una parte de mí se relaja al ver que no sospecha en absoluto que Ace y yo hayamos podido tener algo que ver con la desaparición de su marido, pero no tengo precisamente una respuesta que darle.

Respiro hondo y suelto un suspiro sonoro.

—Tu padre ha puesto a sus mejores hombres a buscarlo y lo encontrarán, Isolde. —No parece oír mis palabras y, aunque vuelve a cubrirse los ojos con las gafas de sol, es evidente que está concentrada en otra cosa—. Isolde...

Levanta la mano para señalar hacia la pequeña colina donde están aparcados todos los coches.

—¿Lo ves?

Me bajo las gafas. Aparte de coches, árboles y edificios, no veo nada.

—¿Si veo qué?

—A esa persona, entre los coches. Es... la reconozco... Es la puta Ava Caruso.

---

AUNQUE ESTABA segura al cien por cien de que la vista le estaba jugando a Isolde una mala pasada, me apresuré a acercarme a Ace y lo convencí de que se marchara conmigo e Isolde, porque era eso o dejar que se fuera corriendo de aquí a su casa. Tommy se iría a casa con sus abuelos y nosotros apaciguaríamos la necesidad de Isolde de ver que sólo se había estado imaginado cosas.

Ni que decir tiene que cuando llegamos a la colina no había nadie. Pero ni siquiera eso fue suficiente para convencer a Isolde, así que nos pasamos la siguiente hora dando vueltas en el coche de Ace para ver si veíamos algo fuera de lugar antes de reunirnos con el resto de la familia en casa de Silvio y Concetta.

Más tarde esa misma noche, cuando todo el mundo se hubo ido y nosotros estuvimos de vuelta en la comodidad de nuestra casa, con Tommy metido en cama y un guardia de seguridad

montando guardia -porque la paranoia no tiene fin-, vamos al sótano a ver qué información podemos sacarle a Jason. No ha dicho ni una palabra, a pesar de los esfuerzos de John por hacerlo hablar, pero igual la cosa cambia si es Ace quien habla.

Me quedo en el umbral y Ace entra en la habitación. Casi puedo ver la rabia que desprende su cuerpo en forma de temblores al ver a Jason.

Yo también tiemblo cuando le miro, pero por otras razones. Está empapado en sangre y sudor y el olor a orina fresca y vieja impregna la habitación en oleadas. Pero incluso eso no es nada comparado con la forma en que tiembla Jason. Es evidente que su adicción lo ha sobrepasado las últimas semanas y ahora está sufriendo la clase de síndrome de abstinencia que podría matarlo incluso antes de que decidamos qué queremos hacer con él.

—Me disparaste —habla Ace.

Jason sólo se mueve para doblar las rodillas y acercarlas a su pecho, pero la posición nunca le resultará cómoda atado como está.

—Me disparaste, joder —enuncia con lentitud.

La cara de Jason se tuerce, sus ojos no miran nada y lo miran todo a la vez.

—Que te... jodan —escupe—. Que te jodan, coño.

Ace se abalanza hacia delante y yo consigo tirar de él hacia atrás por los pelos. La conversación con Isolde me ha tocado la fibra sensible más de lo debido, porque sé bien lo que ha hecho Jason y no hay excusa que pueda esgrimir para justificarlo. Pero la tensión que domina el cuerpo de Ace me dice que si le pone las manos encima a su cuñado, ni siquiera Dios podrá evitar que lo haga papilla.

No puedo permitir que eso ocurra. No sin obtener respuestas. No sin que el resto de la familia sepa qué demonios está pasando.

—Ace, tienes que calmarte. No hay forma de comunicarse con él cuando está así.

La ira de Ace sigue floreciendo tras sus ojos cuando me mira y se aparta, tan sumido en su rabia de repente que no puede separar a las personas con las que está enfadado.

—Quítame las manos de encima, Kailyn.

No lo hago.

—Ace, este no es el camino.

—¿Sabes lo se hace cuando te encuentras cucarachas en tu cocina? Las aplastas, joder. Este hijo de puta no merece vivir.

—Piensa en tu hermana.

—Estoy pensando en mi hermana. Borrarlo de este mundo es lo mejor para ella y su hija.

Cuando Ace se separa de mí, no hay nada que lo detenga. Carga hacia adelante y tiene a Jason en sus manos en un abrir y cerrar de ojos. No es una pelea justa, ya que Jason no tiene manos para defenderse.

—Ace, por favor —grito, pero Ace ha perdido la cabeza. Está descargando los puños tan rápido como un relámpago y cada golpe trae consigo un puñetazo atronador tras otro.

Sólo cuando John entra en la habitación se le concede un respiro a Jason. Agarra a Ace por el cuello de la camisa y prácticamente lo lanza al otro lado de la habitación.

—Sr. Bernardi —dice con calma, y es raro de cojones oír cómo se dirige a Ace con respeto mientras empuja el pie contra su pecho para mantenerlo en su sitio.

ONCE

## JASON

Hace tres semanas que he vuelto al instituto, con la sudadera tapándome la cabeza todos los días y deseando nada más que desaparecer y estar en cualquier sitio menos donde estoy. Aun así, presto atención.

En todo caso, hacer los deberes, estudiar y enterrar la cabeza en los libros es una distracción. Y Dios sabe que lo necesito.

Los profesores se han mostrado conmigo todo lo normales que han podido, motivándome para seguir adelante. Incluso a pesar de la sobredosis, siguen convencidos de que tengo posibilidades de llegar a algo en este mundo. Doreen dice que es un logro más el venir de un lugar tan oscuro y seguir encontrando la luz. Quizá algún día me lo crea. Por ahora, el mundo parece perdido y yo no soy más que una aguja en este pajar de extravíos.

Mi madre ha estado evitando hablar mi padre con tanto empeño como ha estado evitando las drogas. Hay una parte de mí que está orgullosa de ella por haberle dado un vuelco a su vida. Ha conseguido que no nos corten la luz ni el agua. Y, aunque nuestra nevera no está repleta de comida, no he pasado hambre.

Esta vez, sé que no se está llenando los bolsillos con dinero ganado chupándosela a este o a aquel imbécil del pueblo. Sea cual sea la conversación que tuvo con la directora fue lo bastante conmovedora como para que le ofrecieran un trabajo limpiando el insti.

Quizá sea su forma de tener a alguien vigilándome.

Igual fue ella la que rogó por ese puesto para poder tenerme vigilado. Me la suda. Últimamente me la sudan muchas cosas y de lo único de lo que podría interesarme obtener información, es justo algo de lo que ella no está dispuesta a hablar.

De todo este calvario, me ha quedado muy clara una cosa: mi madre es una mentirosa. Tenía un padre que era evidente que era lo bastante rico como para mantenernos alejados del umbral de la pobreza, pero ella decidió que lo mejor era sufrir en silencio durante tantos años.

Una vez terminadas las clases, me dirijo a casa. Si alguien quiere elogiarme por algo, debería ser por el hecho de que he empezado a ir por el camino más largo a casa para evitar a Esqueleto y sus drogas. De todos modos, se dice que no me vendería nada.

Al parecer, no tenía ni idea de que aún era menor cuando aceptaba mi dinero a cambio de

drogas. Puede tener la muerte de personas adultas en su conciencia, pero no la muerte de un crío y yo había estado demasiado cerca de estirar la pata para su gusto.

Cuando entro por la puerta principal, no espero ver a mi madre. Ahora que limpia en el instituto, suele volver a casa al menos una hora después de que yo entre por la puerta. No es que debiera sorprenderme que no haya podido conservar el trabajo.

—Casi llegas al mes —le digo, con la misma pasivo-agresividad con la que suelo decirle todo lo demás.

Está de pie en la cocina, buscando algo en el armario. Espero que se sobresalte y trate de esconder lo que sea que estaba sacando a escondidas del mueble, pero cuando se da la vuelta, tiene dos platos en la mano.

—¿Que casi llego al mes? —pregunta.

—En el instituto —termino, tirando la mochila al sofá.

—No he perdido el trabajo, Jason, si eso es lo que estás insinuando. Pregunté si podía volver a casa temprano para que pudiéramos hablar.

Qué asco de vida.

—Preferiría que no.

—He hecho lasaña.

—Ya he comido.

Se detiene y suspira.

—No estuviste en la cafetería durante el almuerzo, Jason, y apenas probaste bocado en el desayuno.

—No sabía que tu trabajo implicaba espiarme.

Levanta las manos, frustrada.

—¿Puedes darme una oportunidad? Lo estoy intentando, ¿vale? Y...

—¿Qué, madre... te diste cuenta un poco tarde de que los niños se descarrilan cuando sus madres no se molestan en criarlos?

Ni siquiera pestañea cuando responde.

—Sí —dice—. Eso es justo de lo que me he dado cuenta. De que he sido una madre tan de que puedes plantarte ahí, mirarme como si me odiaras e ir en serio. De que te he fallado una y otra vez y no puedo culparte por odiarme. De que pronto cumplirás dieciocho años y *apenas* te conozco. De que debería haberlo hecho mejor, podría haberlo hecho mejor. Pero fui egoísta y no puedes ser egoísta cuando tienes hijos porque al final te robarán las drogas y casi acabarán matándose. Nunca seré la madre que quieres, Jason. Pero por ahora, me mantendré limpia, seré alguien funcional y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que puedas alejarte de mí tanto como sea posible. De que puedas prosperar sin mí porque Dios sabe que soy tu mayor perdición.

No estoy de acuerdo con la última parte, pero como está asumiendo toda la culpa por primera vez no me atrevo a decirle que fue Sophie la que me llevó al límite.

—¿Me permites, por favor, echarte algo de lasaña en el plato, sentarme contigo en la mesa y comer contigo?

Soy demasiado cobarde para admitir que aprecio el esfuerzo, así que en lugar de decir que sí, como el adolescente que soy, me dejo caer en una silla en la mesa del comedor. Una mesa que apenas hemos usado. Una mesa que apenas reconozco, ya que, por primera vez, está limpia de facturas y todo tipo de cachivaches.

Mamá saca la lasaña del horno y corta con cuidado dos cuadrados. Se sirve uno en su plato y otro en el mío y nos pone la comida delante. Unas notas a queso, tomate y romero impregnan el ambiente, un olor que no se parece a nada que se haya visto en esta casa.

Le doy un bocado y veo el cielo. No recuerdo la última vez que preparó un plato en condiciones y casi me cabrea que haya tenido que estar a punto de morirme para que piense que me merezco algo tan trivial como una lasaña casera.

—Quiero hablarte de tu padre —dice, masticando.

Debe de ser por la forma en que los sabores estallan en mi boca que me contengo de soltar cualquier comentario socarrón que normalmente le habría lanzado. Doy otro bocado, masticando despacio, con los nervios a flor de piel.

¿De verdad estoy preparado para oír hablar del hombre que me abandonó?

¿Soy lo bastante fuerte para afrontar la verdad?

No puedo pensármelo durante mucho tiempo antes de que mi madre tome la palabra.

—Le conocí cuando tenía sólo diecisiete años —empieza a decir—. Era un acaudalado hombre de negocios de la zona de Chicago y yo era camarera en uno de sus clubes. No sé en qué estaba pensando al liarme con él. Supongo que, cuando un hombre así te presta atención... sobre todo cuando no estás acostumbrada a recibir atención ninguna...

Hace una pausa, como si buscara los recuerdos entre las grietas de su mente. Una pequeña sonrisa se dibuja en su cara antes de transformarse lentamente en una expresión de tristeza.

—Era mayor que yo, pero tenía un encanto especial. Llegaba con sus trajes recién planchados y sus zapatos, que eran siempre de los colores más extraños. Eso era lo primero en lo que te fijabas: sus zapatos. Y luego en sus ojos. Dios, eran como el océano. Tan azules que podías perderte en ellos. Y eso hacía yo. Me había perdido en esos ojos incluso antes de que me dirigiera la palabra.

Respira hondo e inclina la cabeza hacia el cielo.

»Le había pasado desapercibida durante un tiempo y no me importaba. Normalmente, cuando el jefe se fijaba en ti era porque habías metido la pata en algo. Así que ese día, cuando entró por la puerta y vino directo a mí, lo único que sentí fue miedo. Pero en lugar de reprenderme por una cosa u otra, se limitó a preguntarme cuáles eran mis planes de futuro. Quería saber si iba a trabajar allí hasta que ahorrara suficiente dinero para ir a la universidad y supongo que eso fue lo que me hechizó. Había huido de una casa llena en la que reinaban los malos tratos. Lo único que quería era llegar a fin de mes y ahí estaba ese hombre diciéndome que podía ser más de lo que

nunca imaginé que podría llegar a ser, pensando que era mejor de lo que era.

Reparo en que la estoy escuchando atentamente, sé a lo que se refiere más de lo que mi madre podría imaginarse. Así había sido lo mío con Sophie, supongo. Me había tratado como si fuera humano cuando todos los demás me veían como escoria.

—No le mentí —continúa mamá—. Y, si lo pienso, tampoco tenía intención de decirle la verdad. Es solo que las conversaciones entre nosotros fluían con facilidad. Yo no tenía amigos, ni familia ni conocidos en la zona y, cuando él me hacía hablar, sentía que no podía parar. Noche tras noche, anhelaba que viniera al club. A veces pasaba meses sin verle. A veces lo veía tres veces en la misma semana. Nunca sabía con certeza cuándo volvería a verle, pero le echaba mucho de menos cada vez que se marchaba. Nunca había sentido eso por nadie. No era nada físico en ese momento, sólo hablábamos. Con el tiempo, él parecía ansiar verme tanto como yo ansiaba verlo a él. Me llevaba a cenar y me invitaba a quedarme en su hotel cuando estaba en la ciudad. Sentí que me había tocado la lotería con él. Como si estuviera en la cima del mundo.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que no estabas en la cima del mundo?

Me mira con lágrimas en los ojos.

—Cuando ya era demasiado tarde —dice—. Tuve cuidado cuando empezamos a acostarnos. Al principio usábamos preservativos y luego empecé con la píldora, pero ninguna protección te cubre al cien por cien, ya sabes.

—¿Así que fui yo lo que arruinó tu sueño?

Ella sacude la cabeza, casi demasiado rápido.

—No. Estaba emocionada, Jason. Pensé que él también lo estaría. Me había enamorado perdidamente de ese hombre, si había alguien con quien quería traer un bebé a este mundo, habría sido él.

—¿Pero él no sentía lo mismo?

Arrastra las manos delante de ella.

—Nunca tuve la oportunidad de decírselo.

Ladeo la cabeza, intentando darle sentido a lo que acaba de decir.

—No puede ser porque se muriese, ya que afirmaste haberle convencido de que te diera un montón de dinero.

—No. No es nada de eso. —Parece avergonzada por ello. Como si fuera más fácil aceptar la muerte que la realidad de mi padre.

—¿Entonces qué pasó?

—Tenía mujer y familia. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos había estado llevando una doble vida y yo sólo me enteré porque, tras averiguar que estaba embarazada, me moría de ganas de compartir la noticia con él. Pero no era una noticia que se dé por teléfono y él no iba a pasarse pronto por el club en el que yo trabajaba, así que decidí darle una sorpresa en otro de sus locales. Me había dicho que se quedaría allí un tiempo porque sus empleados no estaban dando la talla. O eso o estaban robando dinero de la caja registradora. Estaba tan contenta durante todo

el trayecto hasta allí. Era una estúpida, ahora lo sé. Había metido el test de embarazo en una caja que había envuelto con el papel de regalo más cursi posible, porque era tan estúpida como para creer que él estaría tan emocionado como yo cuando se enterara de que íbamos a tener un bebé. Pero entonces entré en una sala abarrotada de su familia y amigos que celebraban su aniversario de boda.

—¿Y... te fuiste sin más?

Ella asiente y se seca las lágrimas que le han caído con el dorso de la mano.

—¿Qué debía hacer si no? No soy ninguna destrozahogares. No quería ser una destrozahogares. Yo... yo no quería que pasara lo que pasó entre nosotros y lo cierto es que, si hubiera sabido quién era en realidad en todo momento, las cosas entre nosotros nunca habrían llegado tan lejos como lo hicieron.

—¿Y me estás diciendo que, después de todo este tiempo, te presentaste sin más, le dijiste que tiene un hijo del que no sabía nada y él te dio la pasta?

Ella suspira.

—Es más complicado que eso.

—¿Más complicado en qué sentido? ¿Le extorsionaste?

—No, no. Él me dio el dinero voluntariamente. No le gustó que hubiera mantenido en secreto tu existencia, pero entendió por qué lo hice. Es que... los tíos como él... creen en la importancia de la sangre de tu sangre... en la importancia de la familia. Se sintió mal al saber lo mal que lo estabas pasando y quiso ayudar. Le dije adónde iría a parar el dinero... que habías entrado en la universidad, habías conseguido unas becas, pero que te faltaba un poco para el resto.

No sé qué pensar. Durante toda mi vida, mi madre ha evitado mencionar a mi padre, dejándome armarme mi propia imagen de él. Imaginaba que le pegaba tales palizas que no tuvo más remedio que escapar. O que le había dado tanto como ella a las drogas y estaba enterrado a dos metros bajo tierra en alguna parte.

Me cuesta hacerme a la idea de que durante todo este tiempo no supiera que yo existía. Que, si hubiera sabido de mí, se habría asegurado de que mi vida fuera mucho mejor que la mierda por la que me he tenido que arrastrar.

Cojo la servilleta y me limpio las comisuras de los labios antes de echar la silla hacia atrás.

—Necesito un minuto —le digo a mi madre, aunque sé que un minuto no me bastará para procesar todo lo que acaba de decirme.

Pero ahora mismo no sé qué sentir.

Ira.

Alivio.

Frustración.

¿Puede que todo lo anterior?

## DOCE

### Kailyn

ME DESPIERTO en mitad de la noche con una inquietud que no me puedo sacudir de encima. Por mucho que dé vueltas o cuente ovejas, no consigo volver a conciliar el sueño.

Con cuidado de no despertar a Ace, salgo de la habitación y voy a la cocina, me sirvo un vaso de agua y me paseo. Mi mente parece huir de Jason, que es, literalmente, el monstruo agazapado en mi casa.

Camino hacia el cuarto que comparto con Ace y me detengo en la puerta, intentando con ganas convencerme de no hacer lo que estoy a punto de hacer. Pero en lugar de tomar la decisión inteligente de volver a meterme en la cama tanto si consigo dormirme como si no, me muevo a escondidas por la casa como un ladrón en plena noche.

No paro hasta llegar al sótano. Llamo a la puerta tres veces. Espero y toco dos veces más. Es el código que inventamos para que John supiera que éramos nosotros los que solicitábamos entrar.

La puerta se abre y la confusión se refleja en la cara de John cuando se da cuenta de que soy yo la que está al otro lado y sin Ace.

—¿Has dormido? —le pregunto.

—Yo no duermo, Sra. Bernardi —responde juguetón.

Suspiro.

—Pues parece que yo tampoco —digo—. Esto es una movida de tres pares de narices. Jason es la última persona de la que habría esperado que hiciera algo así.

—Los drogadictos suelen ser los que más nos decepcionan —responde John como si supiera a título personal hasta qué punto su traición puede derrumbar a una persona.

Se abre paso hasta la habitación del sótano donde tenía de todo dispuesto para que esté cómodo: un televisor, un mini frigorífico, un sofá enorme y prácticamente las mejores mantas que tenemos.

—¿Echan algo bueno en la tele?

—Me gustan más los libros. —Gira su teléfono hacia mí para enseñarme la aplicación Kindle.

Me hace un gesto para sentarnos en el sofá y acepto la invitación.

—Un médico guapo al que le encantan los libros. Tu señora debe de traerle de los pelos que pases fuera tanto tiempo.

John suelta una risita baja, pero noto tristeza en su mirada.

—No salgo con nadie, Sra. Bernardi. Ya no. No desde que murió mi amor.

—Lamento tu pérdida. —Lo lamento de verdad.

—Isolde me recuerda mucho a mi Liliana —me dice—. Por eso, cada vez que le miro... Estando aquí abajo, me cuesta mucho no entrar en esa habitación y castigarle por las cosas que le hizo a Isolde, por traicionar a la familia que se lo ha dado *todo*.

—Siempre hay un *por qué* —digo, cruzando las piernas y girándome ligeramente para quedar frente a él—. Y no digo que ese por qué vaya a ser una excusa, pero...

—El caso es que es un drogadicto que ha perdido la cabeza. El por qué viene de las drogas que vimos en la encimera de la cocina de su casa. No sé cuánto tiempo lleva Caruso sobornado a Jason, pero, Kailyn, ¿no está claro que intercambia información por drogas? No hay más explicación que esa.

Niego con la cabeza.

—No te casas con alguien, tienes un hijo con esa persona y tiras todo eso por la borda por un colocón rápido cuando podría haber conseguido las drogas en cualquier otra parte. Caruso le obligó a hacerlo de otra manera.

John se encoge de hombros.

—A veces las razones son así de simples.

—Quiero hablar con él —anuncio.

—El Sr. Bernardi no estará contento con esa idea.

—El Sr. Bernardi no tiene por qué saberlo. —Me levanto del sofá.

La peste en el cuarto de Jason no ha mejorado. Si voy a sentarme aquí e intentar sacarle información, no puedo hacerlo de esta forma. Salgo de la habitación y me dirijo al baño, abasteciéndome de suministros: guantes de goma, desinfectante y toallas de papel.

De vuelta en el cuarto, limpio todo lo que puedo. Él está despierto y sigue temblando. Cojo una manta y lo cubro con ella antes de irme hasta el otro extremo de la habitación y tomar asiento.

—Jason. —Como esperaba, no responde, así que sigo hablando—. Isolde está dolida. Todavía no le hemos contado a la familia lo que has hecho porque queremos al menos poder hacernos una idea de porqué lo hiciste. Por tanto, todos, incluida tu mujer, ven por ahí como pollos sin cabeza tratando de encontrarte.

Sus ojos van a parar a los míos. Un indicio de que me está escuchando.

—Sé que quieres a Isolde. Igual que sé que quieres a Rosie. También sé que eres adicto y que

a veces los adictos hacen cosas sin razón alguna, pero no me parece que este sea el caso. No quiero que mueras aquí, Jason. No quiero que mueras, punto.

—Es la mejor opción, ¿no? —dice.

Las palabras se me atascan en la garganta al oír su voz. Estoy consiguiendo que me haga caso. Me oye, me comprende y está derribando sus muros para poder comunicarse conmigo.

—No es la mejor, pero para que deje de ser una opción, tiene que por lo menos contarnos algo. Ahora mismo, cuesta no pensar que eres el infiltrado de Caruso. Que fuiste el responsable de que los Caruso entraran en la finca familiar esa noche. Que Leonard murió por tu culpa. Que eres tú el las provocaciones que ha recibido Ace en casa... El dedo en el escalón y la sangre en las paredes.

—¿Y si todo eso es verdad? —pregunta.

Esas no son las palabras que esperaba que salieran de sus labios. Incluso si es el responsable de todo eso, me esperaba que mintiera, que tratase de salvar su vida ante todo.

Asiento, tomándome un momento para poner en orden mis pensamientos.

—Entonces necesitamos saber por qué.

—Porque soy un adicto —escupe.

—Tiene que ser algo más que eso, Jason. No se la has jugado a tu familia porque querías drogas cuando hay un montón de camellos por la ciudad que habrían estado encantados de aceptar tu dinero. —No hay respuesta—. Jason, por favor. Ayúdame a entender qué demonios está pasando aquí. Esta familia ha pasado por demasiado.

—Esta familia no ha pasado ni por la mitad de lo que yo he tenido que pasar —sisea y cierra los ojos, marcando el final de nuestra conversación.

TRECE

## JASON

La universidad era una mierda. Parecía que todo el mundo llegaba a la universidad con unos conocimientos que yo no tenía. Como si hubieran conseguido todos los libros y apuntes con años de antelación y hubieran memorizado hasta el último hueco de la página.

Incluso en casa, donde a nadie le importaban los estudios ni las notas ni ser el favorito de los profesores, nunca había sentido la distinción de ser el más listo de la clase. Pero aquí me sentía como el más tonto.

Estos chicos leían el periódico por diversión y estaban al pendiente de las fluctuaciones en bolsa como si fuera un pasatiempo. No tenían ni que pararse a pensar para hacer una operación matemática y utilizaban tales palabras que parecían un idioma totalmente distinto.

Antes de que el profesor formulara siquiera una pregunta, levantaban ya las manos porque sabían que conocerían las respuestas a todo lo que se les planteara.

EL SEGUNDO DÍA de clase me quedé dormido, cosa que, por supuesto, no sirvió para mejorar las cosas en una sociedad en la que todo el mundo era puntual a rajatabla. Me sentía como un infiltrado al entrar en clase, intentando esquivar los ojos que abrían boquetes en mi espalda con sus miradas afiladas.

AL TERCER DÍA, estoy listo para tirar la toalla. Da igual lo que haga, soy incapaz de seguirles el ritmo. No importa cuánto lo intente, simplemente no puedo seguirles el ritmo.

La universidad no está hecha para tíos como yo.

Pienso en el año que he tenido. En las drogas y la sobredosis. En Sophie. Pienso mucho en ella, pero sueño aún más con ella.

A veces los sueños no tienen sentido. Otras veces parecen muy reales. Estamos los dos solos, sentados en su coche, escuchando sus temazos de la vieja escuela. Yo le digo que la quiero y ella se acerca a mí con una chispa en los ojos que me acelera el corazón. Pero nunca me besa porque siempre me despierto antes de que nuestros labios puedan tocarse.

Después de otra clase en la que no me entero de nada, apilo mis libros, seguro de que he terminado por aquí. Cogeré mi maleta, empaquetaré todas mis cosas, cogeré un autobús rumbo a casa y dejaré atrás este lugar para siempre.

Acabo de doblar la esquina del edificio principal cuando veo a una chica de pelo largo y oscuro y ojos de que ha estado llorando. Se limpia la nariz con un pañuelo de papel y respira entrecortadamente para tratar de recuperar la compostura.

—Es una mierda darse cuenta de que no eres la persona más lista de la sala, ¿verdad? —Me oigo decir.

Cuando sus ojos encuentran los míos y las lágrimas vuelven a brotar, me siento como un imbécil. No pretendía que ofenderla con mis palabras. En todo caso, intentaba ofrecerle una muestra de camaradería.

—Mierda, lo siento. No quería decir que... —Me precipito hacia ella y, torpe como soy, empiezo a frotarle la espalda trazando círculos—. Estoy teniendo un día de mierda —le explico—. Este lugar es duro y estoy a tres segundos de coger las maletas y largarme de aquí.

—¡Eh, gilipollas, quítale las manos de encima! —grita una voz.

Desvío la mirada hacia el pringado que avanza hacia mí. Es uno de esos tíos que parece unos de los deportistas estereotipados de las películas. Salvo que no es ni lo bastante ancho ni lo bastante alto y el bigote que se niega a afeitarse parece un moco que se le ha secado en el labio superior tras un estornudo.

Echo los hombros hacia atrás. Atrás quedaron los días en los que permitía que me hablaran con desprecio. Ya había soportado esas mierdas durante todo el preescolar, el parvulario y primaria, pensando que eso me hacía mejor hombre. Sólo me dejaron en paz en el instituto, cuando lo de ser el matón empezó a darse mejor de lo que se le había dado jamás a ninguno de esos gilipollas.

Di un paso hacia el gilipollas este y no dudo en lanzarle un gancho de derecha a la nariz.

—No soy de por aquí —le digo mientras él asimila lo que ha pasado e intenta detener la sangre que le sale a borbotones—. ¿Es este tu novio? —pregunto, volviéndome hacia la chica.

—Hemos roto.

—Pues no vuelvas con él. Es perro ladrador, poco mordedor.

Me alejo de los dos, mi mente ya no está puesta en la chica y el imbécil de su novio, sino en lo rápido que puedo recoger todos mis bártulos y largarme de aquí cuando una voz enfermizamente dulce chilla detrás de mí.

—Eh, espera. ¡Eh!

Me detengo en seco y me doy la vuelta, mostrando el fastidio que siento. No estoy de humor para esto.

—Quieres que te diga mi nombre para denunciarme por pegar a tu noviecito, pero no te lo voy a dar. Pero no te preocupes, ya me expulso yo solo.

—¿Que te expulsas tú solo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Esto de la universidad —digo, agitando las manos para abarcar lo que me rodea— no es para mí, o igual soy yo el que no es para la universidad. En cualquier caso, me rindo, así que ya puedes decirle a tu amigo que no corre el riesgo de volver a recibir un puñetazo en la nariz. Al menos no de mi parte.

—¿Vas a dejar la universidad? Llevamos aquí menos de una semana. Si estás intentando huir de cualquier problema en el que creas que te vas a meter porque yo te denuncie, olvídalo. Henry lleva pidiendo a gritos que le den un puñetazo en la cara desde hace mucho, pero nadie ha tenido las pelotas de hacerlo. Y él tampoco te va a denunciar. Le resultaría demasiado humillante admitirlo.

—Hablas a toda leche.

—Vale —arrastra la palabra. Y sigue hablando aún más despacio—. Gracias por pegarle a Henry por mí.

Me río. Me río de verdad.

—Conozco a las chicas como tú. Volverás con él antes de que caiga la noche. Y él volverá a decepcionarte antes de que salga el sol. Y así una y otra vez.

Se lleva la mano a la cadera.

—Así que conoces a las chicas como yo, ¿eh? Entonces sabrás que somos ridículamente superficiales. Después de lo que le has hecho en la nariz, lo más probable es que se le cure torcida o con una giba. Ni muerta puedo salir con alguien tan imperfecto. —Se pasa la mano por la frente, poniendo los ojos en blanco.

—Vale. A lo mejor no vuelves con él hoy, pero mañana, fijo.

Ella extiende la mano en mi dirección.

—Es una apuesta.

Miro la manicura perfecta de sus uñas perfectamente y sus manos, que estoy seguro de que son suaves como la seda.

—Es una apuesta —acepto.

—Bien. Eso significa que tendrás que quedarte para verlo.

Empiezo a sacudir la cabeza y descubro que estoy sonriendo. ¿De verdad me acaban de convencer de que me quede en la universidad por algo que me importa una mierda?

—Por cierto, me llamo Isolde —continúa, tan alegre que no habrías pensado que estaba secándose las lágrimas hace menos de cinco minutos.

—Jason —respondo.

Me rodea la cintura con el brazo y, de algún modo, con su pequeño cuerpo, me guía en una dirección que no había planeado.

—Jason, tú sabes mucho de mí y yo apenas sé nada de ti. ¿Qué tal si me pones al día mientras nos tomamos una taza de café? Invito yo.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Sí. ¿Siempre le pegas a tíos que no conoces sólo porque te miran mal?

—He aprendido que es la única manera de que la gente no se haga a la idea de que pueden meterse contigo.

—A mí me parece que estás lo bastante curtido como para poder con la universidad, ¿por qué quieres dejarlo?

Supongo que no tengo nada que perder si le digo la verdad y eso lo hago. A ella le hace gracia. Parece que encuentra divertidas muchas cosas. Diría que Isolde es una persona verdaderamente feliz, si no fuera porque la primera vez que la vi estaba llorando en un rincón.

Le permito que me lleve a tomar café y no me resisto cuando insiste en pagar la cuenta o ayudarme con los deberes. Resulta que es peligrosamente inteligente y se le da de vicio explicar las cosas.

Al día siguiente, soy yo quien le pregunta si quiere ir a por algo de comer. Pensaba ir a la cafetería otra vez, pero Isolde tiene otros planes, así que acabamos dando una vuelta por el centro en su BMW nuevo y reluciente.

Su primera parada es en Cartier, donde elige un reloj que gente como yo tendría que vender su alma al diablo para poder comprar. Dice que es para su padre. Mañana es su cumpleaños y se le ha olvidado comprarle algo.

—Eres rica, ¿verdad? En plan, superrica —pregunto cuando volvemos al coche.

Se sube las gafas de sol al pelo y me mira con desconfianza.

—Pensé que por eso te gustaba.

—Más bien es la razón por la que odio a todo el mundo aquí.

—El dinero es sólo una cosa que algunas personas tienen en grandes cantidades y otras no, Jason. No es importante. No define el carácter, aunque a veces sí tiende a hacerlo.

Isolde habla del dinero como sólo pueden hablar de él aquellos que nunca han tenido ninguna dificultad. No tiene nada de malo, pero cuantas más palabras salen de su boca, más inadecuado me siento. Entiendo perfectamente que esto es solo un problema «mío», pero, aun así, me cuesta sacármelo de la cabeza.

Al cabo de un rato, al darse cuenta de que ésta ha sido una conversación completamente unilateral, clava la mirada en mí.

—¿Eres pobre?

Debería haberme visto venir la pregunta, pero aun así me pilla totalmente desprevenido.

—Bueno... —Me rasco la cabeza. La respuesta habría sido sencilla hace un tiempo, pero ahora no parece tan blanca o negra—. Me crié en un hogar que no siempre tenía agua corriente ni comida. Una de mis profesoras fue la primera persona que me compró un par de zapatos nuevos. Y —señalo la ropa que llevo puesta— estos harapos deberían ser prueba suficiente.

Isolde se encoge de hombros.

—Para ser sincera, en lo único que he pensado de tu ropa es en qué cómo estarías sin ella.

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que he dicho?

—Fui yo quien sacó el tema —dice—. Claro que te he escuchado. Mi familia dirige una

organización benéfica que ayuda en barrios desfavorecidos. Quizá te gustaría unirme a nosotros algún día.

—Si quisiera estar en un barrio desfavorecido, me iría a casa.

—¿Es eso una invitación?

—¿Estamos teniendo dos conversaciones diferentes?

Ella suspira.

—Vale, bien. Me centraré. Pero la cosa es que te he preguntado si eras pobre y esperaba que me contestaras de otra manera. No con palabras diferentes, sólo con emociones diferentes. Te preocupa el hecho de que no nadabas o quizás no nadas en dinero y esperas que te juzgue por ello, pero no voy a hacer tal cosa. Y si te preguntara cómo fue lo de pasar días sin ducharte, me lo dirías con auténtica tristeza en los ojos y cuando te bajes de este coche te pondrías en plan: es demasiado buena para mí, bla bla bla, lo cual, sinceramente, es una gilipollez. El dinero no hace bueno a nadie, sólo afortunado.

Cuando por fin volvemos al campus y me encierro en mi dormitorio, me quedo con sus palabras y les doy vueltas y vueltas hasta altas horas de la noche. El sueño parece encontrarme más fácilmente de lo habitual y, en lugar de soñar con Sophie, es el rostro de Isolde el que me guía durante la noche.

## CATORCE

### Aclan

ME DESPIERTO SOBRESALTADO y enseguida me doy cuenta de que Kailyn no está a mi lado en la cama. El pánico se apodera de mi pecho, salto de la cama y salgo corriendo de la habitación. Todo tipo de ideas se agolpan en mi cerebro y todas ellas empiezan y terminan con Jason. Que ha salido de esa habitación, conseguido hacerse con la pistola de John, se coló en mi habitación y me robó a Kailyn delante de mis narices. Ya estoy planeando todas las formas de matarlo y resucitarlo para volver a matarlo cuando oigo unos pasos que vienen en mi dirección.

Aprieto la mandíbula y me dispongo a darle a ese cabrón una paliza que no olvidará, pero veo que la pequeña figura de Kailyn se acerca a mí. Sale de la cocina con un vaso de agua en las manos y arrastrando un poco los pies, como si estuviera demasiado agotada para levantarlos al andar.

—Estás bien —susurro.

Arruga las cejas y levanta el vaso.

—Sí, sólo...

—Has ido a por agua, lo sé. Ya lo veo. La próxima vez, estaría bien que me avisases. Pensé que...

Apoya la mano libre sobre mi pecho.

—Lo siento —me dice—. Tienes razón. Está el ambiente muy tenso ahora mismo, debería haber pensado en lo que se te cruzaría por la cabeza si te despertabas y no me veías, pero estabas durmiendo muy plácidamente.

La atraigo hacia mí y le beso la coronilla.

—Volvamos a la cama.

No hace ni un minuto que hemos echado la llave a la puerta cuando el móvil me empieza a sonar sin parar. Es un número que no reconozco, así que no contesto. Poco después, un mensaje de texto aparece en mi pantalla.

*Aclan, tenemos que hablar.*

*Ava*

Sostengo el teléfono en alto para que Kailyn lo vea y ella entrecierra los ojos cuando el brillo del móvil interrumpe la oscuridad.

—Es Ava —digo.

—¿Por qué iba a llamarte?

Pienso en Isolde y en lo convencida que estaba de haber visto a Ava en el aparcamiento del cementerio. Tan convencida que habíamos abandonado el funeral para buscar a una mujer que yo sabía a ciencia cierta que no era tan estúpida como para presentarse en un funeral de los Bernardi en un momento en que lo único que quería mi familia era que le arrancaran la cabeza a todos los miembros de su familia.

Kailyn se sienta en la cama, tirando de la manta hasta el cuello.

—No creerás que...

—¿Que Isolde no se imaginó que vio a Ava en el funeral? No. Pero es cierto que es una coincidencia de tres pares de narices.

—Llámalas.

—No tiene nada que ofrecerme que me interese —le digo—. En todo caso, se habrá enterado de que estamos buscando a Jason y esto es sólo alguna estratagema en la que fingirá saber dónde está para intentar conducirnos a una trampa.

—Tenemos que informar al resto de la familia de lo que está pasando.

Ya está bajándose de la cama para ir hacia la cómoda. Enciende las luces.

No son ni las cinco de la puta mañana y me vendrían bien unas cuantas horas más de sueño, pero Kailyn tiene razón, es hora de involucrar al resto de la familia.

Kailyn deja lo que está haciendo y se gira tan rápido que casi se cae.

—Ava no se atrevería a llamar a Isolde, ¿verdad?

—Si se pone en contacto con Isolde... —No me hace falta concluir la frase porque ya lo hace Kailyn por mí.

—Es muy probable que muerda el anzuelo. ¿Dónde está tu hermana?

—Se iba a quedar con mis padres esta noche. Tanto ella como Maria.

—Llámalos. Asegúrate de que no sale de casa.

Kailyn se pone una sudadera y unos vaqueros, preparándose más rápido que ninguna otra mujer en la historia de la humanidad. Sigo su ejemplo, me pongo lo primero que pillo con el teléfono pegado a la oreja mientras espero a que mi padre conteste. No coge, así que llamo a mi madre, que me contesta con un tono de pánico absoluto.

—¿Va todo bien con Jason? —responde de inmediato—. ¿Lo has encontrado...?

—No te llamo por Jason —le digo—, pero está todo el mundo a salvo, mamá. Todos están bien.

—Me has dado un susto de muerte llamando a estas horas, Aclan.

Me disculpo y le pido que le pase el teléfono a papá. Lo hace a regañadientes y, cuando la voz de mi padre resuena a través del altavoz, es con la misma pregunta que tenía mi madre.

—Necesito que te asegures de que los guardias no le permitan a Isolde salir de casa —exigo.

—Aclan, ¿qué diablos está pasando ahora?

—Ava me ha llamado —le digo—. No le he cogido, pero sospecho que estará intentando arrastrarnos a una trampa con promesas de entregarnos a Jason. Si contacta con Isolde...

—Tu hermana no se lo pensará dos veces antes de lanzarse de cabeza a cualquier oportunidad de encontrarlo —concluye mi padre—. Les daré instrucciones a los guardias.

Cuando cuelga, informamos a John y a Roland de que nos vamos a casa de mi padre y que volveremos en una hora.

Una vez dentro del coche, Kailyn se queda con mi teléfono en la mano, esperando a que se ilumine la pantalla con otra llamada de Ava. Aun si vuelve a llamar, no podremos contestar hasta que contemos con la tecnología para rastrear la llamada. Esto bien podría ser el final del juego. Dondequiera que esté Ava, no me cabe duda de que David Caruso no anda muy lejos.

Las puertas de la finca de mi padre se abren de golpe y entro a toda velocidad, subiendo las escaleras donde ya nos espera mi padre. Kailyn me pisa los talones, moviéndose tan rápido como yo.

—¿Está aquí Isolde? —pregunto.

Papá asiente.

—Está durmiendo en su antigua habitación. Maria está con ella. Volviendo a lo de la llamada de Ava, ¿de verdad crees que sabe dónde está Jason?

—¿Están Fred y Marco aquí también?

Debería haber pensado en llamarles, pero el tiempo apremiaba.

—Creo que sí. —Entramos en la casa.

Kailyn me pasa mi móvil y llamo a mis hermanos, en lugar de desperdiciar todo el tiempo que me llevaría encontrarlos. Fred podría estar en cualquier parte y Marco seguramente se haya instalado en la casa de la piscina, como suele hacer cuando pasa la noche en casa de nuestros padres. Ambos responden enseguida, tan ansiosos como el resto de la familia. Les digo que se reúnan con nosotros en el despacho de papá, pero no les doy más detalles. Mamá también nos acompaña, su ansiedad no le permite quedarse sentada mientras hablamos de lo que sea que me ha llevado a venir aquí corriendo a una hora tan intempestiva.

No sé ni cómo empezar, así que doy el pistoletazo de salida con el detalle más chocante de todos.

—Jason está en mi sótano.

Nadie habla.

Nadie parpadea.

Nadie respira.

Sé lo que están pensando, que, al igual que el dedo que Caruso dejó caer en mi puerta, se ha adelantado y ha plantado el cuerpo de Jason en mi sótano.

—¿Vivo o muerto? —pregunta Marco, con la mandíbula tensa.

—Vivo —digo y continúo contándoles el resto de la historia. Les hablo de la heroína de la cocina con la marca de Caruso, de que Jason fue quien me disparó y seguramente también fuese él quien puso el dedo en los escalones de mi puerta. Les hablo también de la sangre que Kailyn vio en la ducha, de cómo pensó que estaba alucinando, pero que el mensaje encaja con el resto del rompecabezas.

Me noto sin aliento para cuando acabo de hablar. El resto de la sala parece que también se ha quedado sin aliento de solo oírme hablar.

—Y sigue vivo —gruñe Marco.

—¿Por qué sigue vivo? —añade Fred.

Y entonces mis hermanos, a los que les faltan un par de tornillos en la cabeza y tienen sed de violencia, empiezan a salir de la habitación.

QUINCE

## JASON

Isolde y yo estudiamos Empresariales, aunque ella lo ha combinado con un doble grado en Periodismo, lo que significa que, aunque pasamos mucho tiempo juntos, no estamos juntos *todo* el tiempo.

Además, por cómo nos comportamos en clase, jamás habrías pensado que nos conocemos. Mientras que yo me siento atrás, temeroso de acercarme demasiado a la línea de fuego, Isolde siempre se apresura a encontrar un asiento justo delante.

Es como todos los demás alumnos en muchos aspectos, con la mano permanentemente alzada, deseosa de demostrar cuántos conocimientos atesora en esa cabecita suya. Todo lo que había odiado de los demás es justo lo que me gusta de Isolde. Sobre todo, porque ella consigue explicar las cosas de una manera que tiene sentido. No tiene nada de malo ser una triunfadora o una sabelotodo o rica. No tiene nada de malo llorar o reír o bailar bajo la lluvia.

Nunca había conocido a un espíritu tan libre como ella y, de alguna manera, creo que, aunque todo su dinero se esfumase de un plumazo, no perdería la chispa.

Hoy hemos hecho planes para un picnic. Ha insistido en que invite a mi compañero de cuarto y ella se traerá a otra peña a la que nunca miraría dos veces. Por lo visto, que ella sea mi única amiga es algo malo. Por lo visto, le estoy haciendo un flaco favor al mundo al no dejar que me conozcan. A regañadientes, acepté hacer lo que ella quisiera y estar donde ella quisiera. Quizá me llevaría bien con este nuevo grupo de gente. Quizá no. Pero mientras Isolde estuviera presente, estaba seguro de que me lo pasaría bien.

No pasa la hora del almuerzo conmigo, sino que se va al supermercado a hacer la compra para el picnic. Decido sentarme en el patio e intentar hacer los deberes de economía. Con la ayuda de Isolde, le he ido cogiendo el tranquillo; hasta el punto de que estoy convencido de que no suspenderé la universidad a menos que yo así lo decida.

Estoy a punto de abrir el libro de texto cuando me vibra el teléfono. Miro el número en la pantalla. No lo reconozco, así que no lo cojo. No contesto hasta que el número parpadea en mi pantalla por cuarta vez.

—Hola.

—¿Hablo con Jason? —La persona al otro lado del teléfono parece apresurada, casi sin

aliento.

—Sí, soy yo —respondo con cuidado.

—Ha habido un incidente —me dice y ya siento que el mundo empieza a derrumbarse bajo mis pies.

Dice algo de que mi madre está detenida, de que la han pillado colando drogas al país desde México y que ha habido algún accidente. Luego hace una pausa, toma aire y me pregunta si puedo ir al pueblo.

Yo le digo que estoy en la universidad, que no tengo coche y que no tengo ni idea de cuándo sale el próximo autobús de la ciudad, pero que ya sé que iré hasta allí aunque tenga que ir andando.

Puede que mi madre y yo no hayamos tenido la mejor de las relaciones y puede que esté enfadado con ella, de hecho, puede que esté cabreado de cojones con ella, pero... tengo que estar ahí, ¿no?

Tengo que estar ahí para averiguar qué significa eso del accidente. Para echarle una bronca por estar poniendo en orden su vida como me había prometido que haría.

Meto mis libros y mis lápices en la mochila y corro hacia mi dormitorio como si tuviera el culo en llamas. Me siento aturdido mientras preparo una mochila con mis cosas: ropa, ropa interior y mi cartera.

¿Cuál es el protocolo cuando vas a faltar de forma repentina a clase? ¿Tengo que decírselo a alguien? ¿Tengo que llamar a alguien? ¿Tengo que informarle a cada profesor uno por uno?

La cabeza me da vueltas.

La mente se me acelera.

Debería haber sabido que la vida nunca sería tan sencilla como para poder centrarme en los estudios y enamorarme un pelín de una chica que habla a mil por hora y tiene una visión del mundo absolutamente ridícula, pero intrigante en muchos sentidos.

Empujo la puerta para salir y choco contra esa misma chica. Fresas, uvas y unas mini magdalenas salen volando por los aires y se esparcen a nuestros pies. Pero en vez de intentar salvarlos, Isolde extiende los brazos, me acerca a ella y me abraza como no sabía que necesitaba que me abracen.

—No eres de muchas palabras —dice—. Pero creo que esta vez necesitas hablar.

Le digo que tengo que volver a casa, que ha pasado algo, pero no estoy seguro de qué. Aparte de que mi madre está en la cárcel y que por lo visto ha habido un accidente.

Le digo lo hasta los cojones que estoy. Estoy cansado de que este mundo me mastique y me escupa, de que me dé reto tras reto que no me hacen más fuerte, sino que me hacen tener ganas de rendirme. Y que todo se debe a que mi madre es una idiota que no puede dejar de romper las reglas incluso después de jurar que ahora las cosas serán diferentes y mejores y que yo también soy una idiota. Soy un idiota por hacerle caso, por no querer que me importe, pero que me importe de todos modos.

Isolde me abraza en todo momento y, con la fuerza que sólo alguien como ella posee, rescata una magdalena del suelo, la única que no cayó en el lado, aplastando el glaseado.

—No he desayunado y tú tampoco, lo que quiere decir que los dos estamos famélicos. ¿Quieres compartir una magdalena?

—¿Es que no has oído ni una palabra de lo que te he dicho?

Me pone las manos a ambos lados de la cara y me mira tan profundamente a los ojos que estoy seguro de que está mirando fijamente a mi alma hecha jirones.

—Necesitas que alguien te lleve a casa, así que vamos a compartir una magdalena, subírnos a mi coche y largarnos cagando leches de aquí.

—Tienes clase en menos de una hora y un picnic que llevas días planeando.

Se encoge de hombros.

—Y cuando el chico que espero que espabile pronto y me pida que sea su novia, me pide ayuda sin realmente pedirla, lo dejo todo y estoy ahí para él.

Miro a Isolde como si fuera una extraterrestre que no tiene ni idea de cómo funciona el mundo. Es demasiado buena para mí. Demasiado. Joder, es demasiado buena para este puto mundo.

Cuando estamos dentro del coche, soy tan estúpido como para pensar que el ambiente será incómodo, pero, ¿cuándo han sido así las cosas con Isolde?

En lugar de forzar la conversación, señala con la cabeza hacia la radio.

—Nada deprimente, ¿vale?

Aunque sigo su petición, no sirve de nada. Isolde se da cuenta de que mis ánimos están por los suelos y me coge la mano.

—Sólo puedes cambiar las cosas que puedes cambiar, Jason.

Por muy cierta que sea su afirmación, estoy seguro de que Isolde se arrepiente en cuanto entra conmigo en la comisaría. Me reconocen al instante, se apresuran a llevarme hasta un cuarto y me dicen, con la misma rapidez, que mi madre se ha ahorcado en la celda.

## DIECISÉIS

### Kailyn

—VOLVED AQUÍ LOS DOS. —El tono de Concetta contiene ese matiz de que su orden no está abierta a debate que hace que sus hijos frenen en seco.

Fred se encabrita y juro que veo cómo le sale humo por las orejas.

—¿Es que no has oído ni una palabra de lo que ha dicho Aclan, madre? El muy cabrón nos la ha estado jugando todo este tiempo.

—Tiene que haber algo más detrás de esto —dice Concetta, que piensa lo mismo que yo.

Es una mujer reflexiva; piensa antes de hablar y planea sus pasos antes de ponerlos en marcha, mientras que Ace, al igual que Fred y Marco, se dejan llevar por la ira. Puede que sean diferentes en un millón de cosas, pero se parecen en otras tantas.

—¿Qué más puede haber? —interviene Silvio, metiéndose las manos en los bolsillos—. Lo aceptamos como parte de la familia. Le queremos como a la familia.

—Y pagaré por lo que ha hecho —afirma Concetta—. Pero primero necesitamos respuestas. Si no por la tranquilidad de nuestras propias almas, que sea por la de Isolde. Si no, ¿cuál es el plan? Matarlo y tener un cadáver. ¿Dejar que tu hija se dedique a perseguir a un fantasma durante el resto de su vida?

—Es mejor eso a que sepa que se casó con un traidor.

Los ojos de Concetta se desvían hacia mí y me sostiene la mirada con una intensidad de otro mundo.

—¿Tú qué dices, Kailyn?

Me sorprende que pida mi opinión.

—Odio a Jason por lo que permitió que me pasara, por ser parte de la razón por la que nos raptaron a Tommy y a mí. Es nada menos que un milagro que yo haya vuelto con vida, pero... estoy de acuerdo, nadie podrá cerrar este capítulo hasta que sepamos por qué ha hecho las cosas que ha hecho.

—¿Estamos olvidándonos de que ese cabronazo me disparó? —sisea Ace.

Hay un debate acalorado antes de que se llegue al consenso de no matar a Jason. Al menos no todavía. Lo de si hablarán o no con Isolde primero o la dejarán seguir pensando que Jason ha desaparecido para nunca ser encontrado, todavía está en el aire.

ACE Y SUS HERMANOS, junto con su madre y su padre, salen de la finca en dirección a la casa que comparto con Ace, mientras que a mí me han pedido que me quede vigilando a Isolde y esté atenta a cualquier llamada de Ava. Debo informar al resto de la familia de inmediato si Ava se pone en contacto. Fred sugirió que le robara el móvil. Sinceramente, no es muy mala idea. Si queríamos asegurarnos de que Ava no tuviera la oportunidad de empujar a Isolde a su telaraña, quitarle el teléfono sería de gran ayuda, pero decidí no hacerlo. Para empezar, daría pena como ladrona. Y, en segundo lugar, lo más probable es que Isolde no se haya despegado del móvil desde que Jason desapareció y no dejaría un alma sin registrar en toda la casa si desapareciera.

Los guardias vigilan la propiedad como halcones, esta vez más preocupados porque salga Isolde que porque entre un intruso.

Faltan pocos minutos para que den las ocho de la mañana cuando Isolde y Maria entran en la cocina, donde estoy yo tomándome una taza de café bien caliente. Se sobresaltan al verme.

—Hola, chicas —digo.

Maria me abraza.

—Gracias por venir a honrar a Leonard —dice antes de robarme el resto del café—. ¿Cómo está Ace?

Se está haciendo la dura, intentando salir del pozo negro que la consume desde la muerte de Leonard.

—Está bien. Todavía cojea un poco y aún le duele el brazo, pero está bien. —Me dirijo a Isolde—. ¿Cómo estás?

Aún va vestida igual que en el funeral, tiene el pelo revuelto y los ojos igual de hundidos e hinchados.

—No me preguntes eso, Kailyn. —No lo dice con maldad, sino como si estuviera harta de oír esa pregunta cuando no hay más que una respuesta.

La culpa nunca dejará de inundarme. Me bajo del taburete y pongo otra cafetera.

—¿Tenéis hambre?

Ambos niegan con la cabeza, pero saco igualmente los huevos y el beicon de la nevera.

—No te lo tomes a mal —dice Isolde—, pero ¿qué haces aquí?

—Tu padre ha convocado una reunión y yo no estaba invitada.

—Qué bien, una reunión familiar donde la mitad de la familia se queda fuera, me encanta —murmura Isolde.

Pongo una sartén al fuego, le echo un poco de aceite y casco dos huevos. Cocino el beicon, sirvo la comida y pongo los platos delante de Isolde y Maria antes de poner otro en la encimera

delante del taburete vacío al que enseguida me subo.

Maria come como si fuera la primera vez en décadas. Isolde apenas toca su plato y siento el corazón como una bomba en la garganta mientras veo cómo navega por el móvil, sabiendo muy bien que Ava podría ponerse en contacto con ella a través de mensajes.

—¿Se sabe algo de Jason? —me atrevo a preguntar.

—No, pero... —desliza su teléfono por la mesa—. ¿Ves algo raro?

Cojo el móvil y escaneo las dos fotos. Ha puesto una al lado de la otra para poder compararlas.

—No lo pillo —le digo con sinceridad.

Empuja el taburete hacia atrás, baja de un salto y se acerca a mí, señalando un camino en la hierba en la primera foto y el mismo camino en la otra.

—Parece diferente.

Sigo sin ver nada. No veo más que verde sobre verde y más verde. Isolde coge el teléfono y hace zoom.

—Vale, aquí. En esta imagen de la cámara la hierba está más alta. Aquí, salta a la vista que arrastraron... algo por el suelo. —Noto en la pausa que hace entre «arrastraron» y «algo». No quiere mencionar que podría ser Jason al que arrastraron por miedo a que se haga realidad con solo decirlo en voz alta. No tiene de qué preocuparse. Cuando sacamos a Jason de ahí, lo hicimos usando la otra puerta.

—Lo siento, Isolde, es que no lo veo.

—¿Estamos seguros de que no ha salido con unos amigos y ya? —pregunta Maria—. O sea, ibas a pasar una temporada en mi casa. Igual no quería estar solo en esa casa tan grande.

—¿Y qué? ¿Se le apagó el móvil y se olvidó de cargarlo? Algo va mal, Maria. Tengo una corazonada. Sé lo que piensa todo el mundo, que Jason solo está de desfase. Y Dios, por mal que suene, quizá yo también lo pensaría. Pero a Ace le dispararon dentro de mi casa. Había un hombre de los Caruso en mi casa cuando ni siquiera sabían que Ace estaría allí porque ni yo sabía que iba a presentarse allí. Vinieron a por mí, Jason y Rosie y se fueron con Jason.

Nadie dice nada al respecto porque, aunque existe una explicación lógica para que los Caruso no estén implicados -al menos no de la forma en que Isolde cree que lo están-, no puedo ser yo quien le diga la verdad.

DIECISIETE

## JASON

En medio del duelo por la muerte de mi madre, hay muchas cosas en las que no me paré a pensar. Como el hecho de que básicamente era un sintecho. No fue hasta que empezaron a acercarse las vacaciones de verano y todos los estudiantes empezaron a recoger sus cosas, emocionados por volver a sus casas o irse de vacaciones, cuando me di cuenta de que yo no tenía adónde ir.

Había vendido la chabola en la que me había criado, ya que mi madre era la única conexión que tenía con aquel lugar. Vaciar la casa fue como rebuscar en un cofre del tesoro. La policía había dicho que mi madre traficaba, pero yo no estaba seguro de creérmelo. Para empezar, tenía a mi padre, cuya identidad se llevó con ella a la tumba, que le soltaba pasta cada vez que se lo pedía. ¿O eso también había sido mentira?

La verdad era que no sabía qué creer. Lo que estaba claro era que mi madre guardaba dinero como si fuera un Escobar moderno. Bajo las tablas del suelo, en ollas y sartenes y en todo tipo de lugares. Cada fajo de billetes venía con una nota.

Para la universidad de Jason.

Para el primer coche de Jason.

Entrada para la primera casa de Jason.

No era lo bastante bueno como para entregárselo a la policía, así que me quedé con la pasta. No iba a renunciar a la universidad, eso lo tenía clarísimo. Con todo los esfuerzos que Isolde había invertido en ayudarme a sacar las notas que necesitaba para poder graduarme y conseguir un trabajo decente en el futuro, tirarlo a la basura me parecía como echarle un escupitajo a la cara.

Pasado un tiempo, abrí una caja de seguridad en el banco y guardé allí el dinero. Así, incluso sin un hogar al que acudir, al menos disponía de medios económicos para alojarme en un hotel o vivir de alquiler durante las vacaciones.

—¿En qué piensas? —quiso saber Isolde, pendiendo una fresa delante de mi boca.

Estamos en el parque, donde pasamos mucho tiempo últimamente. Lejos del ajetreo de la vida universitaria y rodeados de naturaleza.

Me pongo de lado, muerdo la fresa y luego me señalo la boca.

—Lo siento, no puedo hablar. Tengo la boca llena.

Me da un golpecito en el brazo.

—Pues vale, no quería oírte hablar, de todas formas. —Hace una pausa, mientras hilvana sus pensamientos—. ¿Vienes a casa conmigo este verano?

Las palabras que salen de su boca me chocan tanto que me atraganto con la fruta que intentaba comer.

—Ya le he pedido permiso a mi padre.

De alguna manera, me las arreglo para atragantarme de nuevo.

—Me suena a idea terrible.

—Es una invitación, Jason. No una propuesta de matrimonio.

Me siento muy recto y le enderezo el vestido que lleva sobre las piernas.

—¿No me dijiste que tu familia odiaba con ganas a Henry? ¿Qué te hace pensar que pensarán diferente de mí?

—Pues que no eres un imbécil.

—Sí que lo soy. Le pegué un puñetazo a un tío sólo porque abrió la boca, ¿recuerdas?

—Fue para proteger mi honor.

—Ni siquiera te conocía.

Isolde pone los ojos en blanco.

—¿Quieres venir o no?

—¿Tengo elección?

Se pasa el pelo por encima del hombro y se recoge sus largos mechones oscuros con una goma antes de responderme.

—Sinceramente, no. Tu madre está muerta y has vendido la casa a la que habrías vuelto. Y el dinero que ganaste con la casa es mejor gastarlo en tus estudios que en un hotel cuando te estás ofreciendo con amabilidad un sitio en el que quedarte en verano.

Me planta un beso en los labios, con la intención de que sea casto, pero no la dejo escapar tan fácilmente. Cierro la mano en su nuca y la atraigo hacia mí, enredando mi lengua con la suya y robándole cada aliento que exhala.

—Me encantaría pasar el verano contigo —le susurro.

—Me encantaría pasar el verano contigo dentro de mí —me susurra a su vez.

---

CONOZCO a Isolde desde hace casi un año y no tenía ni idea de que no era hija única. Para ser una chica que habla por los codos y no tiene reparos en mencionar a su familia, parecía haber olvidado que tiene unos hermanos ridículamente protectores con su hermana.

Ni que decir tiene que mi bienvenida a casa de los Bernardi se asemejó más a un interrogatorio que a otra cosa. Como si este palacio no me intimidara ya lo suficiente por sí solo.

Toda la familia aguardaba en el vestíbulo, vestida de punta en blanco con sus trajes caros y zapatos lustrosos.

Fred Bernardi era el que parecía dispuesto a matar.

Marco Bernadi, el que parecía que le faltaba algún tornillo.

Aclan Bernardi era demasiado serio. Casi resultaba mortífero.

Concetta Bernardi era maternal. La clase de mujer que prepara la cena todas las noches y sigue lavando la ropa de sus hijos aunque tengan asistentas que se ocupen de cosas tan triviales.

Silvio Bernardi era muy parecido a Aclan, pero con un toque de simpatía en la mirada.

Maria Bernardi fue la que me hizo darme cuenta de que era posible ser más feliz, más alegre y más llena de vida que Isolde. Fue la única que no me ofreció la mano, sino que me rodeó con los brazos para envolverme en un abrazo.

—Ise nos ha hablado mucho de ti. —Sonrió—. Pasa.

No podía culparles por mirarme de arriba abajo como lo hacían. Sabía lo especial que era Isolde. Era lógico que se aseguraran de que cualquier hombre de su vida fuese alguien que merecía la pena que siguiese formando parte de ella y, en caso de que no lo fuera, asustarlo lo suficiente como para que saliera por patas.

No sentía que fuese lo bastante bueno para Isolde, pero tenía la certeza de que podía tratarla bien, respetarla y quererla como se merecía. Y, a pesar de que sus hermanos me miraban de arriba abajo como si no fuera más que estiércol que querían quitarse de la suela de sus zapatos, lo apreciaba. Significaba que la protegerían a toda costa.

Isolde Bernardi tiene una familia que se preocupa por ella.

¿Qué más podrías desear para la chica de la que estás enamorado?

## DIECIOCHO

### Aclan

LOS PRÓXIMOS DÍAS son una montaña rusa de indecisión.

Ya ha tenido lugar el interrogatorio a Jason, aunque en realidad es más tortura que interrogatorio. Digamos que a Fred se le fue algo la mano con el cuchillo y a Jason le falta uno u otro dígito.

Cuando Kailyn fue a intentar probar suerte, tuvo la osadía de mostrarse horrorizada por lo que mis hermanos le habían hecho. La pelea que tuvimos esa noche nos habría hecho dormir en habitaciones separadas si no fuera por la paranoia que nos supone no estar uno al lado del otro.

Yo tenía mis propias rencillas con Kailyn, como el hecho de que me mintiera la noche que la vi salir de la cocina, por ejemplo. O que fuera a la habitación en la que hemos estado reteniendo a Jason y se pusiera a limpiar su puta pocilga. Se pensaba que merecía que lo trataran como algo más que el animal que es.

A la hora de la verdad, no podía culparla por tener corazón. El mío simplemente se ha ido enfriando más y más a medida que pasan los días e igual lo que necesito para no convertirme del todo en un monstruo es el calor del suyo.

Sea como sea, nadie puede decidirse sobre si deshacerse o no de Jason.

Nadie se decide a si se lo decimos o no a Isolde y que ella decida qué hacer con él. Esta última es la peor idea de las dos, debo añadir. No es que crea que mi hermana es tonta, pero el amor hace que la gente cometa estupideces. Con Jason desaparecido, Isolde ha tenido tiempo suficiente para darse cuenta de que quiere a su marido con locura. Que su vida sería menos brillante si Jason ya no estuviera en este mundo.

No come.

No duerme.

Sólo parece ducharse cuando deambula sin rumbo y acaba bajo el chorro de agua.

Aún se está quedando en casa de mis padres, aterrorizada de entrar sola en su casa, pero sobre todo, la destroza pensar en cómo se sentirá la casa sin Jason en ella. No es que a nadie le

parezca buena idea que se quede allí. Por más que mi madre pierda un pedazo de sí misma cada vez que oye los gritos guturales de Isolde resquebrajando la noche.

No sería descabellado pensar que encontraría la forma de perdonarlo de algún modo. Repito que el amor puede hacer que la gente cometa las mayores locuras. Si lo matamos entonces, después de que ella lo haya perdonado por llevar a cabo la más baja de las traicones, ¿entonces qué? Hasta pensarlo suena estúpido.

Volvió con Jason después de las drogas.

Volvió con Jason después de su aventura.

Volvió con él después de que recayera.

Pero ni de coña puede volver con él después de *esto*.

En cuanto a Ava, he estado esperando otra llamada suya. Incluso he intentado devolverle la llamada al número desde el que me llamó, pero ambas cosas me han conducido a un callejón sin salida.

El que no reconociera el número era todo lo que necesitaba para saber que se había pasado a los teléfonos desechables. Llamar a su antiguo teléfono, al número que he utilizado más veces de las que puedo contar, tampoco me da resultados.

Llevo el equipo para rastrear de dónde vienen las llamadas encima en todo momento, esperando a que suene el teléfono, rezando a cualquier deidad que haya para que sea ella la que esté al otro lado. Que podamos encontrarla a ella, al cabrón de su padre y a su hermano y acabar con esta mierda de una vez por todas. Con la policía involucrada, la muerte no es el destino que les aguarda. Al menos no de inmediato. Pero a veces pasan cosas en la cárcel. No lo sé. Una parte de mí siente que dejar a los Caruso pudrirse en una celda por el resto de sus días no es tan mala idea.

Salgo al patio trasero de mi casa. Maria está aquí con Tommy y Rosie. Se encuentran en el arenero, construyendo todo tipo de figuras mientras Kailyn observa desde una de las sillas de jardín, con una pequeña sonrisa dibujada en los labios.

Al mirarlos, me siento el peor padre del mundo porque, una vez más, tengo que anteponer los asuntos familiares a su propio bienestar. Se ha estado quedando en casa de mis padres los últimos días, ya que todo el mundo está de acuerdo en que tenerlo en casa con Jason en el sótano es una de las peores ideas que Kailyn y yo hemos tenido nunca. Puede que esté de acuerdo.

Por mucho que le eche de menos cuando no está aquí, que esté con Rosie es algo bueno. Tanto para él como para mi sobrina. Y para Isolde, también, supongo.

Dejo la bandeja de bebidas sobre la mesa y acerco una silla junto a la de Kailyn.

—Estoy deseando que todo esto acabe para poder disfrutar de la vida normal que deberíamos haber tenido siempre —digo.

Me mira como diciendo que soy un estúpido si me pienso que alguna vez algo de nuestras vidas será normal. No se equivoca. Será una normalidad distinta de la que disfrutaban los demás, pero mucho menos estresante que lo que ha visto de la vida con los Bernardi.

Habrá barbacoad los fines de semana y un montón de fiestas de cumpleaños. Habrá galas y actos benéficos e incluso puede que vuelva a la universidad, como tanto desea.

—Te mereces más que todo por lo que has tenido que pasar hasta ahora, Kailyn. Mucho más.

—Te tengo a ti —dice—. Te tengo a ti y a Tommy y a esta maravillosa familia que eres tan amable de compartir conmigo. No me cabe la menor duda de que, al final, todo ir  bien.

Nos quedamos observando a Tommy un rato más y una parte de mí est  segura de que Kailyn tiene razón. Maria por fin se ha recuperado, ha abandonado el odio que me tenía y me ha perdonado por el papel que pudiera haber desempeñado en lo que le pasó a Leonard aquella noche. Si ella puede recuperarse de la pérdida del amor de su vida, quizá exista la posibilidad de que Isolde también vaya a estar bien, acabe como acabe esta historia.

—Aclan —dice Kailyn cuando ya llevamos un rato en silencio.

— S ?

— Por qué crees que lo hizo?

Sacudo la cabeza. Esa es la pregunta que todos nos hemos estado haciendo. Jason siempre se sint o un poco inferior a nosotros. A veces se llevaba bien con Fred, Marco y Maria, pero Jason y yo nunca congeniamos.

—No lo s  —le respondo con sinceridad—. Tardío en pedirle a mi hermana que se casara con él. Ella no paraba de lanzarle indirectas y él hacía oídos sordos. Al principio, no creía que fuera porque no quisiera lo suficiente a Ise, pero... no s , quizá, aunque pudiera imaginarse pasando el resto de su vida con ella, no podía imaginarse pasando el resto de su vida como parte de esta familia. Ahora empiezo a pensar que igual fue un infiltrado de Caruso en todo momento. Igual Isolde le importaba una mierda, pero el plan que tenía no funcionaría a menos que se casara con ella, así que al final hizo lo que tenía que hacer.

—Pero, entonces,  por qué ahora? Llevan juntos media eternidad,  por qué hacer esto ahora? Me encojo de hombros.

—Aclan, él la quiere. De eso estoy convencida. La forma en que habla de ella y como es el único tema del que est  dispuesto a hablar... Le importa un bledo su propia vida, pero sí le importa Isolde.

Aprieto los labios. En esto no puedo estar de acuerdo con Kailyn, porque uno no le hace daño a la gente que quieres. No así.

DIECINUEVE

## JASON

—Jaaasooon.

Casi me parto el culo en la ducha y consigo agarrarme por los pelos a la barra antes de que sea demasiado tarde. No es que a Isolde le importe. Estamos en su piso, a poca distancia del campus, en un edificio propiedad de su padre.

A mí sí me importa, ya que su padre sabe que soy yo quien comparte este espacio con ella y cada abolladura en la pared es otra abolladura por la que tendrá que preguntarse.

—Joder, mujer. ¿Qué habría dicho si me hubieras matado?

Isolde está demasiado ocupada mirándome la polla como para preocuparse por mi experiencia cercana a la muerte. Entra en la ducha sin molestarse en quitarse la ropa y se arrodilla delante de mí.

—Te devolvería a la vida con una mamada —responde a mi pregunta con mucho retraso.

Ni siquiera puedo pensar en una respuesta, porque lo siguiente que recuerdo son sus labios rosados separándose y deslizándose sobre mi polla con un poco de dientes. Lo suficiente para mantenerme en vilo, pero no para asustarme.

Dejo caer mis manos hasta su pelo, ahora empapado, y sigo sus movimientos mientras me la chupa como si le fuera la vida en ello.

Es una locura cómo una chica como ella puede ser tan refinada y correcta en público y tan bestia entre las sábanas.

Isolde hace esa cosa suya con la lengua, la mueve de un lado a otro mientras avanza y retrocede por mi miembro. Los gemidos que escapan de su garganta me recorren el cuerpo entero y me veo agarrándole el pelo como si quisiera arrancárselo del cuero cabelludo.

—Será mejor que reduzcas la velocidad, Isolde.

Alza la vista hacia mí y su sonrisa sigue siendo visible cuando la estira alrededor de mi polla. Me apretó las pelotas con fuerza, sosteniéndome la mirada mientras me deslizaba hasta el fondo de su garganta y luego, sin más, se retiró.

Tengo la polla más dura que el hierro, echando de menos la sensación de su boca, pero excitada por lo que está por venir.

Isolde sube por mi cuerpo y finalmente posa sus labios sobre los míos.

Sus besos son arrebatadores, me devoran, me hacen desear más y menos y todo lo demás.

No tomo ninguna precaución cuando agarro su vestido y mis músculos se tensan. Tiro de la tela, haciendo que los botones vuelen contra la pared antes de arremolinar-se hacia la corriente descendente del desagüe.

Las tetas le rebotan con cada respiración y aprovecho para lamérselas, chupando un pezón con fuerza suficiente para hacerla chillar.

A Isolde le gusta lo duro. Lo aprendí la primera vez que me la follé, penetrándola sin freno mientras gemía mi nombre de pared a pared.

—No llevas bragas, ¿eh?

—Me supuse que no las necesitaría.

—¿Crees que soy tan fácil?

—Creo que soy así de difícil de resistir.

La agarro por el culo, la levanto y avanzo hasta que la espalda le queda apoyada contra la pared, demostrándole que tiene razón. Nunca habrá un momento en el que no esté preparado para ella.

Agacho la cabeza y le doy un mordisquito en la oreja.

—¿Cuánto me deseas, nena?

Aprieta la mano entre nuestros cuerpos, posicionando mi polla justo en su abertura.

—Muchísimo.

Sin pausa, me deslizo dentro de ella, encontrándola húmeda y preparada. Muy lista. Muy apretada.

Cuando los gemidos se calman y conseguimos salir de la ducha, Isolde se tumba en la cama, tan desnuda como cuando salió de la ducha.

—¿Segundo asalto?

—Depende de lo cuanto te entusiasme tu regalo.

—¿Qué regalo?

Isolde señala con la cabeza hacia el escritorio, donde hay un paquete en el que cabe un cuerpo humano, con un lazo rojo y brillante en la parte superior.

—Sabes que no me gustan los regalos.

—Para eso era el sexo, para ponerte de humor. Si te gusta, tendrás más sexo.

—Isolde...

Hace un mohín y, por mucho que odie que me compre cosas, me acerco al paquete y empiezo a desenredar el lazo.

Isolde se levanta tan rápido que estoy seguro de que es una criatura sobrenatural.

—Antes de abrirlo...

La miro con desconfianza.

—Sabía que iba a haber trampa.

—No tiene nada que ver con matrimonio.

—A menos que hayas conseguido hacerte con el diamante más grande del planeta, no se me habría ocurrido que tuviera nada que ver con el matrimonio. Pero, sinceramente, ¿cuál es la obsesión con el matrimonio?

—Pues porque algún día te casarás conmigo y quiero que sepas que está bien querer casarse conmigo.

En eso no se equivoca. Un día, la haré mi mujer. No me cabe duda de que es la persona más perfecta que he conocido en toda mi vida. Nadie encaja conmigo como ella. Sería un tonto si la dejara escapar. Aunque sí soy lo bastante inteligente como para saber que somos demasiado jóvenes.

Cuando le pida a Isolde que se case conmigo, seré lo bastante fuerte para valerme por mí mismo. Seré un hombre del que podrá presumir con orgullo. Podré comprarle cosas bonitas y llevarla de viaje por todo el mundo. Y sí, ya sé que ella puede hacer todas esas cosas por sí misma, pero no es lo mismo. El dinero no le importa a Isolde, pero hay una parte de mí que no puede negar que a mí sí me importa.

—De acuerdo. Adelante, ábrelo.

Vuelvo a probar suerte con el paquete, tirando con cuidado de las cuerdas para deshacer el lazo. No he conseguido desenredar ni un centímetro, cuando Isolde grita:

—No, espera.

Me doy la vuelta y la estrecho entre mis brazos, besándole las mejillas y la frente.

—Parece que deberíamos olvidarnos del regalo y seguir con el sexo.

—Uf, vale. Puede que esté un poco nerviosa. Si te dejo abrirlo, ¿prometes no decir que no?

—Depende de a qué vaya a decir que sí.

—No es nada malo.

—Ahora soy yo el que está nervioso.

Intento pensar en qué podría haber en esa caja, pero no se me ocurre nada.

—No hay ningún animal dentro, ¿verdad? —Analizo la forma de la caja. Es ancha y algo plana. No es lo suficientemente grande para un perro, un gato ni un poni—. ¿Como una anaconda, tal vez?

—Sabes qué, ya lo abro yo. Igual no debería haberlo envuelto, en primer lugar.

—O sea, que sí es una serpiente. ¿Una serpiente muerta?

Empieza a desenredar y a tirar hasta que me veo mirando un traje negro y brillante con una etiqueta de Armani colgando de un botón.

—Ni de puta coña.

—Te dije que no podías decir que no.

—Esto se parece a los trapos que se ponen tus hermanos. Y ya sabes que a mí me va el juego de roles. Cómprame un traje de piloto, vísteme como un agente de la ley; joder, me disfrazaré de basurero si quieres, pero... Por este rollito morbosito no paso, nena. Da igual cuánto te quiera.

—Aj, no quiero que te parezcas a mis hermanos, Jason. Venga ya. Soy un poco guarrilla,

pero no *tanto*. Pero sí que necesito que te pongas el traje. No parecerás parte de la familia si no lo llevas.

—¿Así que sí que tiene que ver con matrimonio? —la provoco.

Resopla y se acerca de nuevo a la cama, agitando las manos en el aire cuando se deja caer sobre ella. Se tapa con la manta hasta la cabeza y suelta un grito.

—Se acerca la gala anual de los Rossi y hace ya un par de años que no llevo acompañante porque sabía que, si te lo pedía, me dirías que no, yo estaría de bajón y podríamos terminar teniendo nuestra primera pelea. Ese primer año era un no asegurado, de todos modos. Ni siquiera estábamos saliendo aún, pero este año... te necesito ahí conmigo, Jason. Estoy hasta el moño de las preguntas y tener que ahuyentar al soltero del año de Chicago... Nada me gustaría más que presumir de ti y mandarlos a tomar por culo. Así que pensé que, si te compraba este traje y te follaba hasta reventar, a lo mejor aceptabas venir.

—¿Es una gala?

—Súper elegante y ridículamente incómoda. De esos sitios en los que tienes que comer con los tenedores adecuados, asentir de la manera correcta y caminar como si tuvieras un palo metido en el culo. No encajarías ni un poquito y odiarías cada segundo de ello. Pero lo odiarías conmigo a tu lado.

Isolde nunca suplica. Nunca. A lo mejor porque normalmente es pan comido conseguir que le diga que sí. Iría al fin del mundo por esta chica. No diría que me salvó, pero tampoco puedo decir con seguridad que estaría donde estoy ahora sin ella.

Han pasado muchas cosas desde mi primer día de universidad y el presente, tres años después. Mi madre ha muerto, la he llorado, a veces tan terriblemente que sentía que no podía respirar. Y cuando llegó su funeral, estuve a punto de recaer. Apenas se presentó nadie y me partió el corazón en mil pedazos ver la poca gente que tenía a su lado. Esqueleto, su camello, yo, su hijo e Isolde, una mujer a la que no conocía. Algo así afecta a cualquier persona. Era mi madre y, por muy enfadado que estuviera, no quería ser el único que se preocupaba por ella.

Isolde me abrazó aquella noche, más fuerte de lo que nadie me había abrazado nunca. No me preguntó si estaba bien, me dijo que lo estaría en ese tono que siempre utilizaba. Ese tono significaba, todas y cada una de las veces, que tenía razón.

Atraigo sus manos hacia las mías y le beso el dorso una en una. Puede que una gala no sea la cosa más importante del mundo, pero es importante para ella. No importan las razones, puedo respetarlo.

Está claro que quiere que la acompañe. Y, siendo sinceros, me he visto en muchas situaciones incómodas a lo largo de mi vida. ¿Qué es una más?

—Iré —digo.

—Lo sé, pero, por favor... —Se detiene con los ojos abiertos como platos y se me queda mirando—. Espera, ¿has... dicho que... sí?

Le sonrío.

—He dicho que sí. Me convenciste con lo de tener que ahuyentar a los solteros de Chicago. Aunque no es que sea celoso ni nada de eso —lo digo como si fuera en serio. La verdad es que Isolde jamás me ha hecho sentir que tenía motivos para estar celoso, ni una sola vez.

Isolde salta sobre la cama, grita como una niña y corre hacia mí con los brazos abiertos. Coge impulso y me rodea con las piernas.

—Te debo mucho sexo.

—Más del que puedas imaginar. Y cuando termine la gala, me deberás aún más.

---

CREO que nunca me había puesto un traje antes. Y no estoy seguro de que vaya a repetir después de hoy. No es incómodo. Armani pone un precio tan alto a sus prendas con la confianza de saber que la gente vendería ambos riñones para poder disfrutar de este nivel de comodidad. Aun así, no reconozco al hombre que me mira desde el otro lado del espejo.

Es demasiado remilgado.

Demasiado correcto.

Está muy fuera de lugar.

Pero me olvido de todo eso en cuanto Isolde entra en la habitación. Lleva un vestido dorado que parece pintado con spray por lo bien que se le ajusta en las tetas y la cintura y... da una pequeña vuelta sobre sí misma y juro por todo lo sagrado que nadie tiene un mejor culo.

—¿Qué te parece como llevo el pelo?

No suele llevarlo suelto, salvo cuando sacudimos los muelles de la cama. Sin embargo, ste peinado no se lo había visto antes. Lleva el flequillo peinado hacia un lado, enmarcando la belleza de su rostro de una forma fascinante. Tiene un poco de rubor en las mejillas y los labios ligeramente teñidos de rosa.

—Estás... ¡guau!.

—¿De verdad lo crees?

—Podríamos saltarnos la gala si tienes dudas. Te lo compensaría con creces.

Me da un manotazo con el bolso en miniatura que lleva en la mano.

—Te gustaría, ¿verdad? Esconderte en esta habitación y evitar todo el caos que acompaña a las familias más elitistas de Chicago.

Se está esforzando en que cambie de opinión, ¿verdad? Al ver mi cara de horror absoluto, suelta una pequeña carcajada.

—Es broma. Bueno, con lo de la élite, no. Pero ya verás, cuanto más ricos, más se desmadran de fiesta.

—Pero nosotros no vamos a desmadrarnos. Vamos a darles sorbitos a nuestra copa, escuchar y fingir que a los dos nos gusta el periodismo.

—Exacto. Y nos mantenemos alejados de los Caruso, los Romano y los Mancini.

—Hay que alejarse de los Caruso, los Romano y los Mancini —repito.

—Bueno, supongo que, si a los Romano les apetece charlar, tampoco es el fin del mundo. Los Mancini tampoco están tan mal, supongo. Aunque su hija es un bellezón y lo sabe. —Se agarra al cuello de mi camisa y me la alisa—. Seguro que intentará llevarte al catre. No te haces una idea de la cantidad de hombres que han caído en sus redes, sólo para despertarse a la mañana y darse cuenta de que ha conseguido que desembuche todo los secretos de la familia. Pero sí, vale, no te acuestes con Simona Mancini, pero supongo que hablar con ella no hará daño.

—¿Que no me acueste con Simona Mancini? Lo dices como si pensaras que puede ser una opción. ¿Es que no te has visto?

—Aj, tú me quieres. Estás obligado a pensar que soy la mujer más guapa del mundo, pero voy en serio con lo de que Simona es toda una seductora. Aun así, los Caruso son peor que ella. Todos ellos, sin excepción. Si escuchas ese apellido, sale por patas.

—¿Qué tienen de malo?

—Absolutamente todo —dice en un tono que juro por Dios que hace que me tiemblen los huesos.

SON MÁS de las diez de la noche cuando por fin llegamos a la gala, todos en coches negros con las ventanillas oscurecidas. Isolde y yo vamos solos en el coche. Los hermanos también se dividen. Igual que su madre, su padre y Maria.

Es una sensación extraña, ver el funcionamiento interno de su mundo y hacer cosas que no acabas de entender. Pero Isolde hace que no me resulte tan intimidante, ya que es probable esté más nerviosa que yo.

No entiendo por qué hasta que llego al lugar del evento. Han reservado el Museo Field de Historia Natural. Estaremos de fiesta entre esqueletos de dinosaurios reales. No hay nada más increíble que eso.

Vale, puede que lo de la alfombra roja sea todo un puntazo.

Hay un montón de fotógrafos aparcados delante, enfocando los flashes de sus cámaras en todas las direcciones.

No consulto web de cotilleos y ni siquiera veo la televisión, pero cuando salgo del coche y me encuentro con un tornado de paparazzi, caigo en que Isolde Bernardi debe de ser una puta celebridad. No de las que necesitan seguridad en la uni o cuando van a hacer la compra, pero sí de las que hacen que los que están detrás de la cámara griten su nombre.

—Aquí, Isolde.

—Isolde, por aquí.

—Isolde, qué vestido.

—Isolde, ¿quién es tu nuevo pretendiente?

Sonríe y ponte guapo, me había dicho antes de entrar en el coche. Me había reído porque,

alguna razón, había pensado que podría pasar toda esta movida con la cabeza gacha. Pero caen sobre mí como pirañas hambrientas sobre una pierna humana.

No, está claro que está no es mi vida. Y tampoco estoy sonriendo.

Cómo pueden los ojos de alguien seguir funcionando después de pasar por este bombardeo de luces cegadoras es un misterio para mí. Isolde me rodea con los brazos y yo la agarro con fuerza, mientras ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe mirando a la cámara.

No avanzamos más que diez centímetros cuando se detiene para adoptar otra pose, esta vez, se pone de puntillas para besarme los labios. Después, subimos las escaleras del Museo Field con ella taconeando. Los de seguridad están apostados con sus pistolas y sus miradas fulminantes mientras nos dirigimos hacia el edificio magníficamente iluminado con sus majestuosas columnas con cariátides que vigilan a sus visitantes.

Las puertas de cristal se abren cuando nos acercamos y nos adentramos en un mundo de grandeza. Hay velas esparcidas por todas partes, iluminando el camino hacia la sala donde se celebrará el acto principal. Allí, entre huesos de dinosaurio y fósiles de todo tipo, nos sentamos en la mesa destinada para la familia Bernardi y para mí.

Aclan me lanza una mirada.

—Tu mascotita sabe arreglarse, ¿eh?

Aprieto los dientes, conteniéndome para no responderle de la misma manera. De todos los hermanos Bernardi, él es el que más parece odiarme.

—Tienes un algo que no puedo identificar... todavía —me había dicho durante uno de nuestros primeros encuentros. El olor a pobreza era lo que le resultaba tan difícil de identificar. Habiendo nacido en una realidad donde todo se lo sirven en bandeja de plata, sabe bien que la riqueza no se distribuye uniformemente en este mundo, pero no puede identificar a los pobres como la peña normal. Le molesta que yo no sea como ellos, supongo. Más que nada porque es un imbécil controlador. Aclan está resentido, eso lo tengo muy claro. Se comporta como si fuera el único destinado a hacerse cargo de la empresa familiar a pesar de que ni siquiera es el segundo en la línea de sucesión.

—Corta el rollo, Aclan —le regaña Isolde, en un tono del que sólo una hermana mayor es capaz.

Mantengo la calma porque, aunque a mí personalmente me la suda lo que su familia piense de mí, sé que para ella es importante que al menos no me odien.

Nos traen la comida, un plato cuyo nombre no puedo pronunciar y que se traduce simplemente a patos glaseados con patatas extremadamente líquidas.

—Un puñado de familias italianas se reúnen en una sala y sirven comida francesa, ¿te lo puedes creer? —me susurra él desde el otro lado de la mesa.

Me encojo de hombros.

—Dime que no les partirías la cara si te dieran una versión americanizada del Ossobuco.

—Ah, por eso me caes bien —dice Silvio—. Un hombre que sabe lo que le hace tilín a mi

estómago.

Al menos tengo a uno de los Bernardis de mi lado.

Silvio y yo nos enzarzamos en una conversación, para consternación de Aclan. Por el rabillo del ojo, puedo verle maquinando en silencio.

—¿Tu madre cocina muchos platos italianos? —pregunta finalmente Aclan.

—No —respondo con sinceridad—. Hacía una lasaña de muerte, pero no la preparaba a menudo.

—Es una pena ser italiano y no saber cocinar. Deberías traértela alguna vez, igual mamá pueda enseñarle un par de cosas.

¿Ser italiano? ¿De dónde saca esa información?

—No puedes interrogar a una mujer muerta, Aclan. Además, Jason ni siquiera es italiano —le suelta Isolde.

—¿Tu madre está muerta?

—Murió durante mi primer año de universidad —afirmo.

—Nuestras condolencias —dice Concetta—. Aclan, deja de hacer el imbécil.

A medida que avanza la noche, me decido a tener unas palabras con Aclan. Sólo nosotros dos, de hombre contra hombre. Mi única esperanza es que no me obligue a patearle el culo. O que él no me patee a mí el mío. A diferencia de los cabrones del instituto y de Henry, el ex de Isolde, Aclan podría ser tan ladrador como mordedor.

Terminamos de comer y escuchamos un discurso seguido de otro antes de que se celebre una subasta. La familia Bernardi se hace con un cuadro que parece más un garabato de un crio de parvulario que arte. Pero quién soy yo para juzgar cómo gastan su dinero los ricos.

Con el tiempo, el ambiente tenso se disipa y los invitados empiezan a confraternizar. Yo me paso la mayor parte de la velada dejando que me presenten a los amigos y conocidos de Isolde y oyendo rumores sobre Simona.

—No mires todavía —me susurra Isolde al oído—, pero ese de ahí es David Caruso. —Señala con el pulgar uno de los esqueletos de dinosaurio y, aunque intento ser discreto, en cuanto mi mirada se desvía hacia él, descubro que los ojos de Caruso me están mirando fijamente.

Hostia, qué incómodo.

Cuando las copas empiezan a ir y venir, todo me resulta mucho menos sofocante. La pista de baile se ha despajado y hombres y mujeres de todas las edades y tamaños no se lo piensan dos en antes de ir montar un show.

Isolde, que es el alma de la fiesta, no se priva de bailar. Yo la acompaño y, habiendo dejado la chaqueta del traje colgada del respaldo de la silla, dejo que el ritmo me invada. Nos robamos alguno que otro beso mientras la música nos machaca peligrosamente los tímpanos. Parece que estemos solos ella y yo.

Después de la cuarta canción, Isolde se va al baño y yo me dirijo al bar.

—Dos mojitos —le pido al camarero.

El barman hace magia con la botella y su coctelera. Hace girar las botellas sobre su cabeza y detrás de la espalda y, aunque las atrapa con éxito, estoy bastante seguro de que terminará la noche sacudiéndose cristales de las piernas.

El camarero coloca los mojitos delante de mí, continuando con su teatro cuando lanza una lima al aire, le lanza un cuchillo y atrapa ambos antes de que caigan al suelo. Parte la lima, deja caer trozos en cada vaso y los apila unos encima de otros. Entra en juego un tercer vaso que llena de un líquido ámbar, sin hielo. Señala con la cabeza la esquina derecha de la sala.

—Cortesía de David Caruso —dice.

Como está claro que soy idiota, sigo la mirada del barman y me arrepiento de inmediato cuando veo que Caruso me mira fijamente por segunda vez esta noche.

Me cago en la puta. Sabe con certeza que Isolde estuvo hablando de él y ahora me tiene en su punto de mira.

Hago un gesto brusco de asentimiento con la cabeza y me giro hacia las bebidas apiladas unas encima de otras, preguntándome qué coño se supone que tengo que hacer. ¿Es mejor ofender a David Caruso devolviéndole la bebida o aceptarla y seguir mi camino?

Me alejo del bar sintiéndome... nervioso. Embrujado, tal vez. Como si Caruso hubiera conseguido pegar sus ojos a mi espalda.

Vuelvo con cuidado a la mesa Bernardi, equilibrando las bebidas como si estuviera haciendo malabares. Tras echar un rápido vistazo para asegurarme de que no hay nadie lo bastante cerca como para estar vigilándome, saco el móvil, abro Google, tecleo David Caruso y... Me cago en la puta.

He estado viviendo debajo de una puta piedra. ¿Qué persona cuerda no se molesta en googlear a la chica con la que sale en pleno siglo XXI? O al menos a su familia. O a sus enemigos. ¿Qué idiota no sabe lo que significa «familia» en el sentido italiano?

Busco en Google los otros nombres que conozco y, sorpresa, sorpresa, todos tienen alguna relación con la mafia. Este evento en el que me encuentro... está organizado también por la mafia.

Si lo pongo todo en perspectiva, no creo que me importe mucho. Isolde no me juzgó por no tener dinero, así que ¿quién demonios soy yo para juzgarla por cómo se gana su familia el suyo? Pero no se trata de eso, ¿verdad? No es por el dinero. Más bien es porque estaba decidido a pelearme a puñetazo limpio con su hermano porque no tenía ni puta idea de que el tío podía literalmente enterrarme en su patio trasero y salirse de rositas.

No, no. Ya conozco a su familia. Son todos tíos duros, pero decentes. Una familia normal. Cenar juntos los domingos, se llaman sólo para saludar, se ocupan del jardín y hacen postres y van de caza. ¿Pero de qué clase de caza estamos hablando?

Esto es una ida de olla.

Es una ida de olla bestial.

Si pensaba que sudaba bailando, comerse la cabeza debería convertirse en un deporte de

verdad.

Sacudo la cabeza, cierro el navegador, me meto el móvil en el bolsillo y me termino el mojito de un trago. Tengo que ir al baño. Necesito lavarme la cara, respirar y ordenarme las ideas.

Pienso en todas las cosas que podría haber dicho y que podrían haber ofendido a los miembros de su familia. Pienso en las idas y venidas que he tenido con Aclan.

Por Dios, cuando hablaban del negocio familiar, no se referían a una empresa real, se referían a la mafia.

Probablemente debería hacerme con un arma. No es que vaya a ser capaz de usarla. Dios sabe que, si alguna vez tengo que disparar a Aclan, tiene otros dos hermanos y un padre que seguramente me meterían una bala entre ceja y ceja en su honor.

Me dirijo al baño, sumido en mis pensamientos cuando abro el grifo y empiezo a lavarme la cara. Tengo los ojos cerrados cuando alguien entra en el cuarto y estoy cogiendo una toalla de papel cuando oigo la voz de mi madre.

—Hola, David, soy Serena... Eh... sé que ha pasado mucho tiempo, pero ¿podríamos vernos?

Me paro en seco. Enterré a mi madre. Vi física y literalmente su cuerpo en el ataúd. Vi cómo la bajaban al hoyo.

Mis ojos se abren por sí solos y me quedo contemplando el espejo que tengo delante. Pero no sólo veo mi reflejo. Tampoco veo el de mi madre. Detrás de mí está David Caruso con el móvil en la mano. Presiona la pantalla con el dedo y se reproduce otra grabación.

—Tuve un hijo, David. Tu hijo. Es parte de la razón por la que hui. Por favor, esto es importante. Necesito verte. Yo... necesito tu ayuda.

No sé cómo lo consigo, pero me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con David Caruso, el hombre del que Isolde me advirtió que me mantuviera alejado. La peor de las familias de Chicago.

Los labios de Caruso se curvan en una sonrisa cuando me mira. Da un paso hacia mí, me tiende la mano y casi me desmorono ante las palabras que salen de sus labios.

—Encantado de conocerte, hijo.

Hijo.

No, ni de puta coña.

## VEINTE

### Kailyn

DECIDO probar suerte en intentar atravesar la coraza de Jason por última vez. Le llevo comida y le ofrezco una ducha que acepta. John vigila en el baño del sótano mientras Jason se frota el cuerpo. Cuando termina, se le vuelven a poner las esposas y se le conduce a la habitación donde lleva encerrado más de una semana.

Me acomodo al otro lado de la habitación. Al principio guardamos en silencio. Él me mira y yo le miro.

—La quieres —le digo porque en mi mente no es una pregunta sino un hecho.

Jason levanta la vista y juro que, por primera vez desde que dio comienzo todo este calvario, veo lágrimas en sus ojos.

—¿Voy a morir hoy? —pregunta.

—Eso no depende de mí, Jason.

—Pero de ser así, tú lo sabrías, ¿verdad? Desde luego lo parece. Se me ha ofrecido una ducha y una comida decente. Y Ace te ha enviado aquí a hablar conmigo en lugar de venir él mismo. Son todas cosas buenas antes de enfrentarme a lo peor.

—Si quieres a Isolde tanto como creo, ¿por qué te uniste al bando de los Caruso?

—Yo no... —sisea, luego sacude la cabeza—. No lo entenderías.

—¿Qué tienes que perder?

—Algunas cosas es mejor llevárselas a la tumba, Kailyn.

—Vas a permitir que Isolde viva el resto de su vida sin saber nunca la verdad. ¿Crees que es justo?

Su rostro se tiñe de ira cuando me mira y, por un segundo, siento verdadero miedo, como si fuera a abalanzarse sobre mí. Pero Jason no se mueve.

—No te atrevas a hablarme de *justicia* —sisea—. La cartas que me tocaron en esta vida no fueron *justas*. La forma en que el cabrón de tu novio me miraba cuando nos conocimos... eso no fue *justo*. La forma en que siempre me ha tratado como si nunca hubiera sido lo bastante bueno

para su hermana, eso no fue *justo*.

—Pero igual no andaba desencaminado, Jason —digo con suavidad—. Mira cómo han acabado las cosas. En el fondo, supongo que podrías haber sido lo bastante bueno para Isolde. Creo que la quieres lo suficiente, pero elegiste *no* serlo. Elegiste darle la razón a Ace sobre lo que pensaba de ti.

—Nada de lo que me ha pasado en la vida ha sido una elección.

—¿Recurriste a los Caruso por las drogas?

—Soy adicto desde los catorce años. Esto no tiene nada que ver con las drogas. Sé dónde conseguirlas. Tengo el dinero para conseguirlas. Conozco al menos a diez camellos que tienen mejor mercancía de la que David podría soñar con tener en sus manos.

—¿Desde los catorce años? —La pregunta me sale con un chillido. Todo lo que sé de Jason me había hecho creer que había conocido a Isolde en la universidad y que estaba cortado por el mismo patrón que el resto de la familia, o al menos por el mismo patrón que Leonard.

—Mi madre era una yonqui —dice Jason—. Diez de cada diez veces, se olvidaba de que tenía un hijo y dejaba sus drogas por ahí porque no le importaba que su hijo viera quién era ella. No importaba si su hijo acababa siendo igualito que ella. Así que sí, empecé a meterme su mierda cuando tenía catorce años. Ella no se dio cuenta al principio. No se lo tomó lo suficientemente en serio, aunque tampoco es que pudiera haberme detenido. No dejas que un niño se críe solo y de repente intentas ser una figura de autoridad para él. No hasta que tu hijo tiene una sobredosis en un fumadero de crack y lo dejan por muerto en tu porche, supongo.

La historia parecería inventada si no fuera por la emoción con la que Jason la contaba.

—No me mires así. Necesito tu puta lástima tanto como necesitaba el desprecio de tu novio. Hice algo con mi vida, ¿vale? Hice lo que buenamente pude. Y le habría disparado a Ace ese día que me golpeaste en la cabeza. Tenía toda la intención de matarlo. Pero no movido por el odio, sino porque lo último que quiero en este mundo es destrozarme a la única persona que ha sido buena conmigo de verdad.

VEINTIUNO

## JASON

—La vida tiene una forma misteriosa de reunir a la gente justo cuando más la necesitas —dice Caruso, dejando caer una mano sobre mi hombro—. Es una pena que tu madre huyera.

Contemplo la mano que tengo en el hombro, me arde como la horca del diablo. Estoy literalmente en un baño y a punto de cagarme por la pata. Si uno de los Bernardis entrase ahora mismo, estoy acabado. Muerto y enterrado.

—Veo que has intimado con la chica de los Bernardi —dice David—. Eso es bueno para el negocio.

¿Bueno para el negocio?

¿Es que este hombre está como una regadera?

—Deberíamos seguir en contacto, hijo —lo dice como si intentara germinar una puta semilla en mi cabeza. Llevo toda mi vida sin conocer a este hombre, sin saber siquiera que tenía un padre. Si no fuera porque éramos pobres como ratas y saltaba a la vista que mi madre no quería tener un hijo, habría empezado a sospechar que se había ido al banco de semen local para inseminarse.

Caruso se mete la mano en el bolsillo y saca una tarjeta que deposita en el mío. Sonríe como si hubiéramos tenido una conversación de lo más interesante, cuando estoy seguro de yo no he abierto la boca en ningún momento.

Cuando sale del baño, me meto en uno de los retretes. El resto de lo que ocurra aquí dentro será un secreto entre la taza del váter y yo.

Parece que ha pasado una eternidad, pero no lo suficiente, cuando por fin salgo del cuarto de baño y entro en el gran vestíbulo. Isolde me ve desde lejos y enseguida se apresura hacia mí.

—Tío, me has dado un susto de muerte. ¿Dónde demonios estabas? —Me toca la frente con el dorso de la mano—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—No estás bien.

—Tienes que dar un discurso dentro de nada, así que estaré bien hasta que se haya terminado.

—Puedo hacer que uno de los chóferes te lleve a casa. De verdad, Jason, si no te sientes bien...

No me encuentro bien. Me siento mucho peor que mal. Supongo que eso es lo que pasa cuando te enteras de que tu padre es el archienemigo de tu novia.

Siento como si su tarjeta me estuviese agujereando el bolsillo y tomo nota de que debo deshacerme de ella en cuanto llegue a casa. Maldita sea, debería haberla tirado por el retrete mientras estuve en el baño.

—¿Quieres volver a la mesa? Te traeré algo de beber. —Y eso hace porque es la mujer más perfecta del mundo.

Cuando tomo asiento a la mesa con el apellido Bernardi grabado en cristal en el centro, me pregunto si no sería mejor decirle simplemente qué coño está pasando. Pero entonces me viene a la mente Sophie. Hace mucho que no pienso en ella, pero no me cuesta recordar el dolor que me dejó tras de sí cuando desapareció de mi vida.

Isolde y yo no somos Sophie y yo. Tenemos una relación real. Una relación en ciernes. Una relación basada en el amor y la confianza y la honestidad...

Pero, ¿qué tiene de malo una mentirijilla piadosa? Al fin y al cabo, no es como si hubiera sabido en todo momento que Caruso era mi padre.

En cuanto llegamos a casa, rompo en mil pedacitos la tarjeta con el nombre de Caruso, su número de teléfono y el logotipo de la empresa y veo cómo se va por el retrete.

Esa misma noche, cuando ya estamos metidos en cama, apretados el uno contra el otro y viendo nosequé programa de televisión al que no consigo prestar atención, Isolde vuelve a sacar el tema de mi estado de ánimo.

*Algo no va bien.*

*No tienes fiebre.*

*Te veo demasiado sumido en tus pensamientos.*

*Podemos contarnos cualquier cosa.*

—No me dijiste que tu familia era de la mafia —digo desviando el tema porque, por mucho que no me importe -quitando el hecho de que estoy seguro de que al menos uno de sus hermanos quiere ver mi cabeza en una pica- no puedo mencionar lo otro. Que, por derecho de sangre, yo también soy parte de la mafia.

Isolde se yergue y enciende la luz.

—¿Hablas en serio?

—Hablo en serio —afirmo, aunque no estoy seguro de que mi tono dé en el blanco.

—¿No habías oído hablar de los Bernardi? Todo el mundo conoce ese apellido y a qué se asocia. ¿De verdad creías que íbamos a una gala de los Rossi como invitados corrientes?

—Bueno, sí, pero porque también me creía que los Rossi eran miembros corrientes de la sociedad. Quiero decir, ricos, pero ricos corrientes al fin y al cabo.

—Sí que has estado viviendo debajo de una piedra. Pero no tienes de qué asustarte. Es decir, si alguien puede protegerte...

—Y si alguien puede matarme y cortarme en pedacitos...

Pone los ojos en blanco y se ríe de mi comentario.

—Te quieren demasiado.

—¿Es que no conoces a tu hermano?

—Vale, bueno, Fred está un poco loco. ¿O estás hablando de Marco? Es cierto que a veces se le va un poco, pero...

—No hablo de ellos —digo—. Es Aclan el que me mira como si deseara que sus ojos pudieran disparar balas.

Ahora suelta una carcajada de verdad.

—Aclan no está en su mejor momento. Además, y te lo digo de corazón, todo el mundo es feliz mientras las chicas sean felices.

—Vale.

Se sube encima de mí y me besa.

—Vale.

Debería decírselo. *Tengo* que decírselo. Podemos contarnos *cualquier cosa*, como ella misma acaba de decir. Me he tomado muy bien lo de la mafia, no puede enfadarse porque tenga mi propio secreto, sobre todo si es un secreto que acabo de descubrir.

—Isolde...

Se yergue para poder mirarme a la cara.

Me preparo para decirle la verdad, pero veo esos ojos y esos labios y el corazón que late tan suavemente contra mí...

—Caruso —empiezo a decir y ya puedo ver el cambio en su actitud. Sea lo que sea lo que ese hombre le hizo, es algo gordo. Trato de buscar algo más que pueda decir, algo que no tenga que ver con los mensajes de voz que le dejó mi madre o la forma en que me llamó «hijo»—. Me, eh... Me invitó a una copa esta noche.

—¿Y te la bebiste?

Asiento con la cabeza.

—A ver, me la dio el camarero cuando pedí nuestros mojitos. Al principio pensé que era uno más de sus trucos de fiesta, pero luego señaló con la cabeza a Caruso, que estaba de pie en la esquina, y supe de parte de quien era la bebida extra.

—En serio, Jason, si vuelve a hacer algo así, avísale a mis hermanos. Es mejor no intercambiar ni una sola palabra con hombres como Caruso.

Sí, ni de coña voy a decirle jamás que ese hombre es mi padre.

## VEINTIDÓS

### Aclan

MI MÓVIL suena cuando estoy enterrado hasta el fondo en Kailyn. Lo ignoro, la melodía de sus gemidos crea una música mucho mejor. Una que quiero escuchar toda la noche.

Tiene el pelo suelto y los mechones se abren en abanico sobre su espalda mientras me la follo. Más hondo. Más fuerte. Eso es. El culo se le sacude cuando le doy un azote y la huella de mi mano florece en su nalga.

Cuando me corra, lo haré con tanta fuerza que fecundaré todos los óvulos de Kailyn a la vez. Vuelve a echar el culo hacia atrás, estrellándose contra mí con la misma fuerza con la que yo embisto contra ella, engulléndome centímetro a centímetro. Ella lo desea tanto como yo. Lo *necesita* tanto como yo.

Le echo el pelo hacia un lado, dejando al descubierto su nuca, y la agarro, hundiendo los dedos su tierna carne y tirando de ella hacia arriba para chupetearle el cuello antes de darle la vuelta para poder ver cómo el éxtasis colorea esos preciosos ojos verdes suyos.

Kailyn me rodea con las piernas, meciéndose hacia delante y hacia atrás. Tiene la boca ligeramente abierta y sus gemidos son como una canción en sus labios.

El paraíso es un lugar real y lo he encontrado entre sus piernas. Toda la rabia contenida y toda la tensión se desprenden de mí en oleadas cuando vuelvo a penetrarla.

El teléfono vuelve a sonar y suelto una retahíla de insultos a la persona que llama. Si me han estado reventado el móvil con tanta alevosía, debe de ser grave. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, me salgo de Kailyn y me muero un poco cuando jadea al sentir mi ausencia.

—Aún no he terminado contigo —le prometo, y bajo la cabeza para chuparle el sexo un segundo. Pero ese segundo pronto se convierte en mucho más tiempo porque sabe demasiado bien y soy demasiado débil como para apartarme.

Le lamo el coño, deslizo la lengua hacia arriba y la endurezco cuando recorro el borde de la entrada de su culo. Su cuerpo se tensa, la sensación es demasiado intensa como para poder aguantar y sus gemidos suenan ahogados cuando hunde la cara entre las sábanas.

—Te gusta, cariño —murmuro contra ella.

La agarro de las nalgas con ambas manos y la separo aún más. Sólo una última probadita y contestaré al móvil. Si Fred o papá o mamá o Marco o Maria o Isolde o... Ava...

Joder, podría ser Ava.

Con la boca llena de sus jugos, balanceo una pierna sobre la cama tan rápido que me sube un calambre hasta la cadera. Cojo el móvil de la mesilla, que vibra por última vez en mi mano antes de dejar de sonar.

El número que veo en la pantalla casi hace que me explote el cerebro. Eran un montón de dígitos aleatorios que nunca antes había visto juntos y que me hacen saber al instante que era Ava la que intentaba contactar conmigo de nuevo.

Llevo todo este tiempo esperando a que llame y es ahora cuando decide hacerlo. Que le den, joder. Agarro el teléfono con fuerza, a punto de lanzarlo al otro lado de la habitación. Pero consigo contenerme de algún modo.

—Joder —siseo.

Kailyn abandona su sitio en la cama y noto el pánico en su propio cuerpo cuando se asoma por encima de mi hombro para mirar el teléfono.

—¿Era Ava? —pregunta.

—Seguramente, sí.

—Joder —dice ella también.

Intento devolver la llamada, pero igual que la primera vez, nadie contesta. El tono suena y suena y suena.

Esperamos, como si el teléfono fuera una bomba y estuviéramos anticipando su detonación, pero sigue sin pasar nada.

VEINTITRÉS

## JASON

No tengo que llamar a David Caruso para oír su voz al otro lado de la línea. Y aunque han pasado más de tres meses desde nuestro encuentro en el baño de la gala, reconozco su voz al instante.

Isolde está ocupada dándole los últimos retoques a su maquillaje y a mí la conmoción me deja pasmado, temeroso de moverme en la dirección equivocada, de decir algo que no debo o de decir nada en absoluto. Cuando consigo recomponerme, interpreto la actuación de mi vida y pulso el botón rojo de la pantalla para colgar la llamada.

—Putos teleoperadores —gruño y apago del todo el teléfono.

Si David tiene algo que decir, tendrá que hablar con mi buzón de voz.

Me tumbo en la cama, con las manos detrás de la cabeza, como si no tuviera nada de lo que preocuparme, mientras rezo para que Isolde no oiga la bomba de relojería que tengo en el pecho.

—¿Seguro que no te importa recogerlos más tarde? —pregunta ella, chasqueando los labios como hacen las chicas cuando acaban de pintarse los labios.

—Sí, da igual la hora que sea.

Isolde se va de noche de chicas. Técnicamente, no tengo por qué ir a recogerla yo, ya que habrá a un grupo de guardaespaldas vigilando todos sus movimientos, pero supongo que algo tan simple como esperar fuera a que venga su novio a recogerla le da una sensación de normalidad.

Últimamente, no ha salido mucho. Entre que nuestra graduación está a la vuelta de la esquina y está de prácticas en el Chicago Headline, apenas ha tenido tiempo libre.

—¿Seguro que no te aburrirás aquí solo? Podría convencer a mis hermanos para que vinieran a hacerte compañía.

—En serio, Isolde, tener un respiro de ver tus hermanos no me hará daño.

Estas últimas semanas he visto a los hermanos Bernardi más de lo que me hubiera gustado. Con la graduación a la vuelta de la esquina, se está planeando una fiesta por todo lo alto. Concetta y Silvio insistieron en que Isolde y yo celebrásemos nuestra graduación, ya que yo no tengo padres y tal. Intenté por todos los medios rechazar la oferta, pero cuando un Bernardi se propone algo, no hay quien lo disuada. Por supuesto, podría decirles que daba la casualidad de que había conocido a mi padre en la gala y que, de hecho, no soy tan huérfano como creía, pero

eso sería como degollarme a mí mismo.

Ni que decir tiene que los hermanos son una parte importante de la comitiva de organización, así que he pasado demasiadas horas con Aclan, Marco y Fred hablando de seguridad, alcohol y todas las cosas que les han asignado. Isolde, su madre y su hermana se encargarán, como bien dijo Concetta, de «ponerlo todo bonito».

Mi novia se acerca por detrás, me rodea la cintura con los brazos y me huele el cuello.

—He oído que Aclan se ha estado portando como un capullo otra vez.

—¿Cuándo no se porta como un capullo?

—Hablaré con él.

—Eso sólo empeorará las cosas. Además, si yo tuviera una hermana que está tan buena como tú, también querría encerrarla en una jaula.

Cuando me suelta, me doy la vuelta para mirarla.

—¿Y aun así me permites salir de fiesta con las chicas?

—¿Crees que habrá tíos más guapos que yo en la discoteca? —Le regalo mi mejor sonrisa, con ceja arqueada y todo.

—Ni de coña.

—Entonces, adelante, muéstrale a Chicago lo que no pueden tener.

EN CUANTO ruge el motor del coche y ya no se ve al conductor desde nuestra calle, vuelvo a encender el teléfono. No sé si es una horrible coincidencia o si Caruso lleva literalmente con el dedo puesto sobre mi número, pero me entra una llamada.

—¿Cómo conseguiste este número? —gruño.

—Esa no es forma de hablarle a tu padre —replica Caruso con tono suave, controlado y quizá con algún matiz de psicópata.

—No soy tu hijo.

—Dejémonos de tonterías, Jason. Tu madre se asustó cuando se enteró de que estaba embarazada. Huyó y no me dio la oportunidad de criarte, pero eso no borra el hecho de que mi sangre corre por tus venas.

—A veces la sangre no significa nada —siseo.

Puedo oír la rabia que suelta con su respiración, su autocontrol se está resquebrajando sólo un poco.

—Dímelo a la cara. —Entonces se escucha un *ding dong*.

Casi me sobresalto al oír el timbre. Cuelgo el teléfono y lo apago, sabiendo que, si no lo hago, David volverá a llamar. Isolde debe de haberse dejado el bolso. No quiero que entre, vea que me suena el teléfono y yo no pueda contestar.

Abro la puerta con una sonrisa temblorosa dibujada en la cara que se me borra al instante al darme cuenta de que no tengo delante a Isolde, sino al puto David Caruso.

Intento cerrar la puerta, pero el cabrón lleva consigo a dos guardaespaldas que me doblan en tamaño y peso. Se abren paso, haciéndome tropezar al empujarme hacia dentro y dejándole vía libre a David para que entre en el piso que comparto con Isolde.

—Eso que has dicho de la sangre —David acorta la distancia que nos separa—, dímelo a la cara, puto desagradecido.

Los guardaespaldas me miran y estoy seguro de que incluso desde un kilómetro de distancia resultaría evidente que me estoy cagando por la pata. De haberme visto en esta misma situación hace unos años, no estoy seguro de que me hubiera importado una mierda. Mi vida no valía nada entonces, pero ahora puedo ver mi futuro claro como el día: a Isolde como mi mujer y a los niños correteando en nuestro patio trasero. Puedo sentir la felicidad de una vida que nunca pensé que podría tener empezar a deslizárseme entre los dedos.

No quiero morir.

No puedo morir.

—Así es como van a ir las cosas —dice David, con una sonrisa diabólica que le arruga la mejilla—, vas a llamar a este número una vez a la semana y darme toda la información que puedas recopilar sobre los Bernardi y a cambio yo no le cuento a tu princesita lo de nuestro trato.

—No tenemos ningún trato —me atrevo a espetarle.

—¿Crees que se creará es disparate cuando termine de contarle que eres mi hijo? Que yo pagué para que fueras a esa universidad tan cara sólo para que pudieras tropezarte con ella. Que me ayudaste a matar a tu madre ponerla hasta el culo de drogas y llamar a la policía. Que eres mi... espía.

De repente, la muerte empieza a parecerme la mejor opción.

## VEINTICUATRO

### Aclan

DING DONG. *Toc, toc, toc.*

*Ding. Ding. Ding. Ding. Ding. Ding. Dong.*

He aprendido que cuando alguien aporrea tu puerta como si fuera el puñetero Hulk, no puede ser por algo bueno.

He llegado a un punto en el que, si puedo retrasar el recibir malas noticias, aunque sea cinco minutos, por mis cojones que eso haré. Kailyn, sin embargo, se ve impulsada por el pánico.

—¿Oyes eso? —pregunta, como si hubiera forma de pasar por alto a la persona al otro lado de la puerta que está intentando recrear el estrépito de un trueno.

Gruño y me levanto del sofá, maldiciendo por lo bajo de camino a la puerta principal. Cuando la abro, una bofetada que me hace pitar los oídos me cruza la cara.

—Serás cabrón —sisea Isolde—. ¿Dónde está? ¿Dónde coño está, Ace? ¡Y no te atrevas a mentirme!

Miro a mi hermana y sus ojos llenos de rabia. Sé de qué va esto, lo que no sé es por qué ni cómo sabe lo que cree saber.

Cuando hace el amago de pegarme de nuevo, le agarro las manos con su manicura perfecta.

—¿Dónde está quién, Isolde?

—Jason. Ava dice que lo tienes tú. ¡Sabe que lo tienes tú retenido! ¿Dónde cojones está? ¿Qué coño has hecho con él?

—¿Ava? —siseo—. ¿Has estado hablando con Ava? —Me cago en la puta, deberíamos haberle quitado el teléfono. Pero no, «con vigilarla ya basta», había dicho mamá. Y ahora todo se había ido a la mierda.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme?

Le hago señas para que entre.

—¿Necesitas un vaso de agua o algo para calmarte?

Ha sido un error soltarle las muñecas porque esta vez me arrea con el puño cerrado y un

anillo de boda que no me cabe duda de que me va a dejar marca.

Aprieto los dientes y dejo que el dolor me desgarre la mandíbula.

—Pégame otra vez... —Le advierto. Y como mi hermana se está portando como un pitbull, coge impulso para volver a pegarme. Esta vez esquivo el golpe.

—Crees que eres la única a la que Ava ha estado llamando —le gruño—. Esa zorra también me ha estado reventando el teléfono a llamadas. No para de decir que sabe dónde está Jason y que nos lo entregará si aceptamos reunirnos con ella. Es todo mentira, Isolde. Es una puta trampa.

Me deja hablar, pero no deja de sacudir la cabeza en todo momento.

—Ava no tiene a Jason. *Tú* tienes a Jason.

¿Por qué lo afirma con tanta seguridad? Como si lo supiera con certeza. Como si creyera que en la palabra de esa zorra por encima de a su propia familia.

—Jason fue quien te disparó. —Ahora no me mira a mí, sino a Kailyn, como si pensara que tiene más posibilidades de conseguir que mi mujer admita la verdad—. Encontraste las drogas de Caruso. Encontraste el cráneo del abuelo en su mochila y no podía dejar que te largaras sin más.

—¿Quién demonios te está metiendo en la cabeza estas gilipolleces?

—¿De verdad vas a mentirme a la cara? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? Después de ayudarte a mantener a Kailyn en secreto. Después de esconder a Tommy en otra habitación cuando se presentó por primera vez en tu casa para que pudieras seguir con la reunión con papá. De verdad vas a mirarme a los ojos y fingir que no tienes ni puta idea de lo que te estoy hablando. ¿Lo mataste, Aclan? ¿Mataste...? —Se le escapa un sollozo—. ¿Mataste a mi puto marido? ¿Es por eso que sigues mintiéndome descaradamente, porque lo único que puedes ofrecerme es su puto cadáver pudriéndose bajo tierra?

—Isolde —empieza a decir Kailyn.

Le lanzo una mirada, veo que tiene los ojos empañados y sé que va a venirse abajo. Sé que no puede ver llorar a Isolde sin intentar hacer algo para evitarlo, aunque ese algo implique una verdad que todos juramos no contarle nunca a Isolde. A menos que la familia votara para salvarle la vida a Jason.

—Sí, lo maté —respondo.

Isolde apenas puede respirar. Abre los ojos como platos y los sollozos le salen estrangulados.

—No —se apresura a contradecirme Kailyn—. No es verdad. Jason sigue vivo. La familia quiere votarlo.

Ahora los sollozos de Isolde son guturales. Viscerales. De esos que hacen que te parezca que tienes la piel sumergida en un baño de agujas.

Instintivamente, alargo la mano para abrazarla y estrecharla entre mis brazos, pero ella me aparta.

—Queréis votar sobre si matar a mi marido. ¿Y después qué? ¿Ibais a enterrarlo y verme llorarle sin saber nunca lo que pasó? Llévame con él.

—No. —Mi respuesta es inmediata.

—Llévame con mi marido, Aclan.

—No —repito con rotundidad.

Isolde parece aceptar mis palabras, porque gira sobre sus talones y sale corriendo de mi casa. Me quedo ahí plantado, mirando la puerta abierta y viéndola desaparecer tras ella. No me muevo mientras espero a oír el motor de su coche, pero no lo oigo. Lo que sí oigo son pasos cuando veo a Isolde aparecer de nuevo. Pero no viene sola. Viene alguien detrás de ella con la capucha tan baja que no se distinguen sus rasgos. Pero esa postura, joder, esa postura clama a gritos que es Ava Caruso.

## VEINTICINCO

### Kailyn

OBSERVO cómo la mujer con la que se suponía que iba a casarse mi marido entra en nuestra casa y se quita la capucha de la cabeza. Observo cómo su cabellera larga y frondosa cae en cascada sobre sus hombros. Veo cómo me mira con unos ojos que parecen haber derramado un millón de lágrimas. Aun con todo, cuesta negar lo hermosa que es. Es deslumbrante. Es tan guapa que cuesta apartar la mirada. Pero entonces esa cara, la que hace unos segundos supuraba tristeza por los poros, cambia a algo diferente.

Miedo.

Desvío la mirada hacia Aclan, observando cómo le tiembla el arma en las manos cuando apunta a la cabeza de Ava Caruso.

—¡Ace, no! —grito.

Pero no sólo Ace la apunta con la pistola. Uno a uno, los hermanos Bernardi entran en casa. Están aquí para llevar a cabo la votación y han llegado justo a tiempo para llevarse un cordero al matadero.

Fred apunta a Ava con su arma.

Al igual que Marco.

—Os diré dónde está mi padre —se limita a decir—. Dejad que me vaya. Dejad irse a mi hermano y os diré dónde está mi padre.

—Tu hermano debe de estar muerto en alguna zanja, pero aquí no está —le espeta Ace.

Viendo la forma en que la mira, uno nunca sospecharía que es la mujer con la que iba a casarse.

—Hablo de Jason —dice ella—. Sé que lo tienes tú.

El mundo entero se detiene, se desmorona y se reconstruye en algo que no reconozco. Intento darle sentido a lo que dice, pero no soy capaz. Para los Bernardi parece tener aún menos sentido.

Alguien se habría dado cuenta si Jason llevara el apellido Caruso. Habría sabido que se había criado en la casa Caruso. Entiendo que gran parte del trabajo de la mafia consiste en planear y

conspirar para el futuro, pero uno no tiene un hijo y lo esconde para siempre con la esperanza de que un día se case con la hija de su enemigo.

Ava comienza a contar su historia, ajena a las armas que la rodean y a los ojos de los hombres que no quieren otra cosa que ver cómo su sangre mancha el suelo.

Nos cuenta que la madre de Jason tuvo una aventura con su padre. Que huyó tras descubrir que David tenía una doble vida, toda una familia, que se rompería si le contaba lo de su embarazo y por eso huyó. Crio a Jason en la pobreza.

Nos cuenta que fue una coincidencia que Jason e Isolde se encontraran. Fue David quien le pagó la universidad a Jason, pero incluso en ese momento, el cabeza de familia de los Caruso no había conocido a su hijo. Que fue en la gala de los Rossi donde vio por primera vez a Jason, donde se acercó a él y le habló del destino que pronto le aguardaría. Que, cuando ella se enteró, le rogó a su padre que dejara en paz a Jason. Era inocente, un hombre que ya había tenido que sufrir mucho en la vida, desde que llegó a este mundo.

—Por eso acepté casarme con Ace —explica Ava—. Si mi padre quería un espía en vuestra familia, tenía que ser yo, no un tío que se había pasado toda la vida intentando sobrevivir. —Hace una pausa para respirar—. Te lo cargaste todo cuando metiste a Kailyn en el asunto —le dice a Aclan—. Te habría permitido estar con ella e interpretar un papel conmigo, pero la forma en que hiciste las cosas... fue lo que empezó la guerra. Fue lo que puso a Jason en la línea de fuego una vez más después de que mi padre accediese a dejar de usar a Jason como su marioneta.

—Si esa es la verdad —dice Ace— y Jason no conocía a su padre cuando era niño, se lo habría confiado a Isolde.

—¿Y esperar que el resto de la familia acepte que se case con un Caruso? Eso jamás habría pasado.

—Yo acepté casarme contigo.

Pero eso era diferente, ¿no? No es lo mismo que Ace se casa con Ava a que los Bernardis le entreguen su primera hija a los Caruso.

—Ace —contesta Ava en voz baja—, para cuando mi padre hubiera terminado de hilar mentiras sobre Jason, estaría muerto y enterrado, lo sabes.

Ace se pasa las manos por el pelo y baja el arma.

—Todos los que estén a favor de matar a Ava y a Jason, que levanten la mano.

VEINTISÉIS

## JASON

Intenté huir. Debo de haber empaquetado mis cosas cientos de veces antes de volver a ponerlas en su sitio.

Miro fijamente el título que tengo en la mano y no puedo decidir si esto es más un logro de David Caruso que mío. Pienso en aquella noche en la que consumí más de mi peso en drogas. En lo bien que me sentí antes de que todo se viniera abajo.

—¿Qué miras? —pregunta Isolde.

Es un milagro que no vea lo mucho que me sobresalta. Vuelvo a meter el diploma en el cajón, como si fuera la heroína que estoy deseando consumir. Como si fuera algo que tengo que ocultarle.

Al más puro estilo Isolde, ni siquiera hace la gilipollez de alejarse y fingir que no sospecha que pasa algo, así que me alejo del cajón y le permito mirar dentro.

—Deberíamos colgarlo —dice.

Eso es, por supuesto, lo último que deberíamos hacer.

La sostiene al trasluz y sonrío.

—No puedo ni imaginarme lo que sientes —dice—. Todos mis hermanos se han graduado en la universidad. Yo tenía tutores y prácticas y una plaza asegurada en la universidad que me eligió mi padre incluso antes de nacer yo. Lo de conseguir el título era más bien algo que tachar de la lista.

—Y para mí también —digo rotundamente, pero no añado que me parece la mayor estafa de la historia. No es que crea que Caruso pudiera haber planeado todo esto. Era imposible de predecir que hubiera estado lo bastante limpio como para entrar en la universidad. Era imposible de predecir que, de todas las universidades del país, del mundo, acabara en la misma que Isolde. Que nos enamoráramos locamente y nos convirtiéramos en esa pareja inseparable que la gente envidia. Que nos iríamos a vivir juntos y hablaríamos de matrimonio e hijos y de que yo aceptaría un trabajo en la empresa de su padre.

—A veces puedes ser un tanto arrogante, ¿sabes? —me dice Isolde.

—Últimamente he estado pensando en mi madre —digo.

Es mentira. En lo único que he estado pensando es en Caruso y en cómo ese cabrón se

empeña en arruinarme la vida. Y en las drogas. Pienso mucho en drogas.

Isolde entrelaza sus dedos con mi mano y me la aprieta.

—Estaba muy orgullosa de ti, lo sabes, ¿verdad? Y, si pudiera verte hoy, estaría aún más orgullosa.

Abro la boca y sé, con cada fibra de mi ser, que no debería soltar esta mentira, pero no puedo evitarlo.

—Creo que voy a ir a llevarle flores a su tumba.

Isolde afloja el agarre de mi mano.

—Yo te...

—Lo sé —le digo—. Tienes la reunión con la nueva emisora. No hace falta que vengas.

—Será muy triste que vayas allí solo.

Fuerzo una carcajada.

—¿No eres tú la que siempre me dice que no pasa nada estar triste?

Levanta nuestras manos y besa el dorso de la mía.

—Si sientes que es demasiado, llámame. Da igual si estoy entrevistando a todos los presidentes de todos los países, lo dejaré todo si me necesitas.

Lo sé.

Y por eso no debería haber ido la casa con el porche destartado y el hombre que tiene los ojos grandes como bombillas y una piel que deja entrever la huella de sus huesos.

—Ah, no, no, no, no —dice Esqueleto en cuanto me ve la cara.

Su intento de cerrarme la puerta fracasa estrepitosamente cuando hago presión con un pie.

—Estoy teniendo un día de mierda, Esqueleto. No me hagas entrar aquí a la fuerza y coger las drogas.

—Joder, tío. Se lo prometí a tu madre.

Echo un vistazo a mi alrededor.

—No veo a mi madre por aquí, ¿y tú?

Esqueleto me menea la cabeza. No puedo expresar con palabras lo patético que resulta que tu camello te mire como si fueras idiota. Pero aquí estoy, supongo. Aquí estoy, joder.

Esqueleto arrastra los pies hasta el cuarto del fondo donde guarda su alijo y vuelve al poco rato con la bolsa de heroína más pequeña que he visto nunca. Da igual, no pienso irme muy lejos. Si se me acaba, no estaré a más de medio metro del suministro.

Me acerco al sofá y me dejo caer, observado las jeringuillas de la mesita.

—Deja que vaya a por una nueva —se apresura a decir Esqueleto—. ¿Seguro que quieres hacer esto? Eres el primer cabronazo de este pueblo que ha entrado en la universidad.

—Ya no voy a la universidad, Esqueleto. Me he graduado. Si ese no es motivo celebración, ya me dirás tú.

Me pongo manos a la obra para preparar mi medio de evasión, sin pensar siquiera dos veces en las repercusiones de mis actos cuando aprieto la aguja contra mi vena y dejo que la heroína

me lleve lejos.

Cuando me despierto, es con la constatación de que no acabo de pasar solo unas horas en el sofá de Esqueleto. Ya es mediodía del día siguiente. Mi teléfono se ha quedado sin batería. Parece que a mi cabeza la haya alcanzado un rayo. Y, aunque hace horas que se me ha pasado el efecto de las drogas, me siento como si siguiera volando en la punta de una cometa.

Me levanto del sofá. Hay una vida esperándome en la ciudad. Una mujer que probablemente se esté volviendo medio loca de preocupación.

No debería volver.

No quiero volver.

*Tengo* que volver.

Debería huir de una puta vez. Desaparecer de su vida. Obligarla a olvidarme. Pero entonces pienso en la forma en que Sophie se fue y lo joven que era yo. A pesar de lo poco que sabía sobre el amor, casi me mata.

No puedo hacer pasar a Isolde por eso a sabiendas.

Salgo fuera, arrepintiéndome de todo hasta el mismo día en que nací y arrepintiéndome aún más cuando me doy cuenta de que mi puto coche ha desaparecido.

Caigo de rodillas y lanzo un grito al universo tan fuerte, crudo y gutural que es posible que haga temblar el cielo.

¿Qué demonios hago ahora? Vuelvo la vista hacia la puerta de la casa de Esqueleto. Son por circunstancias como ésta que la gente recurre a las drogas una y otra vez, porque enfrentarse al mundo real es mucho más difícil que tumbarse en el sofá y dejar que las sustancias que me meto en el cuerpo hagan lo que quieran conmigo.

## VEINTISIETE

### Kailyn

—TODOS LOS QUE estén a favor de matar a Ava y a Jason, que levanten la mano —dice Ace y toda la sala se queda en silencio.

No puedo creer que sea tan despiadado.

Aclan levanta la mano y mira a cada uno de los miembros de su familia.

La mano de Fred se levanta al instante.

La mano de Maria se queda abajo.

La mano de Isolde se queda abajo.

Mi mano se queda abajo.

Silvio levanta la mano.

La mano de Concetta se queda abajo.

Marco. Todo depende de Marco. No se mueve. Tiene la mirada cavada en un punto que tiene delante y las manos aparcadas a los lados.

—Marco —sisea Ace, negociando con el monstruo que vive dentro de su hermano.

—Es a David a quien buscamos —dice él—. Esta guerra tiene que acabar y si nos va a entregar a su padre en bandeja de plata a cambio de la vida de Jason y la suya propia...

—Esta guerra nunca terminará mientras un solo Caruso siga con vida.

—Dejaremos el país —dice Ava—. Desapareceremos de la faz de la tierra y no volveremos jamás. Con mi padre entre rejas y su apellido tocado y hundido, ni siquiera habría posibilidad de que yo pudiera recuperar el prestigio del apellido Caruso aunque quisiera.

Ava mete la mano en el bolsillo de su sudadera y saca dos pasaportes.

—Estas serán nuestras nuevas identidades. El apellido Caruso muere aquí. —Extiende la mano en dirección a Ace. Él le quita los pasaportes y los magonea como si estuvieran hechos de mierda. Vuelve a meterse la pistola en la cintura del pantalón y saca el móvil para hacerle una foto de cada pasaporte.

Creo que ya está, que todo se ha arreglado. Cuando Ace da un paso hacia Ava, suelto un

suspiro. Todos los tratos se cierran con un apretón de manos, pero no es la mano de Ava la que Ace está interesado en estrechar. Vuelve a tener la pistola en las manos, pero esta vez, en vez de apuntarla con ella, la tiene apretada justo en el centro de su pecho.

—Dame tres razones por las que deberías vivir y tal vez lo reconsideres.

Miro a Silvio. Al fin y al cabo, sigue siendo el cabeza de familia, así que espero que le diga a Ace que se deje de tonterías, que se rinda. Si no quiere el trato, con una llamada a la policía basta. Que vengan a por ella y la destierren a una vida entre rejas. Ya se ha derramado suficiente derramamiento de sangre, no es necesario más.

—No vas a dispararme —dice Ava, mirándolo fijamente a los ojos.

—Está claro que no me conoces muy bien —sisea él y puedo ver cómo le tiembla el dedo contra el gatillo, como si le costara no acabar con Ava aquí y ahora.

—¡Ace, para! —grito antes de que tenga la oportunidad de hacer algo que no se pueda deshacer.

Cuando Ace me mira, lo hace con cara de fastidio, como si estuviera interrumpiendo algo importante.

—Es a David Caruso a quien buscamos —interviene Concetta—. Si Ava es fiel a su palabra...

—A la mierda su palabra. Por lo que sabemos, esto podría ser una puta trampa. Sé que no conviene correr riesgos cuando hay un Caruso involucrado. Y sé que no me puedo creer ni una sola palabra que salga de sus sucias bocas.

Ava se estremece antes de esto último, el insulto le afecta más de lo que seguramente esperaba. Este era el hombre con el que estuvo a punto de casarse. Supongo que la mayoría de sus encuentros habrían sido cordiales, por falsa que fuera la cortesía.

—¿Cuánto te quiere tu papi? —es Fred quien hace la pregunta. Ava intenta girarse hacia él, pero parece recordar la pistola que tiene apretada contra el pecho.

—Menos de lo que se quiere a sí mismo —responde, y la forma en que lo dice hace que sea lo más triste que he oído nunca.

Miro a Isolde, que tiene los dientes tan apretados que las venas de la sien le gritan de dolor. No dice nada, supongo que por miedo a que su hermano le dispare. Si lo hiciera, supondría que Jason no tiene ninguna oportunidad de salir con vida.

—Ava, déjame hablar contigo —dice finalmente Silvio.

Ace no se mueve. El arma no se mueve. Ni siquiera cuando Silvio pone la mano en el hombro de su hijo.

—Retrocede, Aclan —le exige, pero Ace no se mueve de inmediato, no hasta que su padre le echa la bronca y le recuerda que *aún* no es el jefe de la familia Bernardi—. Y Ace —añade, agarrando a la chica por la nuca como si fuera poco más que ganado—. Si alguien le dispara a esta zorra en la cabeza, seré yo.

## VEINTIOCHO

### Kailyn

LA TENSIÓN aumenta cuando Silvio y Ava abandonan la habitación. Y solo va en incremento cuanto más tiempo tardan en volver. Que Silvio insista en ser él el que acabe con Ava si llegamos a esas, no le sienta bien a Ace. Se queja de ello mientras se pasea por el pasillo. Su madre le grita que pare de una vez. Isolde sigue hirviendo, con las venas palpitantes y la cara roja. Marco se acerca a Ace y le dice que se lo piense con detenimiento. Si Ava quiere largarse y está dispuesta a entregar a David, no hay razón para negarse.

—No creerás de verdad que esa zorra puede levantar un imperio ella sola, ¿verdad?

Me crispa su misoginia.

—Creo que hay que aplastar a las cucarachas antes de que tengan la oportunidad de construir un nido —responde Ace con dureza—. ¿Y dónde demonios has dejado aparcadas tus putas pelotas?

Marco se acerca a Ace y Fred y Aclan sacan pecho. Aquí estamos cerca de terminar una guerra con enemigos reales y los hermanos han decidido que ahora es el momento de volverse unos contra otros.

No puedo decir ni una palabra para interrumpir la pelea que se está fraguando, porque Isolde viene a mi lado.

—Dime dónde está —me dice con tanta emoción en la voz que se me parte el corazón—. Has sabido dónde estaba todo este tiempo. Durante todo este tiempo, me has mirado a los ojos, me has visto sufrir y... —Una lágrima le cae por la mejilla y yo la retiro.

—Isolde... —empiezo, pero no puedo terminar la frase. ¿Qué le puedo decir?

Todo esto es un caos. Un puto caos.

No importa el resultado de la votación, una parte importante de mí está segura de que Ace se saldrá con la suya al final. Que Jason no saldrá de aquí vivo. Que la vida de Ava pende de un hilo muy fino.

Cuando Ava y Silvio vuelven a entrar en la habitación, no puedo evitar fijarme en lo

petrificada que parece, incluso más que cuando Ace tenía una pistola apuntándole al pecho.

—Ava está dispuesta a decirnos dónde se esconde su padre —anuncia Silvio, pero no aclara si es porque la ha convencido de una muerte humanitaria o porque realmente va a perdonarle la vida.

Las lágrimas recorren las mejillas de Ava, igual que recorren las de Isolde. Ambas mujeres se preparan para la posibilidad de perder a alguien que les importa mucho. Una, un hermano. La otra, un marido y el padre de su hija.

Ava le entrega su teléfono a Silvio, que lo mantiene en equilibrio en una mano mientras utiliza su propio móvil para ponerse en contacto con sus contactos en el departamento de policía. Lee las coordenadas de lo que supongo que es la ubicación de David -siempre y cuando Ava haya dicho la verdad- y le devuelve el teléfono a Ava.

PARA DEMOSTRAR que no se anda con chiquitas, Ava llama a David y le habla en clave. Tiene el móvil en el altavoz y, poco a poco, todos nos vamos reuniendo a su alrededor, con los oídos aguzados mientras absorbemos cada palabra pronunciada entre los dos. David está enfadado porque Ava esté tardando tanto, maldiciendo el hecho de que se separaran siquiera.

A Ava le tiembla la voz al mentirle a su padre, diciéndole que ya casi ha llegado, que está teniendo cuidado porque está aterrorizada y las carreteras están llenas de policías. Miente y miente y miente hasta que ya no miente más. A través del teléfono, oímos el ruido de las sirenas. Oímos cómo el pánico de David por su hija se convierte en pánico por sí mismo.

—Papá —dice Ava, mientras David maldice presa del pánico—. Se acabó.

—¿Cómo que se acabó?

—Las estás oyendo, papá, las sirenas...

—Jonathan —ladra su padre—. Jonathan, tenemos que... joder. Me cago en la puta, estamos rodeados...

—Papá —repite Ava, más tranquila ahora, casi con solemnidad—, se acabó.

Y es cierto que se ha acabado. Al menos en el caso de David Caruso.

Contengo la respiración, esperando que nuestra familia cumpla su parte del trato. No sería descabellado pensar que se retractarían ahora que lo de David ha quedado asegurado. Ahora que se lo está llevando la policía y su destino en una celda ha quedado sellado.

Ace es el primero en moverse, moviendo la cabeza en dirección al sótano. Somos como soldados cuando vamos detrás de él. Ponemos un pie delante del otro hasta que estamos frente a la puerta donde está retenido Jason.

Me agarro a la camisa de Ace, queriendo una respuesta y puedo ver los ojos de Ava clavados en su espalda. Odia que sea él quien lleva la voz cantante.

—Jason vivirá —le ladra Silvio a Ace, pero éste no retrocede—. Somos hombres y mujeres de palabra y tú no eres el jefe de esta familia. ¿Me oyes?

Ace sisea en voz baja, es evidente que está insatisfecho con que su padre abogue por la vida de Jason. Cuando se vuelve para dirigirse a su padre, Isolde tiene la oportunidad de abrirse paso delante de él. Es ella la que abre la puerta del sótano. La primera en abrirse paso por delante de John.

Se hace el silencio cuando mira a Jason. Y cuando Jason le devuelve la mirada. Nadie se atreve a interrumpir lo que está sucediendo entre los dos... El silencio que contiene más palabras que las propias palabras. Puedo oír cada latido en esta sala, sentirlos como si martillearan dentro de mi propio pecho.

—Lo siento mucho —susurra Jason—. Lo siento... muchísimo.

Isolde se mueve y nadie la detiene mientras todos anticipamos el momento en que correrá a sus brazos. A pesar de todo lo que Jason ha hecho, ella todavía lo quiere.

Isolde se detiene a medio camino.

—Jason —susurra—, deberías sentirlo.

Todos se mueven a la vez, pero nadie es lo bastante rápido para quitarle la pistola de la mano a Isolde o detener la bala que le mete en el cerebro.

Nadie.

MANTEN EL CONTACTO



**¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!**

**Facebook: [únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ](#)**

**Newsletter: [Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ](#)**